

LA PRODUCCIÓN CULTURAL EN CLAVE COMUNICACIONAL

M. Gabriela Gasquez
Maximiliano Gaitán
Ernesto Elorza
Emiliano Díaz
(COMPILADORES)

neu
NUEVA EDITORIAL
UNIVERSITARIA

M. Gabriela Gasquez, Doctora en Comunicación (UNC). Profesora responsable de Teorías de la Comunicación I (UNSL).

Profesora de Teorías y concepciones de la comunicación en la Maestría en Comunicación Institucional (UNSL). Dirige el Doctorado en Ciencias Sociales (UNSL). Coordinó asimismo la Licenciatura en Comunicación Social (UNSL).

Maximiliano Gaitán, Licenciado en Comunicación Social (UNSL). Profesor responsable de Políticas de Comunicación y Cultura y del Seminario de comunicación (UNSL). Trabaja el cruce entre comunicación, cultura y sociedad de la información.

Ernesto Elorza, Especialista en Estudios Socioeconómicos Latinoamericanos (UNSL). Profesor responsable de Producción y Realización Televisiva (UNSL). Profesor, a nivel de posgrado, de Cultura, Educación e Innovación (UNSL).

Emiliano Díaz, Licenciado en Comunicación Social (UNSL). Profesor responsable de Teorías de la Comunicación II (UNSL). Coordinó la Licenciatura en Comunicación Social (UNSL).

Juan Martín Zanotti, Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Docente en Política y Comunicación (UNSL) y en distintos cursos de las carreras Sociología y Ciencia Política (UNC). Integra el Grupo de Trabajo CLACSO vinculado a la economía política de la información, la comunicación y la cultura.

Sonia Ávila, Licenciada en Comunicación Social (UNSL). Auxiliar de primera de Teorías de la Comunicación (UNSL)

Cronología del proyecto

2014-2015. Estudios de Comunicación en Argentina. Trayectos Institucionales. PROIPRO N° 4-0714.

2016-2017. Estudios de Comunicación en Argentina. Universidad, modelos de formación, campo laboral y producción cultural. PROIPRO N° 4-0316.

2018-2022. Estudios de Comunicación en Argentina. Abordajes y trayectos en torno a la producción cultural. PROICO N° 4-0218.

2023-2026. Estudios de Comunicación en Argentina. La producción cultural: dinámicas de lo material y lo simbólico. PROICO N° 4-0423.

Dir. **M. Gabriela Gasquez**
Co-Dir.: **Maximiliano Gaitán**

La producción cultural en clave comunicacional

Universidad Nacional de San Luis

Rector: Dr. Raúl Andrés Gil

Vicerrectora: Mgtr. María Claudia M. Brusasca

Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950

Tel. (+54) 0266-4424027 Int. 5197

www.neu.unsl.edu.ar

E mail: unslneu@gmail.com



Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin permiso expreso de NEU

La producción cultural en clave comunicacional

La producción cultural en clave comunicacional / M. Gabriela Gasquez... [et al.]; Compilación de M. Gabriela Gasquez ... [et al.]. - 1a ed. - San Luis: Nueva Editorial Universitaria - UNSL, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-733-470-8

1. Educación. 2. Comunicación. I. Gasquez, M. Gabriela II. Gasquez, M. Gabriela, comp.

CDD 001.4

Secretaría de Imagen y Comunicación Institucional

Téc. Ramiro Gabriel Rezzano Klement

Nueva Editorial Universitaria

Coordinador General de la NEU

Esp. Mariano Daniel Pérez

Dpto. de Diseño:

Tec. Enrique Silvage

Lic. Cecilia Rodoni

Diseño de Tapa:

Darío Peñaloza

ISBN 978-987-733-470-8

© 2026 Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - 5700 San Luis

Índice

Nota preliminar	7
Parte I. Estudios de comunicación: líneas de abordaje	9
La producción cultural en los estudios de comunicación	9
Criterios de construcción de las líneas de abordaje	11
Líneas de abordaje	13
La producción cultural desde un abordaje económico político de la cultura	14
La producción cultural desde un abordaje estético	16
La producción cultural como producción de lenguajes	18
La producción cultural desde un abordaje culturalista	20
La producción cultural como intervención política, cultural y/o comunicacional	23
La producción cultural en los procesos de formación en comunicación	25
Referencias Bibliográficas	28
 Parte II. Líneas de abordaje: <i>una grilla en cuya superficie se pasea un tema</i>	 31
Presentación	31
 La producción cultural como producción de lenguajes	
El tópico del código: entre la matriz comunicacional y el retorno a lo ilegible. M. Gabriela Gasquez	34
 La producción cultural desde un abordaje económico político de la cultura	
Abordajes sobre la noción de comunicación digital: cartografía de aspectos estructurantes del campo. Ernesto Elorza	53
El trabajo como categoría para indagar la producción cultural en el capitalismo actual. Juan Martín Zanotti	77
 La producción cultural desde un abordaje culturalista	
La producción cultural en el abordaje culturalista del campo comunicacional: el dualismo materialista implicado. en los análisis Maximiliano Gaitán	99

La producción cultural en los procesos de formación en comunicación

La formación en comunicación: perspectivas y tensiones en torno
a políticas, modelos y concepciones.

Sonia Ávila, Emiliano Díaz, M. Gabriela Gasquez 120

La producción cultural como intervención política, cultural y/o comunicacional

Reformulación crítica de una tradición de los efectos: la agenda global
en la producción intelectual de Aníbal Ford. Emiliano Díaz 140

Intervención escrituraria en el marco de la continuidad pedagógica
Emiliano Díaz, Ernesto Elorza, M. Gabriela Gasquez,
Maximiliano Gaitán 169

Coda

Emergencia sanitaria en el ámbito universitario: intervención
comunicacional como utopía integradora 183

Apreciaciones acerca de la continuidad pedagógica:
dinámica y política de la tecnología y lo virtual
en la Universidad Pública 189

Nota preliminar

Los Estudios de Comunicación en Argentina en tanto proyecto de investigación constituye un espacio de pensamiento que reúne intereses afines e inquietudes de un grupo de trabajo que habilitó diálogos y la puesta en común de temas y reflexiones que se ven tensionados por las condiciones estructurales y determinantes del marco institucional en el cual se inscribe.

Las políticas de ciencia y técnica que orientan los procesos de producción de conocimiento en el ámbito de las universidades públicas argentinas instauran lógicas de investigación que se caracterizan por una temporalidad acotada respecto a las dinámicas socio-históricas, una tendencia a la acumulación de información, una evaluación que jerarquiza la productividad y la neutralidad valorativa del conocimiento.

La producción de conocimiento se ve afectada por la incidencia de algunos factores estructurales y dinámicos: el escenario institucional en cuanto a su estructura organizativa, espacios disciplinares, proceso de formación que instalan áreas de integración curricular y jerarquización de temáticas; los subsidios o los fondos con que cuentan los proyectos para el sostenimiento de los trayectos de formación e investigación; el desacople entre la duración estipulada por el área de ciencia y técnica y la temporalidad propia de los procesos de investigación en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades.

En el marco de las lógicas de investigación, la realidad como la mirada hacia ella pueden tener un carácter descriptivo, fijo y totalizador, o bien ubicar dicha realidad en un proceso social histórico que permita conocer, profundizar y discutir los trayectos

individuales y colectivos, tanto de la investigación, de la formación de los sujetos investigadores como de los procesos de institucionalización en los que esos mismos sujetos se inscriben.

Consideramos que la investigación en ciencias sociales y humanidades precisa una temporalidad que no subsuma el tiempo de los procesos sociales y culturales a un análisis parcial y acotado. Requiere asimismo una puesta en crisis del modelo de productividad del conocimiento acerca de lo social que habilite la pregunta por el sentido y la finalidad (el *qué* y el *para qué*) de la investigación, preguntas que sintetizan el posicionamiento de un sujeto investigador que plantea transformar lo social en términos colectivos.

Ante las lógicas y dinámicas institucionalizadas que distorsionan procesos de formación e investigación, este grupo de trabajo buscó desafiar la fragmentariedad como restricción y generar prácticas de investigación colectivas, solidarias, tendientes a generar espacios de construcción de preguntas y problemáticas que recuperen los trayectos individuales y posibiliten el planteo de temas comunes.

Nuestra perspectiva y el sentido dado a la tarea nos llevó a estudiar y problematizar, desde el año 2014 hasta la actualidad, los estudios de comunicación en la Argentina a partir de los trayectos institucionales de formación en comunicación, sus modelos y concepciones, el rol de la universidad pública, el campo laboral y la producción cultural. Tema, este último, en el que nos detenemos en la presente publicación pues constituye un interés temático de los trayectos ya consolidados durante las etapas previas del trabajo de investigación.

Parte I.

Estudios de comunicación: líneas de abordaje

La producción cultural en los estudios de comunicación

Un breve recorrido por los estudios de comunicación en la Argentina posibilita ubicar la producción cultural como interés temático¹ que pone en cuestión los trayectos ya consolidados.

En las agendas académicas comunicológicas de América Latina, durante los años 1960 y 1970, se pasó de aportes investigativos en el plano comunicacional y mediático vinculados a la *Mass Communication Research* a una vertiente estructural-semiótica, cuya contribución mayor fue la crítica ideológica. En paralelo, el estudio político-cultural —precursor de los estudios culturales latinoamericanos— estuvo ligado al análisis del proceso liberación/dependencia y a la construcción de un proyecto de identidad nacional y regional. Estas grandes líneas dotaron al incipiente campo de la comunicación de debates, confrontaciones y antagonismos, los cuales hacían presumir de fundamentos epistemológicos, teóricos, metodológicos e ideológicos recortados en modelos de comprensión diáfanos.

En la Argentina, particularmente, los estudios en comunicación se presentaron como una amalgama de diversas disciplinas que abarcó desde la sociología a la teoría literaria con una escala previa en la antropología social y la historia de la cultura. En la década de 1970, la vertiente dominante en el campo tuvo vinculaciones periféricas u ocasionales con el mundo

¹ Este desarrollo fue parte del artículo “Estudios de Comunicación en Argentina: formación, campo laboral y producción cultural. La investigación como encrucijada” publicado en la revista *Umbrales*, 1 (1), 2021, pp.1-16.

universitario. El trabajo intelectual se inscribió en proyectos grupales (revistas, asociaciones, centros de estudio) de carácter independiente, nacidos en muchos casos como modulaciones de la propia práctica intelectual y política.

En el primer lustro de la década de 1980 se observó una reconstrucción paulatina de Estados democráticos en la región sur del continente. Entre tanto, la agenda académica comenzó a visibilizar la presencia de un conjunto de temas como resultado de examinar la compleja trama de las relaciones de América Latina con el fenómeno de la transnacionalización de la economía, la cultura y los dispositivos comunicacionales. Desde los encuadres de esta perspectiva político-cultural general se verificó la existencia de múltiples experiencias comunicacionales relacionadas con las búsquedas de los movimientos populares, la recuperación democrática, la participación de la sociedad civil y las demandas de grupos minoritarios o excluidos.

En lo concerniente a los últimos tramos de los años 1980 y principios de los años 1990, la investigación en el campo académico halló nuevas incursiones vinculadas a la modificación de la escena internacional a partir del desplome del socialismo real, el ingreso a una economía mundial que tendió a unificarse a favor del capitalismo corporativo transnacionalizado y la acentuación de la brecha en la distribución de la riqueza mundial. De modo que América Latina comenzó un proceso de reacomodamiento hacia las nuevas condiciones globales emergentes. Por lo tanto entraron en crisis las experiencias alternativas, se desplazó el componente puramente político e ideológico y apareció la necesidad de asociar estos temas con conceptos de la cultura y el hecho comunicativo. Este recorrido posibilitó el abordaje de diversos objetos y temáticas; esto es, desde los procesos de

recepción y resemantización de los mensajes mediáticos, pasando por los llamados nuevos movimientos sociales y la ciudad como espacio de comunicación, hasta llegar al cuestionamiento de las denominadas sociedades de la información y/o sociedades en vías de mediatización.

Esta breve historización nos permite reconocer la producción cultural a través de las dimensiones y dinámicas desplegadas en los debates y su circulación en revistas y publicaciones; en los modelos de formación y su vínculo con la actividad profesional en articulación con la dimensión política; en relación con los trayectos de institucionalización de los Estudios de Comunicación en Argentina. Así pues, ubicar la producción cultural en diálogo con estas dimensiones y dinámicas contribuyó a reconstruir los estudios de comunicación desde los temas de investigación, los recorridos y las experiencias.

En este marco, la producción cultural nos posibilitará problematizar las dimensiones relegadas (social, cultural e ideológica) de la comunicación. Es una tarea necesaria a partir de las tendencias y énfasis que configuran el campo y cuya definición involucra, en términos de Carlos Mangone, “tensiones que reorganizan las miradas, permiten comprender la elección de las temáticas y ubica el papel de los teóricos como intelectuales o expertos al mismo tiempo que inscriben sus relaciones con el Estado, el mercado y la sociedad” (2007, p.77).

Criterios de construcción de las líneas de abordaje

Iniciar un trabajo en torno a la producción cultural implicó reconocer, en principio, el lugar que se le otorgó en el campo de estudios y que quedó restringido al polo emisor dejando

por fuera elementos, dinámicas y aspectos (mensaje, contexto, canal, receptor, código) significativos para su estudio. Desde esta consideración optamos por recurrir, como primer paso, al modelo fundacional de Harold Laswell, en tanto posibilitó situar la producción cultural en vinculación con cada uno de los elementos.

Por otra parte, su vinculación con líneas y tradiciones canónicas impuso asimismo una manera de comprender y analizar la producción cultural desde la Economía Política, la Escuela de Frankfurt y los Estudios Culturales, tradiciones que si bien se presentan como superadoras del modelo laswelliano jerarquizan no obstante una forma esquemática de concebir el proceso comunicacional.

A partir de este planteo, esbozamos un esquema que orientó la investigación hacia la pregunta por la producción cultural. Ello supuso revisar los Estudios de Comunicación en Argentina desde los temas de investigación, los recorridos y las experiencias y reconstruir los abordajes teóricos mediante la reformulación del modelo fundacional, lo cual se tradujo en lo que hemos denominado “líneas de abordaje”. O sea, líneas de indagación teórica y conceptual que contemplan posibilidades analíticas e investigativas. En estos términos, la producción cultural ya no sería un objeto dado como circunstancia o consecuencia sino que, desde las posibilidades que la misma producción cultural habilita como tópico, nos invita a pensar una articulación entre trayectos de pensamiento, perspectivas teóricas y dinámicas del campo.

En función de nuestra propuesta optamos por un método que posibilitó diferentes versiones sobre la producción cultural. Por ello, seguimos como operatoria el procedimiento de la tópica que propone Roland Barthes (cfr. 2004). Este procedimiento, que “implica una grilla en cuya superficie se pasea un tema” (p.53),

consiste en el establecimiento de una tónica o red de lecturas que suscitan una serie de asociaciones en torno a un tema.

Para llevar adelante la tarea recuperamos fragmentos de discursos que condensan aspectos, elementos conceptuales y dinámicas referidas a la producción cultural. Elegir el fragmento es realizar un ejercicio que consiste en producir un movimiento de asociación, lo cual impide que el fragmento quede petrificado y adquiera un valor en un sistema dado, esquivando así el sentido *total*. En síntesis: trabajamos con fragmentos, recortes que operamos en la instancia de lectura y que nos llevan a realizar distintos recorridos que dan lugar a las líneas de abordaje en torno a la producción cultural.

El procedimiento de la tónica requiere de una biblioteca, de un conjunto de textos que constituyen un corpus. A partir de la definición del tópico producción cultural, delimitamos como tipos textuales a las producciones clásicas reconocidas en el campo y a otros textos que asociamos al tema de interés. Esta operatoria adquiere significación a la luz de su relación con algunas de las dimensiones comunicacionales y con el proceso de constitución del campo. Dicho trabajo nos permitió elaborar distintas líneas de abordaje que desarrollamos en el capítulo siguiente.

Líneas de abordaje para pensar la producción cultural en clave comunicacional

La presentación de cada una de las líneas se abre con una selección de fragmentos que no constituyen la totalidad de lo trabajado. Estos recortes de texto resultan ilustrativos para dar cuenta del encuadre teórico y de las posibilidades analíticas e investigativas.

La producción cultural desde un abordaje económico político de la cultura

"[...] se puede y debe hacer una *economía de la cultura* pretendiendo englobar, al mismo tiempo, los ámbitos más implicados (patrimonio, cultura comunitaria y popular, artes, industrias culturales, medios de comunicación y cultura en la red). Para ello, hay dos requisitos que deben cumplirse: un objeto de estudio definible y unos rasgos definitorios que compartan todas las expresiones culturales. Ambas consideraciones autorizan, creo, a ese acercamiento" (Zallo, 2007, pp.218).

"[...] cabe una economía general de la cultura como objeto de estudio porque –vista como un objeto de estudio para una ciencia social como la economía– la cultura nace de actos de creación simbólica, tiene procesos de trabajo y valorización peculiares por su propia naturaleza, supone siempre algún proyecto estético y comunicativo independientemente de su calidad, se plasma en objetos o servicios culturales y demandados por tales, y tiene una eficacia social por su percepción social en forma de disfrute, conocimiento y vertebración colectiva" (Zallo, 2007, pp.219-220).

"[...] a partir de la creciente integración de los medios de comunicación en la estructura económica mundial se vuelven cada vez más pertinentes las perspectivas de análisis que integran el estudio entre las relaciones de poder que se expresan en el sistema de producción económico y en el nivel cultural. El rol de los medios en el proceso de acumulación de capital, el problema de las clases sociales, los medios y la legitimación de la estratificación social, la relación entre producción material y producción intelectual constituyen la base analítica de la Economía Política de la Comunicación" (Mastrini, 2017, p.142).

"[...] Ninguna economía política de la cultura puede soslayar la problemática de la relación estructura/superestructura, pero al abordarla hay que evitar la doble trampa del reduccionismo económico y la autonomización idealista del nivel ideológico. El problema central en la discusión sobre la metáfora estructura/superestructura y sobre la consiguiente dicotomía cultura/sociedad consiste en que, al tratarse de una metáfora de polaridad básicamente binaria, no está en condiciones de explicar de forma adecuada el número de distinciones necesarias: en este caso, de las distinciones entre lo económico, lo material y lo ideológico" (Garnham, 1983, p.24).

Esta línea de estudio se centra en el reconocimiento de la dimensión económica de la cultura y la comunicación, para lo cual Ramón Zallo (2007) advierte que los alcances del concepto de cultura no quedan subsumidos a la noción de mercado puesto que reconoce la existencia de amplias áreas: la educación, la investigación estética, el goce creativo, el acceso libérrimo, los espacios públicos de la cultura.

En este tipo de abordaje la producción cultural permite problematizar los aspectos materiales en relación a los procesos de producción, distribución, circulación, recepción y consumo; las dinámicas entre la oferta, la demanda, el mercado y las administraciones públicas. Permite, asimismo, rastrear categorías analíticas y, simultáneamente, especificar ámbitos, áreas, bienes y actividades que pueden ser objeto de interés (artes, industrias culturales, medios de comunicación, etcétera). Por otro lado, posibilita el estudio de las particularidades y características del trabajo cultural, su modo de incorporación laboral (formal e informal), las formas/tiempo de trabajo (necesario, creativo, productivo e improductivo) y las ramas del trabajo cultural.

El abordaje teórico y las posibilidades analíticas de esta línea de estudio deben admitir un juego de reciprocidades en la estructura social respecto de la producción cultural y no una sobredeterminación de una por sobre la otra. En otras palabras: pensar la dinámica sin caer en un “reduccionismo económico” o en una “autonomización idealista” que se cristalice en un determinismo cientificista y abstracto.

La producción cultural desde un abordaje estético

“*Fiat ars, pereat mundus*’, dice el fascismo, y espera de la guerra, tal y como lo confiesa Marinetti, la satisfacción artística de la percepción sensorial modificada por la técnica. Resulta patente que esto es la realización acabada del ‘arte pour l’art’. La humanidad, que antaño, en Homero, era un objeto de espectáculo para los dioses olímpicos, se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción, como un goce estético de primer orden. Este es el esteticismo de la política que el fascismo propugna. El comunismo le contesta con la politización del arte” (Benjamin, 1973, p.57).

“[...] Denomino como división de lo sensible ese sistema de evidencias sensibles que pone al descubierto al mismo tiempo la existencia de un común y las delimitaciones que definen sus lugares y partes respectivas. Por lo tanto, una división de lo sensible fija al mismo tiempo un común repartido y unas partes exclusivas. Este reparto de partes y lugares se basa en una división de los espacios, los tiempos y las formas de actividad que determina la manera misma en que un común se presta a participación y unos y otros participan en esa división. [...] La división de lo sensible muestra quién puede tomar parte en lo común en función de lo que hace, del tiempo y del espacio en los que se ejerce dicha actividad” (Rancière, 2002, p.2).

“Hay, por tanto, en la base de la política, una ‘estética’ [...]. Esta estética no debe entenderse en el sentido de una incautación perversa de la política por una voluntad de arte, por el pensamiento del pueblo como obra de arte. Si nos ceñimos a la analogía, puede entenderse en un sentido kantiano —en su momento revisitado por Foucault—, como el sistema de las formas que a priori determinan lo que se va a experimentar. Es una delimitación de tiempos y espacios, de lo visible y lo invisible, de la palabra y el ruido, de lo que de a la vez el lugar y el dilema de la política como forma de experiencia. La política se refiere a lo que se ve y a lo que se puede decir, a quién tiene competencia para

ver y calidad para decir, a las propiedades de los espacios y los posibles del tiempo” (Rancière, 2002, p.2).

“[...] En tiempos donde las sociedades capitalistas hicieron proliferar la producción en serie así como estimularon la seriación de los comportamientos humanos, también se expandió la producción en serie de la cultura, es decir la industria cultural. Sin resultar reiterativos con las tesis adornianas, es posible señalar que el privilegio a la estandarización minó las capacidades creativas. Que si se entiende a ‘comunicación’ como ‘medios masivos’ y a ‘cultura’ con un componente de creatividad, ambos términos en conjunción resultan contradictorios: le toca a la cultura el separarse de natura, inventar, es de la Comunicación Masiva, al menos en los entornos capitalistas, tener programaciones basadas en la repetición y la estandarización. Sin embargo ha sido en esos entornos en los que surgió la profesión ‘creativo’” (Entel, 2013, pp.9-10).

Esta línea recupera concepciones de Walter Benjamin y de Jacques Rancière que permiten pensar, entre otros temas, el cruce entre estética y política; así como estudiar las prácticas estéticas, las prácticas políticas y la creación como sustrato de la producción cultural. Esto puede ser interrogado a partir de la problematización de las particularidades que la industria cultural imprime en la dimensión estética, así como en los procesos de la producción cultural, la técnica, la estetización de la política, la experiencia y la distribución de lo sensible.

Respecto a este último punto, el orden establecido de lo sensible implica un reparto de la sensorialidad. El despliegue de esta distribución sugiere una dialéctica entre emancipación y enajenación que habilita la inventiva como un acto de resistencia cultural a partir del cual la creación puede surgir como parte

de la producción cultural. Así, la creatividad es el componente constitutivo de la subjetividad moderna que articula con las sociedades de control e individuación, en virtud de un orden establecido por “el mundo de la imagen”, de lo visible. La división de lo visible (ver/no ver) es una selectividad que el poder realiza sobre la distribución misma de lo sensible; la sensorialidad como efecto de esta distribución deja en evidencia las operaciones que el poder realiza sobre el reparto de tal sensibilidad en el cruce de las prácticas estéticas y políticas.

Por otro lado, la propuesta de Benjamin alude al “potencial cognitivo, y consecuentemente, político de las experiencias culturales, tecnológicamente mediadas” (Buck-Morss, 2005, p.169). Desde este abordaje de la obra del autor es posible pensar la dimensión estética y política tomando en consideración la noción de aparato sensorial (*sensorium corporal*), su alienación, así como también, la posibilidad de su restauración “no evitando las nuevas tecnologías sino atravesándolas” (p.171).

La producción cultural como producción de lenguajes

“¿Hay división en nuestra cultura? De ninguna manera; todo el mundo, [...], puede entender una emisión de televisión, un artículo de France-Soir, el encargo de un menú para una fiesta; es más, puede decirse que, aparte de un pequeño grupo de intelectuales, todo el mundo consume estos productos culturales: la participación objetiva es total; y, si se definiera la cultura de una sociedad por la circulación de símbolos que en ella se lleva a cabo, nuestra cultura aparecería tan homogénea y bien cimentada como la de una pequeña sociedad etnográfica. La diferencia es que en nuestra cultura lo único que es general es el *consumo*, en absoluto la *producción*: todos entendemos eso que escuchamos en común, pero no todos hablamos de lo mismo que escuchamos; los ‘gustos’ están divididos, incluso, a veces, opuestos de una manera irremisible” (Barthes, 1987, p.119).

“[...] en nuestra sociedad la unidad de la cultura de masas se corresponde con una división, no sólo de los lenguajes, sino incluso del propio lenguaje. [...] Trasladada al nivel del discurso, esta división daría cuenta a la perfección de la paradoja de nuestra cultura, unitaria en cuanto al código de escucha (de consumo), fragmentada en cuanto a sus códigos de producción, de deseo: la ‘paz cultural’ (no hay conflictos, aparentemente, al nivel de la cultura) remite a la división (social) de los lenguajes” (Barthes, 1987, p.120).

En esta línea de abordaje interesa pensar la producción cultural como producción de lenguajes. Para dar cuenta de ello recuperamos, como punto de partida, algunos conceptos e ideas elaboradas por Roland Barthes: paz cultural, división de los lenguajes, discursos encráticos y acráticos, doxa, sociolecto, mito, sentido, texto, figura, poder, ideología, estereotipo.

Desde esta propuesta la producción de lenguajes aparece como forma de establecer juegos de interlocución donde la comunicación se juega en la comunicación misma, es decir, en ese punto en que la cultura tensiona la unificación y la división o se debate entre el establecimiento de un código común que haga posible el entendimiento y la necesidad de diferenciación (construcción de sociolectos) que lleva a la incomunicación.

En este marco de pensamiento, la cultura constituye un objeto paradójico en el que confluyen la paz cultural y la guerra de los lenguajes. Por un lado, la paz cultural como efecto y tendencia a la unificación de una cultura total que está institucionalizada, naturalizada (v.g. aparato estatal, leyes de la lengua, normas, aparato de habla). Una cultura sin capacidad de invención, reproductora, pero que habilita un lenguaje de la comunicación que da lugar a procesos de intercambio, de interrelación y circulación. Por otro lado, existe una división de los lenguajes que es también

la de las clases sociales, la de los gustos, la de los sociolectos; división que se recorta “sobre un fondo de comunicación aparente: el idioma nacional [...], podría decirse que a escala nacional nos entendemos, pero no nos comunicamos” (Barthes, 1987, p.135). Es a partir del carácter paradójico de la cultura que se advierte la contradicción del lenguaje de la comunicación, pues como lenguaje común contribuye al intercambio y, a la vez, a su propia clausura.

En diálogo con lo enunciado, esta línea permite estudiar la vinculación entre lenguaje, producción cultural y comunicación desde textos, discursos, figuras y mitos que ponen de manifiesto, entre otros, procesos de enunciación, unificación, exclusión, naturalización, crítica, impugnación y mediación cultural tanto en la instancia de producción cuanto en la circulación y en las dinámicas de intercambio que cada proceso funda y actualiza.

La producción cultural desde un abordaje culturalista

[Apartado. Edward P. Thompson: de la Crítica Literaria a la Crítica Social]. Es desde este planteamiento desde donde se introduce la cultura como criterio de identidad grupal. Lo cotidiano remite al entramado no sólo de las relaciones productivas cuanto a unas formas compartidas de entender la realidad. Los niveles de conciencia, por tanto, se sobreponen a las condiciones de vida, destacándose de una forma preferente lo valorativo frente a lo productivo. El viraje hacia lo cultural como alternativa a un estrecho materialismo histórico significa diluir las relaciones económicas y destacar los elementos familiares, educativos, urbanos, festivos..., impulsando en exceso lo subjetivo. La conciencia popular y la conciencia de clase obrera se hacen equivalentes. Y, a la vez, la memoria colectiva se hace práctica cotidiana” (Muñoz, 2005, p.167).

“El momento de la circulación (Hall, 1980) es un aspecto no suficientemente enfatizado en los análisis culturales: su valor heurístico reside en que permite

investigar la trama y enfocar con mayor interés las interacciones y los procesos de intercambio, destacando los atributos sociales, culturales y contextuales en la trayectoria, la diversidad de las apropiaciones (Zires, 2005) y los a veces curiosos 'destinos' de los bienes simbólicos" (Papalini, 2012, pp.7-8).

"Nuestro objetivo es pensar la extensión de la configuración cultural que abarcamos como una trama en devenir donde interactúan autores y realizadores, mediadores culturales, sistemas productivos, medios de difusión y publicidad, materiales y procedimientos, mercados de bienes simbólicos, espacios de formación, comunidades de aficionados, reglas de legitimación y públicos (Papalini, 2012). La lista es solo indicativa. Un enfoque tal, por su holgura, podría parecer un cajón de retales sin orden ni concierto. No menos preocupante que tal diversidad es el intento de captarla en proceso. [...] Para pensar la perspectiva del devenir, traducida en nuestro caso como una investigación cinética de lo social, parece insoslayable recurrir a una conceptualización que aprehenda la dinámica de la configuración de la vida. Proponemos por tanto algunas premisas conceptuales que puedan oficiar de fundamentos para una investigación interesada en retener la vivacidad de los procesos sociales, un tipo de investigación que denominamos 'cinética'" (Papalini, 2021, p.180).

Presentar un abordaje culturalista implica, en nuestra propuesta, recuperar los diferentes elementos, dinámicas y actores que integran el proceso de producción cultural. En esta dirección reconocemos conceptos centrales que contribuyen al análisis y comprensión del proceso (producción, distribución, circulación, apropiación, negociación, legitimación, hegemonía, entre otros).

En esta línea ubicamos los aportes de los estudios culturales, perspectiva teórica institucionalizada en el campo y de gran influencia en los estudios de comunicación en Argentina (Mangone, 2007); en particular, aquellos que ponen en relación las formas culturales con las estructuras sociales en clave de resistencia y

que establecen una crítica al determinismo economicista abstracto de la tradición marxista. Esta mirada inscribe el estudio de la comunicación de manera integral con el proceso de producción cultural, el orden mediático, político e ideológico.

Por otra parte, en el marco de investigaciones situadas en Argentina incorporamos los desarrollos de la investigación denominada “cinética” (Papalini, 2021) cuyo eje de análisis toma como referencia la problemática de la cultura/sociedad, como así también la relación de la subjetividad y el deseo. En términos de Vanina Papalini, esta perspectiva habilita “leer relaciones, vínculos, asociaciones, ensamblajes. Rompiendo con la lógica de los componentes bien delimitados” (2021, p.180).

Entendemos que el alcance de la dimensión culturalista reconoce, por un lado, los elementos materiales, la estructura social, el orden simbólico; y por otro, la configuración cultural, lo subjetivo, el deseo, y los procesos productivos, reproductivos y recreativos de la cultura. En síntesis: interesa destacar que el abordaje culturalista no puede omitir el estudio de los dispositivos de dominación en el proceso de la producción de significados culturales en el sistema de clases sociales.

Así, desde esta perspectiva, un análisis de la producción cultural posibilita un abordaje de las prácticas cotidianas, comunicativas y culturales articulando la dimensión subjetiva con la estructura social.

La producción cultural como intervención política, cultural y/o comunicacional

“[Decir, autorrepresentación, sujetos] La primera: el decir -no el farfullar- divide las aguas que contraponen la política a la policy, a la administración y a la demoscopia, o, más claramente, al instituto del sondeo de opinión. La segunda: el decir, en la esfera pública, requiere haberse constituido como sujeto de la intervención política, concebirse a sí mismo. Es la autorrepresentación por excelencia, base de la representación que será política. La tercera: los sujetos de la intervención política parecen construirse en una relación tendida a lo futuro, a lo que aún no es pero pugna por ser, y sobre la base de una regla de concernimiento entre lo singular y lo universal, entre el Estado y los actores particulares. El horizonte se torna sombrío cuando, como ahora, estos elementos parecen ausentarse” (Caletti, 2006, p.19).

“Las cuatro décadas de la comunicación y el análisis cultural en América Latina están atravesadas por tensiones que reorganizan las miradas, permiten comprender la elección de las temáticas y ubican el papel de los teóricos como intelectuales o expertos al mismo tiempo que inscriben sus relaciones con el Estado, el mercado y la sociedad. Siempre resultaría arbitrario alistarlas y exagerado nivelarlas en su importancia, pero al recorrerlas se puede descubrir un eco lexical presente en los textos bisagra, en los gritos de alerta o en las renovadas complacencias [...]” (Mangone, 2007, p.77).

“Como al analizar el clima se distingue la tendencia de la oscilación, en los estudios comunicacionales y culturales seleccionamos algunas tensiones para mostrar que la orientación de algunos procesos parece estratégica mientras en otros la oscilación es el efecto de fuerzas, muchas veces externas al campo, que van apremiando ciertos cambios parciales de rumbo. El abandono de la categoría de imperialismo y su reemplazo por la fascinante globalización, junto con el repliegue de los asuntos públicos en favor del dominio mercantil parecen tendencias objetivas de un campo, claramente observables a partir de un proceso

de fragmentación que gobierna la tarea de los investigadores. En cambio, las peripecias sociopolíticas y las expectativas defraudadas de tecnologías y sujetos sociales vuelven oscilantes las tensiones entre el emisor y el receptor como objeto de nuestros devaneos, o por otro lado, las nuevas obligaciones del Estado frente al fracaso organizativo de los movimientos sociales” (Mangone, 2007, p. 78).

Esta línea intenta examinar un conjunto de momentos del campo académico de la comunicación en América Latina representado por ejes (medios, políticas culturales, culturas populares) y aportes de tradiciones de pensamiento de las ciencias sociales y humanas (positivismo, giro crítico, culturalismo). El concepto de intervención encuentra su fundamento en una red de tensiones culturales y contingencias políticas, cuyo estatuto referencial no alude a una perspectiva teórica en particular ni a un recorrido histórico lineal y progresivo sino a las posibilidades que habilitan diferentes experiencias y proyectos comunicacionales. Cabe resaltar asimismo que la producción cultural es interpretada aquí en clave de intervención a fin de ubicar el sentido diacrónico/sincrónico de esas operaciones intelectuales (experiencias y prácticas), los espacios de tales operaciones tanto en los ámbitos académicos (cátedras, institutos y escuela de formación, centros de investigación, revistas) como en espacios institucionales más amplios (Estado, región territorial y organismos internacionales).

El estudio recobra así un orden situado de los acontecimientos del campo en relación con los procesos constitutivos de la producción cultural. Esto induce a revisitar las continuidades, discontinuidades y los desplazamientos de los temas y problemas que conforman la agenda académica en virtud de la mirada histórica y la dimensión política y cultural del hecho comunicativo.

Importa recuperar, en esta instancia, la contribución realizada por Mariano Zarowsky al acuñar, en el contexto de las primeras décadas del campo académico argentino particularmente, la noción “intelectuales de la comunicación”, entendida como agrupamientos de actores que “definieron su propia condición y su campo de acción en el punto de intersección que supieron trazar entre una problemática teórica de nuevo tipo y la intervención política” (2017, pp.12-13). Los rasgos sobresalientes serán pues una serie de planteos y preguntas en torno a la comunicación, la cultura y la tecnología, los medios masivos y las ideologías, la acción colectiva y las significaciones sociales. Tal como añade Zarowsky, el sentido de esas intervenciones se dio en el marco de la modernización cultural y la renovación teórica y escritural. Los cortes históricos determinados por las sucesivas y constantes crisis del sistema democrático y las transformaciones hacia el interior de la universidad argentina provocó que la noción misma de “intelectual de la comunicación” deviniera en un intelectual hiperespecializado. La mirada sobre este proceso puede ser ampliada mediante la incorporación del binomio politización-despolitización (Mangone, 2013 [2006]), toda vez que se procure comprender la fragmentación de los análisis en oposición a un abordaje histórico y totalizador del campo académico.

La producción cultural en los procesos de formación en comunicación

[...] nos interrogamos por la posibilidad de elaborar un recorrido que contemple la vinculación entre el pensamiento en torno a la comunicación y el proceso histórico en el que se inscribe y que posibilita una construcción particular del campo de estudio de la comunicación. Esto es, establecer una

línea de análisis entre el campo académico de la comunicación y diversos procesos de formación universitaria e institucionalización; a la vez que nos propusimos identificar algunas de las tensiones que se producen entre los modelos de formación y el mercado de trabajo” (AA.VV., 2016, p.1).

“[Campo académico] un espacio socio-cultural específico, en el cual concurren actores sociales sujetos a las determinaciones y condicionamientos que definen su identidad y sus funciones sociales desde marcos más amplios que los académicos por una parte, y los comunicativos por la otra, pero que con su actividad, socialmente legitimada e institucionalizada, mantienen una cierta ‘autonomía relativa’” (Fuentes Navarro, 1992, p.2).

“Una vez que se reconoce la dificultad disciplinar, la imposibilidad de definir qué es lo que un comunicador hace y su campo de acción así como la escisión teoría-práctica, la constitución del campo de la comunicación habilita, en la instancia de formación, diferentes tipos de prácticas. [...] Estas pueden clasificarse como prácticas mediáticas, prácticas institucionales y prácticas educativas (Fuentes Navarro, 1990). [...] Los tres tipos de prácticas pueden pensarse como una forma de producción de conocimiento científico” (Ávila, 2021, p.10).

Esta línea procura reflexionar en torno a los procesos de formación en comunicación a partir de la noción de campo académico (Fuentes Navarro, 1992), entendido como un espacio sociocultural específico en el cual entran en vinculación actores (universidad, mercado y Estado), teorías, investigación, modelos de formación, procesos de institucionalización (prácticas, actores, instituciones). Vinculación que requiere estudiarse de manera situada en el contexto epocal y la legislación vigente en materia de medios, comunicación, cultura y educación (Gasquez & Salinas en AA.VV., 2016). Asimismo, tanto la comunicación

cuanto la producción cultural pueden ser interrogadas a partir de dos tendencias en conflicto: como espacio de autonomía y como espacio de regulación. Esta doble tendencia surge de las demandas permanentes de actualización y búsqueda de legitimación que interpelan y ponen en crisis los modelos de formación y profesionalización de la comunicación y la cultura.

En este marco, los procesos de formación e institucionalización son comprendidos como “[...] un dispositivo que se estructura en torno al reconocimiento, la enunciación, la jerarquización, la objetivación y la disciplinarización de prácticas, sujetos, instituciones y conceptualizaciones” (AA.VV., 2016, p.2). De esta manera, el abordaje investigativo de estos procesos adquiere sentido en el estudio de producciones estudiantiles (audiovisuales y gráficas en diferentes formatos y soportes), en los espacios de formación universitarios orientados a la producción cultural, a partir de los diseños curriculares y el análisis de los modelos de formación condicionados y determinados por las transformaciones socio-culturales, políticas y económicas, infotecnológicas, subjetivas así como por las concepciones y los sesgos comunicológicos. Todo ello es plausible de ser indagado bajo la forma del relevamiento y el análisis documental (planes de estudio, normativas ligadas al campo académico y laboral, informes de proyectos de investigación, resoluciones ministeriales, publicaciones y producciones académicas, entre otras).

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (2016). Informe período 2014-2015. PROIPRO 4-4017 Estudios de comunicación en Argentina. Trayectos institucionales. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis.
- AA.VV. (2021). Estudios de Comunicación en Argentina: formación, campo laboral y producción cultural. La investigación como encrucijada. *Umbrales*, 1 (1), 1-16.
- Ávila, S. (2021). Prácticas de formación. Un análisis acerca de las configuraciones comunicacionales en las prácticas pre-profesionales de la Licenciatura en Comunicación Social de la UNSL. [Trabajo Final de grado inédito]. Universidad Nacional de San Luis.
- Barthes, R. (1987). La división de los lenguajes. En *Susurro del lenguaje* (pp. 119-133). Paidós.
- Barthes, R. (2004). *Lo Neutro*. Siglo XXI.
- Benjamin, W. (1973). *Discursos interrumpidos I*. Taurus.
- Buck-Morss, S. (2005). Estética y anestética: una reconsideración del ensayo sobre la obra de arte. En *Walter Benjamin. Escritor revolucionario* (pp.169-221). Interzona.
- Caletti, S. (junio, 2006). Decir, autorrepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política y comunicación. *Versión. Estudios de comunicación y política*, (17), 19-78.
- Entel, A. (junio, 2013). Los desafíos de la creatividad. Arte, política, medios. *INTI. Diseño industrial. Boletín informativo*, (216), 1-15.
- Fuentes Navarro, R. (marzo, 1990). Prácticas profesionales de la comunicación. Caracterización y perspectivas de desarrollo ante la crisis. *Crisis y Comunicación*, (II), 91-102.
- Fuentes Navarro, R. (marzo, 1992). El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina. *Diálogos de la Comunicación*, (32) [.https://felafacs.com/publicaciones-revista-dialogos/](https://felafacs.com/publicaciones-revista-dialogos/)

- Garnham, N. (1983). La cultura como mercancía. En G. Richeri (Ed.) *La televisión entre servicio público y negocio* (pp.20-31). Gustavo Gili.
- Mangone, C. (abril, 2007). Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, (2), 77-87.
- Mangone, C. (2013 [2006]). Balance de las cuatro décadas. <http://resumenes-comunicacion-uba.blogspot.com/2013/05/mangone-teorico-desgrabado-balance-de.html>
- Mastrini, G. (enero, 2017). Economía Política de la Comunicación e Industrias Culturales: apuntes sobre su vigencia actual. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo*, 2 (5), 139-148.
- Muñoz, B. (2005). Sexta parte: La cultura como análisis de la cotidianidad. *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura* (pp.155-226). Anthropos; Universidad Autónoma Metropolitana.
- Papalini, V. (septiembre, 2012). *La literatura masiva como circuito comunicacional* [Presentación de ponencia]. XVI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Santiago del Estero, Argentina. http://www.redcomunicacion.org/memorias/p_jornadas_a.php?idj=3.
- Papalini, V.; Flores, C. & Del Prato, M. P. (Eds.) (2021). *Devenir trama. Ensamblajes culturales/Córdoba*. Tinta libre.
- Rancière, J. (2002). *La división de lo sensible. Estética y política*. Argumentos.
- Zallo, R. (marzo, 2007). La economía de la cultura (y de la comunicación) como objeto de estudio. *ZER. Revista de estudios de comunicación*, (22), 215-234.
- Zarowsky, M. (2017). *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*. Eudeba.

Parte II. Líneas de abordaje: una grilla en cuya superficie se pasea un tema

Presentación

El proceso de escritura que motiva el presente apartado se apoya en una valoración de la particularidad de los sujetos implicados en esa tarea a la vez que articula perspectivas de comunicación y producción cultural. Tal valoración reside en un modo de trabajo aprendido en la trayectoria de un equipo de investigación que desarrolla la tarea de componer los textos trascendiendo las formas naturalizadas o prefijadas que tienden a unificar la producción intelectual. Por esta razón las producciones asumen cierta heterogeneidad en su metodología, recortes temáticos, géneros y estilos de escritura, jerarquizando la entrada en torno a la producción cultural en los estudios de comunicación.

En esta segunda parte del libro, reunimos una serie de artículos que fueron concebidos a partir de las posibilidades analíticas de las líneas de abordaje que detallamos en la primera parte. De forma reseñada aludimos a líneas que se ocupan de la producción de lenguajes, la economía política, el culturalismo, los procesos de formación en comunicación, así como la intervención política, cultural y/o comunicacional. El orden de la presentación que ofrecemos al lector responde a diálogos y contrapuntos establecidos entre los artículos, toda vez que propone recorridos y secuencias que no excluye otras lecturas.

Los trabajos indagan el estudio y la delimitación de aspectos comunes que caracterizan de manera integral distintas instancias de la producción cultural, apuestan por algunos recorridos inéditos para el campo, como así también presentan estudios de

caso y recuperan tradiciones teóricas poco habituales para pensar problemáticas ya consolidadas, sin agotar todos los tópicos habilitados para cada línea. El objetivo transversal de cada escrito pretende recuperar el procedimiento de la tópica, los trayectos de pensamiento, las perspectivas teóricas y las dinámicas del campo presentes en los recorridos por la producción cultural en clave comunicacional.

Seguidamente, anticipamos las producciones de modo desagregado en función de las líneas y los intereses de investigación de sus autores. Respecto al artículo vinculado con la línea que aborda la producción de lenguajes, M. Gabriela Gasquez elabora una reflexión sobre la vinculación entre lenguaje, comunicación y cultura buscando reconocer los procesos de codificación y el juego de interlocución presente en la matriz comunicacional que rige la vida actual.

En relación a la perspectiva de la producción cultural desde un abordaje económico político de la cultura, aparecen dos textos que se ocupan del proceso integral de la producción y el trabajo cultural. El escrito de Ernesto Elorza reconstruye una cartografía de aspectos estructurantes del campo a partir de la noción de comunicación digital. Por su parte, el artículo de Juan Martín Zanotti revisa la categoría del trabajo para retratar las renovadas formas que asume la producción cultural en el marco del capitalismo contemporáneo.

En torno a la producción cultural desde un abordaje culturalista, Maximiliano Gaitán piensa la estratificación del culturalismo tradicional, a partir de la consagración de una visión dualista de la producción y su impacto en la consolidación de una concepción instrumental de la comunicación que se manifiesta en los objetos de estudio que habitualmente se inscriben en esa línea.

En cuanto a la línea que refiere a los procesos de formación en comunicación, Sonia Ávila, Emiliano Díaz y M. Gabriela Gasquez recuperan una selección de producciones previas del equipo de investigación. Tal producción está acotada a la presentación y reflexión de ciertos recorridos para los cuales se han tomado los espacios de formación universitarios de grado, sobre la base de los diseños curriculares y el análisis de los modelos de formación. Vale aclarar que se trabajó sobre el marco general de comprensión del campo académico, sus particularidades y dinámicas, lo cual habilitaría indagaciones ulteriores abocadas a la temática de la producción cultural.

Sobre el abordaje que reflexiona en torno a la intervención política, cultural y/o comunicacional, Emiliano Díaz propone un reformulación crítica de la teoría de los efectos presentes en la producción intelectual de Aníbal Ford, circunscripta a los libros publicados hacia la década de 1990 y el primer lustro de los años 2000.

Finalmente, en esta misma línea Emiliano Díaz, Ernesto Elorza, Maximiliano Gaitán y M. Gabriela Gasquez discuten las nociones de escritura e intervención como formas de la producción cultural. La reflexión está centrada en la relación entre las dimensiones académico-institucional, profesional y política, y los acontecimientos que tuvieron lugar en la universidad pública en el marco de la emergencia sanitaria decretada hacia marzo de 2020.

Esta compilación aspira a promover una comprensión de la comunicación que restituya la tensión entre el orden simbólico y el orden material sobre el obstáculo que subyace en la mirada de la producción cultural como un proceso determinado principalmente por los dispositivos materiales.

El tópico del código: entre la matriz comunicacional y el retorno a lo ilegible

M. Gabriela Gasquez
ggasquez@email.unsl.eduar

I- Introducción

El tópico de la producción cultural está presente, desde siempre, en el campo de estudios de la comunicación. Es posible advertirlo tanto en líneas teóricas que centran sus propuestas en la dimensión económica, en las dinámicas y procesos de producción, circulación y consumo cuanto en los aportes que parten del reconocimiento de los procesos de transformación industrial para situar su reflexión en el orden estético y cultural.

En este trabajo y siguiendo la línea de pensamiento que traza Roland Barthes interesa pensar la vinculación entre lenguaje, cultura y comunicación. Cabe aquí un señalamiento. La cultura constituye, para Barthes, un objeto paradójico en el que confluyen la paz cultural y la guerra de los lenguajes. Por un lado, la paz cultural como efecto y tendencia a la unificación de una cultura total que está institucionalizada, naturalizada (v.g. aparato estatal, leyes de la lengua, normas, aparato de habla). Una cultura sin capacidad de invención, reproductora, pero que habilita un lenguaje de la comunicación que da lugar a procesos de intercambio, de interrelación y circulación. Por otro lado, existe una división de los lenguajes que es también la de las clases sociales, la de los gustos, la de los sociolectos; división que se recorta “sobre un fondo de comunicación aparente: el idioma nacional [...], podría decirse que a escala nacional nos entendemos, pero no nos comunicamos” (Barthes, 1987, p.135).

Es a partir del carácter paradójal de la cultura que se advierte la contradicción del lenguaje de la comunicación, pues como lenguaje común contribuye al intercambio, y a la vez, a su propia clausura mediante procesos de unificación (institucionalizados y naturalizados) cuyo efecto es la ilusión de que existe algo en común. Tomando en consideración estos aspectos nos preguntamos: ¿qué sucede con el juego de interlocución (comunicación) actual? ¿Qué procesos de codificación prevalecen? ¿Qué lugar ocupa la producción cultural respecto a la tendencia de un lenguaje de la comunicación unificado, totalizador? ¿Puede ser pensada como instancia legitimadora de los procesos de codificación jerarquizados o, por el contrario, habilita la suspensión de lo instituido?

Para llevar a cabo nuestro trabajo nos detenemos, en una primera instancia, en una presentación de la matriz comunicacional actual, ello con el objetivo de comprender las formas de comunicación que la caracterizan. En una segunda instancia, y reconociendo que cada época histórica elabora los procesos de codificación y decodificación que vuelven al mundo legible según las condiciones y el régimen de intercambio comunicativo que instalan, abordamos el tema del código y la configuración de lo común.

Las páginas que siguen pretenden ser una reflexión sobre la vinculación entre lenguaje, comunicación y cultura, pero sobre todo buscan reconocer los procesos de codificación y el juego de interlocución presente en la matriz comunicacional que rige la vida actual.

II- Algunas notas sobre la matriz comunicacional actual

¿Será una moda, o tiene un profundo sentido histórico, el intento de leer el mundo actual del hombre, o sea la unidad de todos los fenómenos culturales de nuestra época, sub specie communicationis, desde el ángulo conceptual de la Comunicación, una manera de estar relacionados que hoy practicamos como nunca antes en la historia de la humanidad?

Pasquali, 2011

De a poco nos hemos ido habituando a la expresión que define nuestro presente, esto es, a la premisa según la cual las transformaciones actuales en el orden tecnológico, informativo y comunicacional son determinantes y requieren su traducción o ya han sido traducidas en el plano de la vida cotidiana, en sus diferentes órdenes, esferas, instituciones y dinámicas. Tal es la fuerza de este postulado que al aludir a la revolución tecnológica se imponen afirmaciones totalizantes, pues al parecer creció sin dejar inmune a la metamorfosis “ningún área o disciplina de estudio, ningún campo profesional, ninguna dimensión de la experiencia individual o colectiva” (Costa, 2021a, p. 2). Olvidamos, por momentos, que las transformaciones se gestionan y administran² y que conllevan procesos de producción material y simbólica cuyo efecto es la naturalización de unas concepciones y sentidos comunicacionales, un orden técnico e ideológico en palabras de Costa, que deviene en régimen de vida.

Es a partir de esta apreciación que nos interesa mencionar, en un primer momento, los aspectos de la matriz comunicacional que es

² En este punto interesa remitir al artículo contenido en esta publicación bajo el título “Abordajes sobre la noción de comunicación digital. Mapeo de aspectos estructurantes”. Allí Ernesto Elorza se ocupa de la noción de comunicación digital a partir de un análisis bibliográfico que le permite, entre otras cosas, dar cuenta de la dimensión material de los procesos de digitalización y convergencia y su vinculación tanto con el sistema económico mundial cuanto con los procesos de estructuración del sector de las industrias culturales, en particular el sector audiovisual, y el rol de los diferentes actores involucrados.

posible advertir en el orden social actual. Cabe aquí una aclaración: al aludir a la idea de matriz remitimos a una estructura que tiende a propiciar, cuando no a moldear, las formas de estar con otros y cuyo orden se establece en vinculación con la comunicación, sus significaciones y las prácticas-técnicas presentes y dominantes en cada época histórica. Así entendida, la comunicación no se define como un epifenómeno o un aspecto emergente y/o consecutivo de la estructura, sino que se concibe como parte constitutiva de la misma (cfr. Pasquali, 1990). Del mismo modo, las prácticas-técnicas propias de cada momento histórico-social hablan de la tensión que se produce entre los determinantes de una época, las innovaciones que se introducen en el entorno y las lógicas de la transformación que se imponen y que buscan organizar el orden simbólico y material, sea reforzando la matriz comunicacional vigente o poniendo en crisis los sentidos y/o modos del vínculo instituido. En esta línea de pensamiento, los sistemas de comunicación, las formas que adopta la relación, las maneras de vivir con otros y la configuración de un régimen de vida no son consecuencia o efecto de un proceso de estructuración del orden social, sino el resultado de las significaciones y concepciones comunicacionales que hemos sido capaces de imaginar y concebir. En síntesis, al hablar de matriz comunicacional aludimos a una estructura dinámica que enlaza significaciones y concepciones comunicacionales, prácticas-técnicas, orden social, tendencia a la estructuración del vínculo social y naturalización de un régimen de vida.

Entre los ejes centrales para pensar la matriz comunicacional actual³ mencionamos los siguientes: mediatización y tecnificación

3 Una problematización de los aspectos aquí mencionados ha sido desarrollada en la ponencia *Acerca de la matriz comunicacional actual y los procesos de codificación* (Gasquez, M.G.) presentada en las XXVI Jornadas Nacionales de Investigadoras e Investigadores en Comunicación, Universidad Nacional de La Plata, septiembre, 2023, s/p.

de la vida, geografía intersubjetiva, economía del vínculo y procesos de codificación y decodificación.

Si bien es posible reconocer, al menos en el campo de estudios de la comunicación, una multiplicidad de enfoques y concepciones respecto a los medios y a las tecnologías y su lugar en la trama social, los mismos han sido simplificados a una oscilación. La que fluctúa entre posiciones denominadas apocalípticas, tecnofóbicas y visiones celebratorias o tecnofílicas en cuanto a los efectos y alcances que se les asigna a los diferentes dispositivos; o enfoques mediacéntricos y sociocéntricos en función de la autonomía y/o la interdependencia que se reconoce entre los medios y la sociedad en su conjunto. Ante esta tendencia, que estimamos reduccionista, optamos por recuperar algunas ideas que contribuyen a pensar el alcance y/o el carácter performativo de los medios y las tecnologías en el seno de la vida actual. Esto último, no sin reconocer el riesgo que conlleva negar el tecnologismo, esa ideología que, en términos de Héctor Schmucler (1997), supone asumir una visión acrítica de la tecnología rodeándola de una neutralidad y virginidad que no posee.

Por un lado, desde propuestas teóricas como las elaboradas por Eliseo Verón (2001), María Cristina Mata (1999) y Gabriel Aranzueque (2010), se considera que los espacios de lo social y lo cultural se estructuran en vinculación directa con la presencia de los medios y, en tiempo presente, también con otros dispositivos tecnológicos y discursivos propiciados por la existencia de internet. Este fenómeno produce una modificación en la configuración de las prácticas sociales y de los registros significantes como parte del proceso de mediatización que integran. Proceso que abarca desde modalidades y mecanismos de funcionamiento institucional, establecimiento de códigos, registros y pautas culturales, hasta

instancias de producción y reconocimiento significantes. Claro que tal fenómeno no resulta homogéneo ni es homologable a las diferentes esferas sociales.

En esta línea de pensamiento, María Cristina Mata (1999) reconoce que la cultura mediática, noción que presenta como equivalente a la expresión mediatización de la sociedad, no sólo da cuenta de la insuficiencia del concepto de cultura masiva para comprender y explicar los fenómenos actuales, sino que considera que esta habla de “un nuevo modo en el diseño de las interacciones, una nueva forma de estructuración de las prácticas sociales, marcada por la **existencia** de los medios” (p.84). A su vez, y si bien la autora sostiene que es “el proceso colectivo de producción de significados [...] el que se ha rediseñado a partir de la existencia de las tecnologías y medios de producción y transmisión de información” (p.84), la transformación que tal modificación introduce no debe entenderse como un proceso uniforme.

Decimos entonces que, desde estas perspectivas, las sociedades actuales nombradas como mediatizadas se caracterizan por la existencia de las tecnologías y los medios y su carácter transformador de la trama social, así como por la reelaboración de los procesos de producción de significados que hacen posible, según Mata, la comprensión, la comunicación, la reproducción y la transformación de un orden social.

Por otra parte, interesa recuperar lo que Flavia Costa (2021b) denomina, precisamente, “la tecnificación de la vida” (formas de vida infocomunicacionales). Esto es, el reconocimiento de que no sólo se han mediatizado las relaciones sociales, sino que la vida aparece caracterizada por el crecimiento de los parques de producción tecnológicos industriales, pero también cotidianos; por

los procesos de automatización; por la producción de dispositivos y de inteligencias artificiales y la incorporación de la tecnología en el propio cuerpo, aspecto que pone en escena la idea de optimización de la vida. A su vez, considera las transformaciones epistémicas que involucran, entre otros, procesos de “datificación, digitalización, protocolización, vigilancia distribuida y monetarización de todos los dominios de la vida” (Costa, citada por Ré, 2022, p.107). Transformaciones en los modos de conocer, de procesar el conocimiento y de vivir que forman parte de este período histórico y que Costa (2021, 2024) sintetiza bajo la noción de tecnoceno, esto es “el período en el que, a través de la tecnología, la humanidad comienza a ser agente en la escala Tierra” (p. 409) y que se caracteriza “por la proliferación de tecnologías avanzadas [...], que están transformando profundamente la forma en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos con el entorno y con nosotros mismos” (p. 409). Interesa subrayar que, para la autora, “el salto de escala que estamos atravesando”, ha sido propiciado, entre otras, aunque de manera central, por las tecnologías infocomunicacionales.

En vinculación con la mediatización y tecnificación de la vida es posible advertir la modificación de los parámetros espacio-temporales de nuestras experiencias como parte del nuevo diseño de las interacciones, lo que da lugar a una geografía intersubjetiva que, sostenida en el carácter ubicuo⁴ que ha conquistado la técnica, confunde conexión con comunidad e invierte el estatuto de lo real.

4 José A. Bagança De Miranda (2010) considera que la técnica conquista el atributo de la ubicuidad que era un atributo que portaba Dios, “quien al estar presente en todas partes, saturaba lo real con su presencia, invisible pero omnipotente” (p.204). Para el autor la consecuencia más inmediata de ese atributo en vinculación con la técnica es la inversión de lo real, esto es el modo en el que comienzan a modificarse las relaciones entre lo próximo y lo distante y que permitiría pensar que este proceso sigue un doble principio en el que, por una parte, nada quedaría retenido en la distancia, esta se elimina progresivamente y, por otra parte, todo nos llegaría o podría llegarnos; algo que Bagança De Miranda postula a partir del texto de Paul Valéry titulado “La distribución de la realidad sensible a domicilio”.

Gabriel Aranzueque (2010) en “Introducción. Ontología y movilidad” insiste en la necesidad de reconocer la modificación en la dimensión experiencial e intersubjetiva que propician, especialmente, la telefonía móvil y los dispositivos portátiles. A partir de allí describe los procesos en términos de sujeción y movilidad y sostiene que mientras los esquemas que prevalecían en el pasado suponen la sujeción de un sujeto en un espacio-tiempo determinado, los nuevos dispositivos “tienen la virtud de cortocircuitar las pautas de interacción estatuidas, poniendo en evidencia la endeblez e inconsistencia de los códigos admitidos” (p.13). De esta manera, los parámetros espacio-temporales adquieren movilidad y lo distante y lo ausente se incorporan como parte de las mediaciones que se suceden:

a través de un crecimiento reticular que sólo parece obedecer a su propio desarrollo y que tiende no a la eterna recurrencia de lo ya presente, sino a la incorporación y apropiación diferenciales de lo distante, de aquello que en su ausencia está llamando a alterar cualquier armazón conceptual prefijado. (p.11)

Siguiendo este planteo, lo que la presencia de los dispositivos tecnológicos promete son nuevas formas de encuentro, otro escenario para el desarrollo de la dimensión experiencial que garantiza, la conectividad ilimitada que se aúna con el cálculo preciso de la localización; “donde la relevancia de la posición física del locutor se diluye en pro del flujo informacional y del multiacceso a la red” (Aranzueque, 2010,p.9); la multiplicación de mediaciones y la incorporación de lo ausente o distante. Desde este punto de vista, la técnica habilita una geografía de la distancia que propicia una experiencia de la cercanía en el orden de lo mediado tecnológicamente; a la vez que, en términos de Aranzueque, trastoca las pautas de interacción prefiguradas y normalizadas en exceso mediante lo que el autor llama el

impulso nómada que propicia la telefonía móvil y el flujo de coexistencias. De este modo, el “mundo deja de ser un todo ordenado de presencias materiales” (p.15) y nuestra vida se ve “envuelta en una producción móvil de entornos sin término en el que se multiplican los planos que transitamos” (p.18).

Resta pensar el alcance de esta modificación y las implicancias que conlleva la coexistencia de pautas de interacción instituidas y las que posibilitan los cambios a los que alude el autor. En relación con ello diremos que la existencia de los dispositivos, el ensamble de redes, la circulación de información y la multiplicación de conexiones son innegables; así como el establecimiento de un nuevo diseño en la estructuración del vínculo y las prácticas sociales. Estamos ante el triunfo del atributo de ubicuidad que porta la técnica, bajo la inversión de lo real y el trastocamiento de la dimensión material. Sin embargo, considerar que esos procesos son uniformes y que “el mundo deja de ser un todo ordenado de presencias materiales siempre disponibles y utilizables para dejarse leer a través de la metáfora de la trama, de una urdimbre o ensamblaje de redes intercomunicadas que se solapan y entrecruzan” (Aranzueque, 2010, p.15) contribuye al sostenimiento de una ilusión, la que nos hace pensar que ahora vivimos en un estado de comunidad estrecha, móvil, infalible, en la que estamos intercomunicados y enlazados mediante flujos continuos que se multiplican.

Todo ello lleva a considerar la economía del vínculo que contribuye a configurar el orden contemporáneo y que habilita un modelo de sociedad y de ser humano. Economía que, podemos pensar, se articula a partir de un repertorio de trazos que incluye, tal como mencionamos antes, la interconexión, el contacto perpetuo, el trabajo sobre lo omnipresente y lo incesante, el murmullo

infinito, la búsqueda de unas formas de proximidad e incluso el trabajo sobre la ratificación de nuestra propia existencia a partir de la demostración voluntaria de sí ante otros, aspecto este último que supone la puesta en escena de una fachada predispuesta a la presencia común permanente en el que los sujetos participan indefinidamente.

Acatar el imperativo que teje la trama social actual supone participar del intercambio y asumir que el régimen de vida, prevé, para nosotros, la institucionalización de una socialidad intimista expuesta (cfr. Sibilia, 2008) que, aunque indefinida y carente de presencias reales, expone la intimidad, la recorta e indica el lugar de cada sujeto. Una forma de vida cuyos mecanismos de control señalan “a cada instante la posición de un elemento en un lugar abierto [...] y lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición de cada uno” (Deleuze, 2005, pp.119-120).

Finalmente, resta mencionar, como parte de esta matriz, el tema del código. En este punto precisamos ingresar en la problemática que instalan los procesos de codificación actuales a partir del concepto de código binario.

Flavia Costa explica en *El malestar de la cultura algorítmica* (2021a) que el contexto actual se define por la “multiplicación vertiginosa de operar sobre el mundo producida por la datificación [...] y la digitalización”; de modo que todo lo que exhibimos y visibilizamos adquiere estatuto de dato y se traduce al lenguaje binario “que actúa como lengua numérica común para poner en correlación fenómenos heterogéneos u hacer posible intercambios de otra manera impensados” (p.3). Así entendido, el código binario define su función como lenguaje de la traducción.

A su vez, por tratarse de un código específico y encriptado, por el proceso de formalización al que está sometido funciona como un código barrera, ya que impide la decodificación por el nivel de especificidad, por lo indescifrable de los signos construidos.

Entretanto, en el orden de su constitución, conforma un sistema predeterminado, pues el software que lo habilita posee una función estereotipada. En este caso, la dimensión material emerge a partir de los procesos de datificación, digitalización y algoritmización. Procesos que, en tiempo presente, parecen actualizar esa “verdad negra de la escritura” de la que nos habla Roland Barthes (2003).

Estamos acostumbrados, por el peso de los valores democráticos (y tal vez más lejanamente: cristianos), a considerar de forma espontánea la mayor comunicación como un bien absoluto y la escritura como una adquisición progresista. Eso es olvidar una vez más el reverso del fenómeno: hay una verdad negra de la escritura. Durante milenios, la escritura ha separado a los que estaban iniciados en ella, poco numerosos, de los que no lo estaban, ha sido la marca de la propiedad y de la distinción; aún hoy en día, todo fenómeno de dominio, de secesión, y por así decirlo, de clandestinidad, pasa por la posesión de una escritura (algoritmos de la matemática, de la química, de la botánica; escritura musical, simbólica, astrológica); en cuanto una ciencia tiende a constituirse, sus promotores inventan un hermetismo gráfico. (p.91)

Pese a lo antes mencionado, consideramos que la respuesta a los procesos de codificación actual (hermética/encriptada, mercantilizada, datificada y a la vez plausible de traducción e intercambio toda vez que se constituye en lengua numérica común) no consiste en contraponer una dinámica de codificación y decodificación que tienda a la unificación y lo universal al hacer de la lengua y lo común un bien absoluto.

La lengua como código que permitiría la conformación de una comunidad de hablantes, esa red de comunicación que parece fabricada y propiciada por algo común, también tiene sus trampas, sus ilusiones⁵ y ello está dado por el papel que le ha sido conferido. Jorge Larrosa nos alerta: “algunas formas de escribir y de leer, de hablar y de escuchar, extienden la sumisión, el conformismo, la estupidez, la arrogancia y la brutalidad” (2003, p. 27) y son esas formas, precisamente, las que se han instalado, las que alimentan las políticas de la lengua que, como mecanismos de poder, han operado la naturalización de esa lengua de nadie y la lengua de nadie es una lengua neutra, neutralizada “de la que se ha borrado cualquier marca subjetiva” (p.27). Esa lengua se adapta, es conformista, responde al estado dado de las cosas y a la vez presenta un carácter totalitario, obliga a unas formas del decir y es arrogante en la medida en que “convierte en legítima una cierta posición enunciativa en la que siempre se habla desde arriba (o desde ningún lugar, que para el caso es lo mismo)” (p.27); esa lengua enlaza poder y saber.

No obstante, el problema del poder no se reduce al establecimiento de una lengua neutra (propia de las doxas pedagógicas) que extiende la sumisión y la estupidez⁶ (Larrosa, 2003). El poder pervive en la lengua desde siempre, es “el parásito de un organismo transocial [...]”. Aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad es el lenguaje o, para ser más precisos, su expresión obligada: la lengua. No vemos el

5 Es importante recordar que la relación que tenemos con la lengua es de interdependencia. Por un lado, nos permite decir, nos contiene y habilita; por otro lado, limita, o más bien determina nuestras posibilidades de entender y pensar el mundo (cfr. Cassin, B., 2014).

6 Desde sus lecturas de Gilles Deleuze, Jorge Larrosa (2003) denomina pensamiento estúpido a eso que segregamos cuando: “lo que piensa en nosotros es nuestro conformismo, nuestro afán de seguridad, nuestra necesidad de orden, nuestro deseo de obedecer [...] cuando lo que piensa en nosotros es nuestra vida empobrecida, nuestra vida cobarde o, simplemente, nuestra renuncia a la vida” (p.146).

poder que hay en la lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación, y que toda clasificación es opresiva: *ordo* quiere decir a la vez repartición y conminación”, dice Barthes (1998, p.118).

Ahora, al leer el planteo de Larrosa desde Barthes podemos pensar que existe una doble sumisión. Una sumisión primera a la lengua que “como ejecución de todo lenguaje [...] es simplemente fascista, ya que el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir” (1998, p.120). Es la sumisión que aparece sobre todo en el momento de la enunciación, momento en el que las dos rúbricas que señala Barthes, la autoridad de la aserción y la gregariedad de la repetición, coinciden en un sujeto. Por eso mismo dice: “soy simultáneamente amo y esclavo: no me conformo con repetir lo que se ha dicho, con alojarme confortablemente en la servidumbre de los signos: yo digo, afirmo, confirmo lo que repito” (p.121). Hasta aquí la sumisión como servilismo; no sin reparar en la idea barthesiana que supone que servilismo y poder se confunden en la lengua. Una segunda sumisión alude a la lengua neutralizada de la que habla Larrosa, es la sumisión a la operación de naturalización con que los lenguajes pedagógicos parasitan y sobreimprimen la lengua primera, es la sumisión como adaptación a las doxas del campo educativo.

Lo mencionado hasta aquí pone de manifiesto la dificultad, cuando no la imposibilidad, de eludir lo que la sociedad exige para la ratificación de nuestra existencia. Lo cierto es que el régimen de vida actual prevé, respecto al código, un intercambio en el que confluyen unas dinámicas simbólicas (lengua numérica común, encriptación, traducción) y materiales (datificación, digitalización, algoritmización) que pone en escena el código binario y lo opresivo, unificador y naturalizador, propio del

código lengua. La pregunta por el lenguaje de la comunicación se vuelve necesaria.

III- Juegos de interlocución

Al iniciar este trabajo dijimos que cada época histórica elabora sus códigos y los procesos de codificación y decodificación que vuelven el mundo legible según las condiciones y el régimen de intercambio comunicativo que instalan.

Desde aquí, retomamos lo postulado en las primeras páginas de este escrito. La lengua como código común y compartido posibilita lo que Barthes denomina un lenguaje de la comunicación que contribuye al intercambio, pero también a su propia clausura, pues mientras se persigue un mínimo de homogeneización, una especie de contrato establecido, la posibilidad de la comunicación parece en un fondo de comunicación aparente [el idioma nacional] que permite decir que “a escala nacional nos entendemos, pero no nos comunicamos” (Barthes, 1987, p.136). Lo común precisa resistir a la naturalización, a la universalidad porque cuando “nos instalamos en el lenguaje de nuestro cantón social, profesional [...] nos permite adaptarnos, mejor o peor, al desmenuzamiento de nuestra sociedad” (p.124). En la cultura que desentraña Barthes, lo común deviene en ese lenguaje que opta por la adaptación y cuando lo que se busca es un dominio de lo común lo que aparece es la marca unificadora. Estamos ante el problema de la interpretación y el sentido.

Sin embargo, lo común no queda subsumido sólo al código lengua, está presente, tal como lo enuncia Costa, en la lengua numérica sobre la que se gestan los intercambios una vez que lo expuesto o visibilizado adquiere estatuto de dato.

Sabemos además que los procesos de codificación pueden ser más o menos sofisticados, generales o específicos, estar sometidos a procesos de mercantilización, institucionalización, tender a la gestión de convenciones, responder a presiones de diferente índole e incluso formar parte de relatos históricos y/o áreas de conocimiento cuya decodificación resulta imposible por el misterio y lo indescifrable de los signos construidos.

A ello precisamos agregar que el tópico del código está en la base de la producción cultural como producción de lenguajes, podemos decir que es el espacio en el que se ampara y reproduce la matriz comunicativa actual o, en todo caso, es parte del proceso que habilita la mecánica de fuerzas que la pone en movimiento, sea mediante el código binario, el código lengua o ambos y en el que se juega la tendencia a la datificación y lo universal.

En este punto es necesario reelaborar el interrogante inicial. Desde el reconocimiento de la matriz actual, no se trata solo de pensar ¿en qué juego de interlocución (comunicación) está inserta la producción cultural?, sino qué concepciones de comunicación habilitan formas de la producción cultural que logren poner en suspenso, cuando no subvertir, la mecánica de los procesos de codificación y decodificación formalizados y naturalizados mediante los códigos vigentes. Para ello precisamos reconocer que las conceptualizaciones y significaciones sobre la comunicación encuentran sus fundamentos actuales tanto en la doxa, en el orden social actual cuanto en el campo de estudios de la comunicación. Interesa su presencia en la matriz comunicacional y, de igual manera, lo performativo de las conceptualizaciones iniciales que tuvieron lugar en los estudios de la comunicación.

Aludimos, en particular, a una concepción de la comunicación que, materializada en el modelo informacional, avanzó desde

fundamentos matemáticos al campo de las ciencias humanas y sociales para constituirse en “paradigma de comprensión de los intercambios entre los seres humanos” (Mata, p.3). Avance que impuso el establecimiento de una noción de comunicación adaptable a la idea de transmisión, cuyo proceso se establece sobre la base de un esquema lineal, rígido y estructurado, sostenido sobre la existencia de un código único y universal, que contempla las operaciones de codificación y decodificación como garantes de una reproducción exitosa. Por su parte, Rubira, Puebla y Carrillo (2013) denominan a este proceso “matematización de la comunicación” y consideran que la concepción a la que hacemos mención ha sido exportada incluso a los procesos pedagógicos en la formación de comunicadores para cumplir con la filosofía del ‘saber hacer’ (p.157).

A menudo se sostiene que esta concepción de comunicación⁷ ha sido superada. Sin embargo, la idea de código sobre la que asienta, en principio como variable cuantificable, como algo unívoco, universal y neutro, fue trasladada, primero, desde sus ámbitos específicos de aplicación matemática, ingenieril e informática a los intercambios entre seres humanos; lo que extendió el alcance del carácter universal que se adjudica al código a la dimensión semántica y cultural para favorecer, en tiempo presente, la proliferación de intercambios traducidos bajo la lógica de la datificación. Dicho de otra manera, la comunicación aparece, desde siempre, como condición de posibilidad toda vez que los procesos de codificación (simples o complejos, específicos o generales, descifrables o no) dan lugar a la transmisión y al

7 El análisis de la concepción de comunicación contenida en el modelo matemático, así como el abordaje de otras perspectivas en torno a la comunicación han sido desarrolladas en el escrito “Variaciones sobre la comunicación. Una aproximación a la dimensión humana de la comunicación” [Gasquez, M.G., 2018. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba]

intercambio subsumidos a un común, unificador y totalizador, con pretensiones de legibilidad.

Estamos ante la idea de lo legible, algo que, en términos de Barthes (2003), pone en evidencia un prejuicio de algunos lingüistas (el lenguaje sirve para comunicar) y de antropólogos e historiadores de la escritura (la escritura sirve para transmitir) que al convertir “la función de comunicación” en una respuesta para todo proyectan “varios valores enteramente modernos: la buena comunicación, la claridad, la eficacia” (96). De allí el interés por pensar frente a la concepción de comunicación como valor universal y ante las dinámicas simbólicas y materiales del código binario propias del régimen de vida actual.

Referencias bibliográficas

- Aranzueque, G. (2010). Introducción. En Aranzueque, G. (ed.) *Ontología de la distancia. Filosofías de la comunicación en la era telemática*. Abada editores.
- Barthes, R. (1987). La paz cultural. La división de los lenguajes. La guerra de los lenguajes. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (pp. 113-139). Paidós Comunicación.
- Barthes, R. (1998). *La lección inaugural*. S. XXI.
- Barthes, R. (2003). Variaciones sobre la escritura. En *Variaciones sobre la escritura* (pp. 87-135). Paidós Comunicación.
- Braganca de Miranda, J. A. (2010). El final de la distancia: el surgimiento de la cultura telemática. En Aranzueque, G. (ed.) *Ontología de la distancia. Filosofías de la comunicación en la era telemática* (pp. 203-223). Abada editores.
- Cassin, B. (2014). *Más de una lengua*. FCE.

- Costa, F. (2021a). El malestar en la cultura algorítmica. *Review Revista de Libros*, (25), I-II.
- Costa, F. (2021b). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Costa, F. (2024). Tecnoceno. En Charras, D., Kejval, L. y Hernández, S. *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación* (pp. 408-411). Taurus.
- Gasquez, M.G. (2018). *Variaciones sobre la comunicación. Una aproximación a la dimensión humana de la comunicación* [Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba]. Repositorio institucional de la Universidad Nacional de Córdoba. <https://rdu.unc.edu.ar/items/454dd1ec-a677-4ea8-a8ee-d8e85a969b4e>
- Gasquez, M.G. (septiembre, 2023). *Acerca de la matriz comunicacional actual y los procesos de codificación* [Presentación de ponencia]. XXVI Jornadas Nacionales de Investigadoras e Investigadores en Comunicación, La Plata, Argentina.
- Larrosa, J. (2003). El código estúpido. En *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel* (pp.145-162). Laertes.
- Mata, M. C. (1999). De la cultura masiva a la cultura mediática. *Revista Diálogos de la Comunicación*, (56), 80-91.
- Pasquali, A. (1990). *Comprender la comunicación*. Monte Ávila Editores.
- Pasquali, A. (2011). *La Comunicación Mundo. Releer un mundo transfigurado por las comunicaciones*. Comunicación Social Ediciones.
- Ré, A. (2022). Escrituras asémicas: temporalidad y heterotopía en el nuevo orden informacional. *Boletín GEC*, (30), 103-130. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/boletingec/article/view/6286>
- Schmucler, H. (1997). Tecnologismo. En *Memoria de la comunicación* (pp.41-92). Editorial Biblos.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. FCE.
- Verón, E. (2001). *El cuerpo de las imágenes*. Editorial Norma.

Abordajes sobre la noción de comunicación digital: cartografía de aspectos estructurantes del campo

Ernesto Elorza
ernestoelorza@gmail.com

Este trabajo se propone referenciar debates en torno al proceso de digitalización y su incidencia en el campo de la comunicación. En específico interesa rastrear los alcances del término comunicación digital, una noción que suele estar asociada al crecimiento de oferta de contenido, transformaciones en los circuitos de circulación, reducción de costos de producción, atomización del consumo, debates regulatorios (Bustamante, 2003), entre otras tematizaciones. Por otra parte, se reconoce que es una categoría que se configura a partir de dos términos que de manera independiente expresan recorridos históricos y conceptuales diversos y su articulación no está libre de tensiones.

Los fenómenos a indagar ocurren en un escenario que transita hace décadas una reconfiguración de los sistemas productivos y de organización social. La noción de comunicación digital es parte de un debate histórico en la denominada sociedad del conocimiento y se emplaza bajo un rol protagónico en el actual desarrollo del campo cultural.

En este sentido la UNESCO advierte que la idea de una sociedad del conocimiento contiene fenómenos centrados en los avances tecnológicos y desarrollos en materia de digitalización, aunque reconoce que tales procesos son desiguales y más próximos a un horizonte político que a una realidad (UNESCO, 2005). Sin embargo, no son pocas los análisis desde ámbitos académicos así como gubernamentales, en donde la comunicación digital se

instala fundamentalmente como una realidad inevitable para el desarrollo humano.

Con el objeto de poner en tensión lo que se expresa en el párrafo anterior, el presente escrito propone un recorrido que se construye desde el marco conceptual que habilita la Economía Política de la Comunicación y de la Cultura (EPC)⁸, en tanto enfoque que opera sobre la dimensión política y económica, promoviendo análisis de sistemas y relaciones de producción, distribución de productos culturales, características y dinámicas de trabajo, así como aporta una mirada sobre el reordenamiento de actores perteneciente al mercado y al Estado (Zallo, 2007).

La EPC como corriente permite trazar un recorrido bibliográfico compuesto por diversas aristas temáticas y opciones de abordajes. Esta amplitud se corresponde con la propuesta de cartografiar una noción compleja como la de comunicación digital.

La recuperación bibliográfica como propuesta de abordaje

Este texto tiene como objeto realizar una indexación temática a partir de la categoría comunicación digital. Esta noción articula procesos de diferentes índoles y conlleva el desafío de rastrear fenómenos, conceptos y tendencias que reflejan el estadio actual de la producción cultural.

Esta revisión bibliográfica apunta a sistematizar reflexiones e interrogantes que diversos autores del campo de la comunicación han construido sobre el tópico de interés. Para tal fin se propone trabajar a partir de un análisis documental en tanto operatoria que

⁸ La EPC como corriente ha tomado otras denominaciones ampliando su alcance a diversos fenómenos posteriores a su momento constitutivo en la década de 1990. Un ejemplo de ello es la adoptada por un grupo de trabajo en CLACSO que redefine la denominación a Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (EPICC).

habilita la observación, producción, interpretación o estudio de datos (Abela, 2002) donde se identifiquen planteos, enfoques y tendencias recurrentes. El corpus de análisis o unidad de muestreo pretende recuperar referencias bibliográficas a partir de una serie de variables que se enuncian a continuación.

En primer lugar se define un recorte temporal que tiene como punto de partida el año 2000. Esto no significa que la noción de comunicación digital y los fenómenos que ella internaliza comienzan allí. La transformación en las industrias culturales tienen raíces mucho más longevas. El pasaje de formatos analógicos a digitales y el desarrollo de internet ya estaban instalados como agenda gubernamental y empresarial en las décadas de 1980 y 1990 (UNESCO, 2005). Sin embargo, en los últimos veinte años se ha acentuado la densidad de estudios sobre lo digital y se evidencia una pro-actividad inusitada en trabajos de conceptualización con participación de organismos internacionales y del ámbito académico.

En segundo lugar, el recorte de nuestro corpus se configura a partir de la reiteración de tematizaciones con enfoque regional. Digitalización, conectividad, comunicación e internet, convergencia, telecomunicaciones, regulaciones, plataformización, entre otros tópicos recurrentes, permiten rastrear diversas líneas de interés en la producción intelectual latinoamericana. El sesgo local no desconoce que estos fenómenos responden a tendencias globales, sino que justamente se entiende que las dinámicas globales se expresan de manera particular en los capitalismo periféricos dado su lugar en el esquema mundial de producción cultural.

Por último, otra variable que define el corpus de análisis es la perspectiva de abordaje. La comunicación digital puede ser

estudiada desde análisis de corte históricos, estudios de recepción, sobre los lenguajes y las narrativas, los formatos y los géneros, entre otros marcos teóricos y abordajes. Para el presente texto se opta por la EPC como perspectiva teórica priorizando tres ejes de análisis: por un lado, escritos bibliográficos que ponen de relieve la configuración política problematizando el rol y las relaciones entre actores como el Estado, el mercado y la ciudadanía. Por otro lado, nos interesan los estudios que observan las transformaciones info-tecnológicas y su incidencia en la circulación, acceso y tendencias sobre la comercialización de la información. Finalmente, indagamos sobre estudios que enfocan la mirada en las redefiniciones de actores empresariales y su impacto en el campo laboral de la comunicación.

A partir de estos tres ejes construimos un corpus compuesto por textos de diversos autores⁹. Se reconoce que quedan referencias bibliográficas por fuera de esta selección, pero consideramos que esta representa una variedad de propuestas metodológicas y tematizaciones, como así también inscripciones institucionales diversas, y fundamentalmente una producción reiterada que se enfoca en las tematizaciones que son centro de interés del presente texto.

De esta manera, en el apartado siguiente se van a reseñar las principales ideas argumentales organizadas en ejes de análisis que responden a preocupaciones diversas pero que nos permiten reconstruir los vínculos de una serie de procesos que no deberían entenderse de manera fragmentada. En tal sentido esperamos presentar una sistematización que tenga como centro la comunicación digital pero que al mismo tiempo permita

9 A modo de reseña indicamos que algunos de los autores referenciados en este estudio son: Armand Mattelart, Ana Bizberge, Daniela Monje, Guillermo Mastrini, Lucrecia Cardoso, Natalia Vinelli, Martín Becerra, Raúl Fuentes Navarro, entre otros.

identificar actores que inciden en su construcción y problematizar procesos que suelen instalarse como inevitables.

La comunicación digital como categoría de análisis

La comunicación digital es resultado de una etapa donde el sistema económico se ha transformado profundamente. El proceso de digitalización no es exclusivo de las industrias culturales. Ámbitos como el de la salud, la educación, el transporte, el comercio y el propio funcionamiento del Estado modificaron radicalmente su orden a partir del pasaje de lo analógico a lo digital. Ese pasaje, al mismo tiempo que tiene una razón técnica, posee una dimensión económico política que responde a una etapa más en la expansión del orden capitalista. La digitalización habilitó mayor acumulación de capital. Al respecto, Nick Srnicek (2018) va a manifestar que

la economía digital se le presenta como un ideal que puede legitimar más ampliamente el capitalismo contemporáneo. La economía digital se está volviendo un modelo hegemónico: las ciudades tienen que volverse inteligente, los negocios deben ser disruptivos, los trabajadores tienen que ser flexibles y los gobiernos deben ser austeros y capaces. En este entorno quienes trabajan duro pueden sacar ventaja de los cambios y triunfar, o eso es lo que nos dicen. (p.13)

Esta premisa funciona como mantra y en gran medida se ha logrado instalar como sentido común contemporáneo. Así, la comunicación digital se encuentra presente en diversos órdenes de la vida con un protagonismo que crece de manera progresiva. En las últimas décadas existe un proceso de conceptualización que se puede observar a partir de la aceleración en las transformaciones e innovaciones de las industrias culturales y una agenda académica

en sintonía con ese ritmo. A modo de ejemplo, con el proceso de digitalización de la industria audiovisual surgieron nociones tales como televisión webcasting (Baladrón & Bizberge, 2021), plataformización (Cardoso & Calvi, 2019), neotelevisión, postelevisión, hipertelevisión y podríamos continuar con otras denominaciones. Todas ellas, en un plazo relativamente corto de tiempo.

Con similar proactividad se puede reparar en la cantidad de estudios sobre las reconfiguraciones empresariales del sector privado y público, fenómenos de concentración y debates en torno a la necesidad de políticas regulatorias (Zallo, 2007; Becerra & Mastrini, 2017). También el pasaje a medios digitales aceleró lo que autores como Martín Becerra y Guillermo Mastrini (2017) denominan la integración al sistema económico mundial junto a otros actores del campo cultural. Todos ellos participan del proceso de acumulación de capital que entraña relaciones de poder que no se agotan en una dimensión vinculada a la evolución tecnológica.

La creación, usos y consumos generados en el campo de la producción cultural han configurado un capitalismo basado en los datos y la información que produce nuestra relación con los productos consumidos. En otras palabras: la comunicación digital como fenómeno genera una riqueza a partir de una mercancía extra como consecuencia de la apropiación de datos y de la circulación y el comercio de rastros informativos (Couldry & Mejias, 2023). Es en este marco que cobra relevancia el recorrido bibliográfico propuesto.

Hasta aquí hemos presentado ciertas definiciones para enmarcar la relevancia del proceso y su relación con el capitalismo en tanto orden económico social y cultural. Esta breve enumeración

es una referencia de la amplitud temática, la fragmentación e hiperespecialización de las temáticas a estudiar. A continuación desarrollamos un análisis a partir de los tres ejes anunciados con el objeto de sistematizar recorridos, categorías y tematizaciones que permitan organizar una abordaje integral de los fenómenos que condensa la comunicación digital.

Eje 1: Los actores del proceso de digitalización y la comunicación digital

Este primer eje recupera una dimensión política en torno a la configuración y transformación de actores que participan en los procesos de comunicación. El Estado, sectores empresariales y la sociedad civil organizada en el marco de diversas figuras intervienen de manera directa en la dinámica de creación de capital, la reconversión de sectores, el ordenamiento jurídico y la expansión del proceso de digitalización en el campo de la comunicación.

Los debates en torno a la sociedad de la información son un escenario interesante para dar inicio a la recuperación bibliográfica. Diferentes textos toman como punto de partida el momento donde Estados y organismos internacionales promovieron discusiones alrededor de un sistema global que comenzaba a evidenciar transformaciones. Para Becerra, los años setenta se presentan como génesis en el marco de la revolución tecnológica entendida “como una apuesta histórica de generación de una nueva lógica de crecimiento y acumulación del capital” (2005, p.127).

No obstante, quienes promueven políticas hacia una sociedad de la información proponían consolidar el sector de las tecnologías sin considerar que su producción, distribución y apropiación es desigual (Becerra, 2005) acelerando una reconfiguración

de diversos sectores con una fuerte consolidación de empresas dominantes en la economía global.

En línea con lo enunciado, Becerra (2003) expone un debate sobre los procesos regulatorios. De manera concluyente el autor advierte la falacia que implica presentar los procesos de desregulación como promotores de mayor competitividad, inversión y diversificación de actores. Demostrará que cuando no se regula la convergencia entre industrias tecnológicas, de información y de comunicación, se obtienen resultados regresivos que favorecen la consolidación de escenarios monopólicos.

Dentro de la producción bibliográfica, el análisis sobre políticas regulatorias poseen un protagonismo inusitado. Bernadette Califano (2013), en un texto titulado “Políticas de internet”, expone claramente un recorrido histórico respecto al debate entre el libre mercado y las políticas reglamentaristas. Para la autora, la regulación es presentada como restrictiva de una serie de condiciones de “neutralidad” que se le adjudican a internet. Ante esto, Califano reconoce que existen dos posturas: por un lado se impulsa consagrar legalmente el principio de neutralidad que garantiza la libertad de expresión y por otro existe la idea que cualquier intervención estatal podría frenar la expansión de internet.

Quienes se denominan “openists” intentan proponer que el diseño original de la red permitía un sistema de redes simples, sin intermediarios entre usuarios y donde el crecimiento de la red será

[...] no gracias a los propietarios de las redes sino debido a los logros e innovaciones de desarrolladores y usuarios creativos que cuentan con una conexión veloz y confiable entre todos los seres humanos del planeta, para lo cual se precisa que la infraestructura

comunicacional no discrimine entre usos, usuarios o contenidos. (Califano, 2013, p.22)

Como contraposición la autora ubica a la corriente denominada “deregulationists” la cual expone que las redes de comunicación implican costos elevados, ante lo cual las regulaciones servirían para desalentar las inversiones privadas y obtener mayor control desde el Estado.

Los debates regulatorios también centran la mirada en la seguridad de la transmisión de datos. El transporte de datos en la era digital se realiza a partir de los proveedores de acceso a Internet (Internet Service Providers o ISP), que es controlado por las empresas gestoras del tráfico. Estas pueden analizar la información que transportan y priorizar (restringir, ralentizar o acelerar) esa búsqueda tanto para una consulta en un buscador, como para cualquier operación en una aplicación en un dispositivo móvil. Para Califano, esto puede incurrir en mecanismos anticompetitivos que en el artículo citado se describen como

la posible censura en el acceso a ciertos contenidos por motivos ideológicos, económicos o de otro tipo; que los motores de búsqueda no redireccionen hacia los sitios deseados por tener intereses en común con algunos proveedores de conectividad; que los ISPs cobren a los buscadores por tener una mayor velocidad; que haya una menor circulación de ideas a nivel; etc. (2013,p.33)

En línea con el análisis de Califano, la gestión del tráfico de internet merece una política regulatoria que atempere ciertos intereses del sector privado en aras de mayor igualdad para los usuarios. La regulación y control del tráfico, como veremos más adelante, tiene una importancia sustancial en el posible mercado

que se conforma alrededor de la información que se sustrae de los usuarios.

Por otra parte, en términos de acceso y diversidad, Becerra y Mastrini (2019) van a definir a la digitalización como un fenómeno que produjo una metamorfosis en los alcances y definiciones que tanto el sector audiovisual como las telecomunicaciones tenían sobre sus servicios. Para los autores, regular un escenario donde convergen industrias y sectores hasta el momento diferentes, es tanto un desafío como una necesidad para “proteger la libertad de expresión en los medios de comunicación, garantizar el acceso a los recursos culturales e informacionales y sostener la competencia económica para evitar la distorsión de los mercados” (Becerra & Mastrini, 2019, p.10).

En coincidencia, Ana Bizberge (2020) ubicará el período que va de la década de 1990 a inicios de los años 2000 como una etapa de re-orientación empresarial hacia un nuevo sector, el de la comunicación digital. En esos años se modifican las estructuras de propiedad en la industria infocomunicacional a partir de fusiones y adquisiciones con el objeto de expandir oportunidades de negocio aprovechando un marco de desregulación de los mercados¹⁰. La convergencia prospera a partir de la “globalización de las tecnologías, la comercialización, la liberalización y la desregulación” (Bizberge, 2020, p.119).

De forma complementaria, otra temática que se desprende del corpus analizado son el desarrollo de las industrias nacionales y su autonomía en el proceso de digitalización. La dependencia tecnológica para los procesos de reequipamiento de las empresas

10 Bizberge focaliza dos instrumentos legales y políticos: la Ley de Telecomunicaciones de 1996 en Estados Unidos y el acuerdo de liberalización de servicios de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1997.

y organizaciones de medios es un desafío. Natalia Vinelli pone en foco el problema de la modernización y digitalización en relación a la necesaria existencia de políticas de Estado para su financiación. Al respecto, en Argentina la adecuación a un sistema de televisión digital ha sido un proceso de adaptación convergente a partir de equipamientos provistos por multinacionales en el marco de una industria nacional pauperizada (Vinelli, 2023).

De esta manera, el debate sobre la consolidación de ciertos sectores empresariales y el rol del Estado arriba a un balance que preocupa. Daniela Monje (2021) va decir que la convergencia no es homogénea, no hay “una única forma de estar conectados” (p.29). Las características que sirven como parámetro para medir algunos de los procesos de digitalización, es decir, velocidad de conexión, infraestructura, variedad de proveedores de red, etcétera, resultan disímiles en función de la geografía que analicemos. Monje (2021) se referirá a “convergencia periférica” (p.30) cuando alude al proceso en nuestro país y la región latinoamericana. Una convergencia bajo asimetría de poder que también produce una brecha digital estrictamente relacionada con la brecha social y económica (Becerra, 2003).

Al respecto, en el corpus de análisis se recuperan indagaciones sobre el impacto de la estructura de conexión a internet en el país. El estudio de la calidad de conectividad en Argentina evidencia una concentración en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) lejos de un anhelado federalismo que permita tener igualdad de oportunidades. Además, en términos de velocidad de conexión nuestro país se ubica en el lugar número 82 del ranking mundial y el costo del acceso (electricidad, internet domiciliaria y disponibilidad de dispositivos) se estima en unos 2.000 dólares anuales por familia, siendo que en América Latina menos del

20% de la población alcanza esa condición de ingresos (Califano & Zukerfeld, 2021).

El recorrido trazado para este primer eje ha puesto el acento en las políticas regulatorias, la reconfiguración del sector empresarial, la preocupación por un escenario de desigualdad, falta de inversión y un mercado con tendencia monopólica. Esto en gran medida se contrapone con las reivindicaciones que allá por la década de 1970 los organismos internacionales prefiguraban sobre la naciente sociedad de la información, bajo una perspectiva de libre mercado y una mirada optimista del crecimiento de internet a nivel global y sus implicancias socio-económicas.

Eje 2: Transformaciones info-tecnológicas: circulación y acceso a la información

En este segundo eje se sintetizan una serie de discusiones en torno a la producción, distribución y calidad del acceso a la información. Cada debate en cualquiera de los tres ejes que nos hemos propuesto no son exclusivamente preocupaciones que nacen con el proceso de digitalización. Muchos de ellos son parte del campo de la comunicación casi desde sus orígenes pero se actualizan, especializan e incorporan nuevos actores. Este es el caso del acceso a la información en tiempos de comunicación digital.

Aquí se pondera el grado de participación de la tecnología y su matriz digital en el sistema de producción cultural actual. Becerra (2003) va a referirse a los “ligamentos insoslayables” entre las transformaciones tecnológicas y las actividades de comunicación. El autor definirá que, salvo excepciones donde la producción cultural se produce de manera directa o artesanal,

prácticamente la totalidad “de las actividades simbólicas e informacionales en las sociedades contemporáneas presentan algún basamento tecnológico” (p.13).

Por su parte, Armand Mattelart (2005), en un texto titulado “Democracia y ciudadanía en la sociedad de la información”, expone como parte de una conferencia inaugural que la noción de un mundo regido por la información está enlazada al horizonte de la modernidad occidental. Antecede al lenguaje informático y se erige en “el pensamiento de lo cifrable, de lo mensurable como prototipo de todo discurso verdadero y como horizonte de búsqueda de la perfectibilidad de las sociedades humanas” (Mattelart, 2005, p.24). La idea de la expansión de la infraestructura informacional y la conectividad a nivel global ha estado ligada a nociones de modernización, desarrollo y reducción de brechas sociales, económicas y digitales (Becerra, 2005). Sin embargo, en otro escrito de Becerra y Mastrini (2019) se cita un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) del año 1999 donde se reconoce una contradicción en el desarrollo tecnológico. El desarrollo y “la digitalización de los bienes simbólicos y la liberalización de los mercados culturales han contribuido para que los mercados se tornen más globales, aunque no queda tan claro que sean más competitivos” (p.21). Los autores van a concluir en el mismo texto que dos de las variables más problemáticas son justamente las de diversidad y pluralismo. Cualidades fundamentales para evaluar la calidad al acceso de la información y por tanto de la producción cultural.

Pero la noción de desarrollo ha sido ampliamente problematizada. Al respecto son numerosos los textos que hacen foco en una premisa fundada sobre la democratización de la producción y acceso a la información. Becerra, Marino y Mastrini

(2012) van a indicar que, a pesar del crecimiento de plataformas de producción informacional a partir de la digitalización, en el caso argentino esa producción está focalizada en el AMBA y la Ciudad de Buenos Aires. Desde allí se configura la agenda pública más influyente sobre el resto del país, otro punto problemático en la tarea por analizar la calidad del acceso informacional.

Por otra parte, en relación con el proceso de circulación, el consumo de las producciones culturales produce una segunda mercancía, los datos. La interacción con un periódico digital, un podcast, una serie o un videojuego genera información sobre el comportamiento y características socioeconómicas de los usuarios.

Ese registro del patrón de consumo no es una novedad, pero la capacidad de almacenamiento y sistematización se ha potenciado de manera exponencial. En nuestro recorte temporal vemos un punto bisagra al respecto. Hasta la primera década de 2000, la explotación de datos no era una preocupación central. En esos primeros 10 años los medios tradicionales todavía gozaban de grandes audiencias y credibilidad (Becerra, Marino & Mastrini, 2012). Sin embargo, el crecimiento del uso de redes sociales y aplicaciones en diversos dispositivos promovieron un nuevo negocio en torno a los datos que produce su consumo. Estos datos son actualmente la materia prima del capitalismo (Srnicek, 2018) y son el insumo esencial para el crecimiento del capital en la era de la comunicación digital.

La preocupación sobre esta dimensión de análisis aparece ligada a dos interrogantes, qué datos se recopilan y quién los controla. Es decir, se reconoce la magnitud de información que produce la comunicación digital en su dinámica de producción, circulación y consumo, lo que además deriva en una preocupación

por el control y comercialización de una nueva mercancía.

El problema que plantean los trabajos referenciados es que estamos hablando de una industria de características monopólicas. Entonces, no solo hay una gran cantidad de información disponible para su venta sino que además ésta es controlada por pocas empresas en el mundo.

Así la concentración vuelve a cobrar relevancia temática. El texto de Lucrecia Cardoso y Germán Calvi (2019) presenta una escena familiar donde un niño disfruta de un videojuego y expone:

Hay un 90%, o más, de probabilidades de que ese videojuego al que juega el niño no sea concebido ni diseñado en América Latina, un 80% de posibilidades de que no tengan participación en su producción creadores audiovisuales ni desarrolladores de videojuegos ni programadores de América Latina. Hay más del 95% de posibilidades de que, en las reglas de ese juego, las condiciones culturales de raza, religión y procedencia de la gente no estén construidas como los estereotipos del éxito o “los buenos”, que la solidaridad, la familia, los vecinos y amigos no sean los valores que impulsa, sino la competencia salvaje, la violencia, la codicia y la avaricia. Hay más del 60% de posibilidades de que si aparece América Latina sea un lugar de caos, pobreza, drogas, violencia o deportes, y menos del 5% de posibilidades de que aparezca vinculada a la mejor tecnología, a la mejor cultura, a la mejor urbanización, a la biodiversidad, a la reserva de agua potable y energía o a la mayor civilización pacífica del planeta. (p.19)

Cardoso y Calvi resaltan tres claves para el éxito en el negocio de las producciones audiovisuales: la posibilidad de almacenar contenido, la disponibilidad de ancho de banda necesario y el desarrollo de software que se enlace adecuadamente con los dispositivos de visionado. Cada una de las claves funciona estrictamente como una barrera de entrada que recortan la cantidad de empresas que pueden participar con resultados

económicamente positivos. Otra vez un negocio pensado para pocos.

Así el eje que gira sobre la información como mercancía se erige en un mundo que pareciera ampliarse quebrando fronteras a partir de la comunicación digital, pero la evidencia nos confronta con un escenario mucho más restringido. Raúl Fuentes Navarro (2011) reflexiona que la instalación de las tecnologías informáticas en nuestra región se orientaron hacia procesos de centralización de las decisiones institucionales y económicas en manos de unos pocos grupos empresariales y con nulas posibilidades de interceder en la definición de las reglas del juego.

De esta manera, el eje sobre la circulación y acceso informacional está fundamentalmente interpelado por la amplitud y diversidad de actores que participan. Este es un rasgo histórico que hoy cobra relevancia ante la creación de una nueva mercancía y un nuevo ciclo de mercado a partir de los datos obtenidos en el proceso de circulación de gran parte de las producciones culturales.

Eje 3: Impacto en el campo laboral de la comunicación

El tercer eje de análisis reflexiona sobre las transformaciones que la comunicación digital produjo en el mercado de trabajo, sus condiciones y dinámicas. Una de las primeras ideas que se instaló fue que las modificaciones tecnológicas reducían los costos y aceleraban los procesos de producción (Becerra, 2005). Esto implica un cambio en las dinámicas de trabajo, en sus características, sus estructuras y con ello en los procesos de profesionalización.

De esta manera, un nuevo modelo de negocio se construyó en torno a la comunicación digital. Un sistema que como abordaremos a continuación profundiza la precariedad y la sobre-intensificación

laboral. Becerra, Marino y Mastrini (2012) exponen en un texto sobre la digitalización de los medios en Argentina, que un primer paso en la transformación del negocio fue la gran disponibilidad de información sin costo directo para usuarios de las plataformas. En consecuencia, paulatinamente la pauta publicitaria se vio afectada al repartirse entre medios analógicos y digitales. Los estudios no son optimistas. En el texto citado se entrevista a Ariel Barlaro, director de NexTV Latam, quien concluye que

o se ensancha tanto el consumo que genera ingresos por nuevas suscripciones a servicios existentes y a nuevos servicios, o se amplía la torta publicitaria (lo que es difícil porque el porcentaje destinado a publicidad sobre ingresos en las empresas es siempre estático, y en todo caso acompaña el crecimiento de la economía), o baja significativamente la calidad del producto y de los contenidos, o algunos medios van irremediablemente a morir, o bien el Estado se hace cargo de la construcción de infraestructuras promoviendo nuevas cadenas de valor, o el Estado también se hace cargo de subsidiar la comunicación de ciertos grupos, asignando ciertas prioridades. Esta última opción obviamente fuerza a cambiar el concepto mismo de la comunicación, si se legitima la intervención del Estado para asegurar la comunicación de algunos grupos. (p. 49)

Esta cita deja entrever una industria que crece en términos de oferta, pero no distribuye equitativamente recursos para su financiación ni garantiza productos de calidad.

Como arista al problema enunciado y en el marco de un deterioro de las condiciones de trabajo, Lorena Retegui, Florencia Alegre y Marcos Borello (2015) se referirán a la hiperproductividad impuesta a redactores de la era digital, que en comparación a sus pares de la etapa analógica han visto triplicar o cuadruplicar la cantidad de noticias que deben producir por día, donde además el periodista rara vez sale de la redacción para realizar una investigación o una cobertura.

Al mismo tiempo, existe un fenómeno de reducción de puestos de empleos producto de la multiplicación de tareas subsumidas en un mismo trabajador y un crecimiento de la capacidad productiva en contexto de digitalización. Srnicek (2018) precisa que hay que mirar con preocupación la relación entre la incidencia de las empresas en el producto bruto global y la dimensión de su planta de trabajadores.

Google tiene alrededor de 60.000 empleados directos y Facebook tiene 12.000. WhatsApp tenía 55 empleados cuando la compró Facebook por 19 millones de dólares e Instagram, 13 cuando fue comprada por 1 millón. En comparación, en 1962 las empresas más importantes empleaban cantidades mucho mayores de trabajadores: at&t tenía 564.000 empleados, Epson 150.000 trabajadores y Motors 605.000 empleados (2018, p.12).

En este contexto se alienta la formación de un sujeto trabajador versátil y con capacidad de respuesta a las múltiples necesidades de la empresa. Las transformaciones de las rutinas productivas imponen nuevos perfiles en los medios digitales. Becerra, Marino y Mastrini (2012) se refieren a nuevas figuras profesionales tales “como el infógrafo, diseñador interactivo, director de contenidos, el gestor de contenidos televisivos, editor de boletines digitales” (p.48), entre otras. Un esquema laboral a partir de un significativo número de tareas hiper especializadas que suelen confluir en pocos empleados. Un sistema que suele adoptar nociones como la de trabajo colaborativo o participativo pero que en el fondo enmascaran fenómenos de precarización laboral.

Un fenómeno importante en la transformación de la dinámica laboral en la comunicación digital es la deslocalización. Retegui, Alegre y Borello (2015) exponen que la digitalización no sólo transformó el carácter físico de las piezas comunicacionales, sino

que ha puesto en tensión la dimensión física y geográfica de la relación laboral, del hacer o producir. La escena digital transformó redacciones, salas de producción y postproducción. Los autores van a reseñar que

uno de los principales factores es el teletrabajo, la ausencia del trabajador del lugar físico. Que por un lado libera y por otro rompe con la tradición de las ediciones controladas con un verticalismo de control enorme, controladas piramidalmente. El hecho de poder escribir desde cualquier lado con un dispositivo digital, un teléfono celular, etc., y el poder publicar casi en tiempo real ha cambiado el sistema de trabajo. (p. 49)

Esta deslocalización del trabajo se diseminó en toda la industria, incluso en aquellas con relativa sofisticación técnica. Por ejemplo, diferentes tareas de la producción audiovisual se realizan desde un país diferente donde se produjo el rodaje. Si eso es posible en industrias como la cinematográfica, claramente es factible para sectores productivos como el del marketing digital, la producción para redes sociales, el streaming, la producción de videojuegos, etcétera.

Sobre lo dicho se puede concluir que posibilita un esquema de producción que favorece el intercambio, la creatividad, impacta positivamente en los costos de producción y hasta descentraliza la producción quitándole peso relativo a los grandes centros geográficos de producción cultural. Pero también se puede decir que un sector de trabajadores diseminado a nivel global plantea desafíos para un sector laboral fragmentado en su capacidad organizativa para exigir mejores condiciones. Como dato que pone en dimensión el riesgo de un cuerpo de trabajadores desorganizados, Juan Martín Zanotti y Tomás Venturini (2021) relevaron a partir de datos del Sindicato de Prensa de Buenos

Aires que entre los años 2016 y 2018 se perdieron más de 4500 empleos en el sector de la prensa gráfica a pesar de ser uno de los sectores con el mayor grado de sindicalización dentro de la industria.

Se expone así un fenómeno que rompe con relaciones laborales históricas. En la actualidad, al problema central de la subjetividad de un profesional versátil y multitasking se le suma la necesidad de revertir una tendencia al aislamiento, habilitando el encuentro entre trabajadores para compartir sus condiciones de desigualdad, carencia o precariedad y así articular reclamos por mejores condiciones. Esto significa un desafío frente a un sistema productivo que implica grupos de profesionales en distintos lugares del mundo, culturas diferentes y realidades socio-económicas diversas.

Así, la sindicalización parece encontrar los límites de una herramienta nacida en la producción industrial previa al fordismo. Aunque se ven indicios de una vocación por adaptarse a los nuevos tiempos y procurar la organización de trabajadores fragmentados en sus especialidades y geográficamente, los cambios estructurales que la era digital plantea requieren de una reinterpretación de las relaciones laborales, de producción y las nuevas subjetividades que rodean a una industria que se expande a ritmo vertiginoso.

Consideraciones finales sobre la comunicación digital

La digitalización transformó la circulación de las producciones culturales, su regulación, los sistemas y dinámicas de producción y la profesionalización de quienes participan en el proceso creativo. Esta revisión da cuenta de algunos tópicos de estudio recurrentes que podrían reseñarse a partir de palabras claves que

sobresalen en el análisis: acceso a la información, concentración, competencia, regulaciones, brecha digital, control de datos, hiperproductividad y multitasking son las expresiones con mayor recurrencia. Si bien no son las únicas categorías que aparecen en un fenómeno de amplia complejidad como la comunicación digital, esta enumeración sintetiza un recorrido de tematizaciones que la EPC ha ubicado como foco de su agenda, que por otra parte representa su rama de producción intelectual con mayor trayectoria.

De manera coherente con el núcleo que propone la EPC, el análisis refleja que el tránsito hacia una comunicación digital implicó una reconfiguración de actores, el debate sobre el rol del Estado, la preocupación por el acceso y control de la información, así como un nuevo factor de desigualdad, la brecha digital. Por otra parte, los estudios centrados sobre el control de los datos producidos a partir del consumo y las transformaciones del orden laboral han cobrado vigencia sobre todo en la última década. En esta enumeración existe un patrón que traza continuidad con preocupaciones que anteceden a la era digital y demuestra debates no resueltos propios de la agenda académico-intelectual.

Como consecuencia se observa en el último periodo un proceso gradual de fragmentación del análisis que rodea a la digitalización y, en todo caso, dan cuenta de la comunicación digital como proceso vertiginoso y una categoría polivalente en su uso para describir y enunciar. En esta última reflexión aparece una de las conclusiones del análisis presentado. La categoría comunicación digital engloba un sin número de procesos y dinámicas de la producción cultural en su etapa actual. Al mismo tiempo carga de valor a las acciones que describe, valida políticas públicas y prefigura transformaciones en las agendas académicas y de instituciones profesionalizantes del campo de la comunicación.

Aquí cobra relevancia la necesidad de un abordaje a partir de una perspectiva teórica que pueda estudiar de manera integrada fenómenos que implican cambios de orden económico, político, cultural, tecnológico, entre otros. Iniciamos el texto con la premisa que la comunicación digital implica la articulación de dos categorías que remiten a múltiples significados y alcances. Los ejes de análisis dispuestos para la recuperación bibliográfica dan cuenta sobre todo de una mirada crítica y preocupada en torno al término “digital” que acompaña, conjuga y otorga sentido a la comunicación en tiempos actuales. Es allí donde cobra valor la EPC como perspectiva de abordaje que tensiona un clima epocal que le atribuye a la categoría “digital”, como sucede con todo avance tecnológico, un aura de optimismo y la posiciona como condición insoslayable del sistema social y por tanto para las agendas académicas y de intervención política sobre el campo de la producción cultural.

Referencias bibliográficas

- Abela, J. A. (2002). *Las técnicas de Análisis de Contenido: Una revisión actualizada*. Fundación Centro Estudios Andaluces.
- Baladrón, M. & Bizberge, A. (octubre, 2021). Producciones argentinas para plataformas: su dimensión económica en la industria audiovisual local. *Revista Argentina de Comunicación*. <https://fadeccos.ar/revista/index.php/rac/issue/view/3/4>
- Becerra, M. (junio, 2003). La trama compleja de las tecnologías. *Tram(p)as de la Comunicación y la cultura*. (14), 8.
- Becerra, M. (2005). Las políticas de infocomunicación ante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información. *Quaderns del CAC*. <https://raco.cat/index.php/QuadernsCAC/article/view/407057/501941>
- Becerra, M.; Marino, S. & Mastrini, G. (2012). *Los medios digitales: Argentina*. Open Society Foundations. <https://www.opensocietyfoundations.org/uploads/96ccb8f7-05e1-4cd2-ab1c-12e4dbbfff087/mapping-digital-media-argentina-spanish-20130424.pdf>

- Becerra, M. & Mastrini, G. (2017). Concentración y convergencia de medios en América Latina. *Communiquer. Revue de communication sociale et publique*. <https://journals.openedition.org/communiquer/2277>
- Becerra, M. & Mastrini, G. (2019). *La convergencia de medios, telecomunicaciones e internet en la perspectiva de la competencia: Hacia un enfoque multicompreensivo*. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000370195>
- Bizberge, A. (2020). *Convergencia digital y políticas de comunicación en Argentina, Brasil y México: 2000-2017*. El Colectivo.
- Bustamante, E. (2003). *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales entre dos siglos*. Gedisa.
- Califano, B. (septiembre, 2013). Políticas de internet: la neutralidad de la red y los desafíos para su regulación. *Revista Eletrónica Internacional De Economia Política Da Informao, Da Comunicação E Da Cultura*. <https://periodicos.ufs.br/eptic/article/view/1353/1351>
- Califano, B. & Zukerfeld, M. (2021). Prácticas que contradicen los discursos dominantes sobre la neutralidad de la red en contextos periféricos. En Monje, D.; Gerbaldo, J.; Rivero, E. & Fernández, A. (Ed.). *Otras plataformas. Tramas de una convergencia periférica en sectores populares, comunitarios, cooperativos y alternativos* (pp. 63-99). Lago Editora.
- Cardoso, L. & Calvi, G. (2019). *Políticas y producción audiovisual en la era digital en América Latina. La perspectiva del desarrollo nacional del sector audiovisual en el ecosistema digital global*. Editorial Octubre.
- Couldry, N. & Mejias, U. (2022). *El costo de la conexión: Cómo los datos colonizan la vida humana y se la apropian para el capitalismo*. Editorial Godot.
- Fuentes Navarro, R. (2011). Pensamiento comunicacional latinoamericano y convergencia digital. Retos epistemológicos y académicos. En Del Valle, C; Moreno, J. F & Sierra Caballero, F. *Cultura latina y revolución digital. Matrices para pensar el espacio iberoamericano de comunicación* (pp.41-69). Gedisa.
- Mattelart, A. (2005). *Sociedad de la información. Premisas, nociones e historia de su constitución. Claves para comprender el Nuevo Orden*

- Internacional. En Mattelart, A. & otros (Ed.). *Democracia y ciudadanía en la sociedad de la información: desafíos y articulaciones regionales* (pp.21-45). Escuela de Ciencias de la Información - UNC.
- Monje, D. (2021). Círculos excéntricos. Notas sobre desigualdad informacional en Argentina 2020. En Monje, D.; Gerbaldo, J.; Rivero, E. & Fernández, A. (Ed.). *Otras plataformas. Tramas de una convergencia periférica en sectores populares, comunitarios, cooperativos y alternativos* (pp. 27-39). Lago Editora.
- Retegui, L.; Alegre, F. & Borello, M. (2015). Cuando la inmediatez se adueña de las redacciones. La apropiación de nuevas tecnologías en el periodismo online de diario La Nación y Diario Popular. En Becerra, M. & Beltran, R. (Ed.). *Medios y TIC en la Argentina. Estudio sobre adopción de tecnologías de la información en medios de comunicación* (pp. 11-25). UBACyT.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.
- UNESCO (2005). *Hacia las sociedades del conocimiento*. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000141908>
- Vinelli, N. (2023). *La televisión alternativa en la transición digital: estudio comparado de casos en Argentina y Chile*. Editorial UNQ.
- Zallo, R. (marzo, 2007). La economía de la cultura (y de la comunicación) como objeto de estudio. ZER. *Revista de estudios de comunicación*, (22), 215-234.
- Zanotti, J. M. & Venturini, T. (2021). Precarización laboral en plataformas: Consecuencias y afectaciones para el trabajo periodístico. En Monje, D.; Gerbaldo, J.; Rivero, E. & Fernández, A. (Ed.). *Otras plataformas. Tramas de una convergencia periférica en sectores populares, comunitarios, cooperativos y alternativos* (pp. 145-163). Lago Editora.

El trabajo como categoría para indagar la producción cultural en el capitalismo actual

Juan Martín Zanotti
jmartinzanotti@gmail.com

I- Introducción

La dimensión del trabajo ha sido estudiada ampliamente desde distintas disciplinas, con metodologías múltiples que alumbraron zonas problemáticas claves y que también dejan zonas grises. De acuerdo con la actividad, sector o rama industrial enfocada encontraremos así diferentes tendencias y fenómenos alcanzados, así como caracterizaciones que varían en función de la escala del recorte -macro, meso o micro-.

La tendencia general muestra que el mundo del trabajo ha sufrido grandes transformaciones en las últimas décadas de profundización del neoliberalismo, una situación que pone en cuestión las relaciones laborales propiamente, principalmente a partir de los crecientes cambios económicos, sociales y tecnológicos que tienen lugar en los procesos productivos. Este fenómeno adquiere notoriedad en la etapa capitalista que atravesamos y se evidencia de forma extendida, aunque tiene un impacto particular en el ámbito de las industrias culturales, donde el avance de la precarización laboral, el trabajo no remunerado y la desregulación se vuelve cada vez más notable.

Ante dicho escenario buscaremos ubicar tensiones y desplazamientos alrededor de la categoría de trabajo vinculada con la producción cultural, una instancia clave para el reconocimiento de la dimensión económica del trabajo cultural. En esta línea recuperamos el lugar para teorizar sobre este

fenómeno propuesto por corrientes centrales de la Economía Política de la Comunicación (EPC) -en distintas líneas internas e incluso desde distintas denominaciones¹¹-, nutridas al mismo tiempo de diálogos y tensiones con otras miradas sociológicas y estudios culturales con foco en América Latina.

Siguiendo este propósito y sin realizar una arqueología del campo, el texto se enmarca en exploraciones previas desde las cuales intentamos pensar el objeto de estudio en un tiempo en el cual las plataformas globales adquieren gran centralidad como “organizadoras de la industria cultural en términos de políticas de licenciamiento, producción y promoción de contenidos, profundizando relaciones asimétricas” (Zanotti, 2022, p.87). Desde aquí, la entrada propuesta utiliza también como inspiración una indagación de María Noel Bulloni (2020), quien caracteriza el trabajo cultural como un objeto escasamente investigado que logra condensar, sin embargo, buena parte de las tensiones, contradicciones, mitos e idealizaciones del trabajo contemporáneo. De acuerdo a la autora, el trabajo en este ámbito debería abordarse desde “las ambivalencias que supone un tipo de trabajo contingente, desencastrado de la relación salarial tradicional, que tiende a ser autónomo y vocacional, pero que también constriñe a partir de formas clásicas y renovadas de explotación y dependencia” (2020, p.5).

En una etapa de intensos debates sobre cambios en el mundo laboral, consideramos como una contribución el hecho de actualizar y jerarquizar algunas preguntas teóricas. Para hacerlo

¹¹ Este recorrido intenta dar breve cuenta de algunas puntualizaciones no excluyentes entre la denominación original del campo como Economía Política de la Comunicación (EPC), apoyada principalmente desde influencias marxistas en una crítica de la economía política, pasando por la fórmula Economía Política de la Comunicación y la Cultura (EPCC), que hace honor a los cruces que la disciplina produce, por ejemplo en América Latina, hasta variantes más actuales como Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (EPICC), que destacan la importancia que adquiere hoy el nuevo régimen de la información a nivel global.

planteamos tres momentos: un primer esfuerzo dedicado a la revisión del concepto de trabajo enfocado en la producción cultural (con especial acento en las industrias culturales) donde se hace dialogar a las tradiciones mencionadas para recuperar definiciones sobre las principales tendencias laborales dentro de este gran sector; una segunda parte en torno a la caracterización general de los sujetos trabajadores de las industrias culturales, a partir de la recuperación de ciertas experiencias y cambios paradigmáticos en las diferentes ocupaciones y roles como consecuencia también de la progresiva intermediación que plantea la etapa actual; y una tercera puntualización desprendida de ambos recorridos sobre el trabajo del futuro (cercano) dentro de un capitalismo en crisis o transición.

La relevancia de cruzar una mirada estructural y re-elaborar una teorización del componente subjetivo en torno al trabajo responde a una entrada menos explorada en las indagaciones favorecidas desde la Economía Política de la Comunicación -y su crítica-, o que han sabido limitarse a mirar al trabajo asalariado o en formas más tradicionales, y las formas de subsunción derivadas de esa relación. Finalmente, a partir de lo enumerado y para dar un cierre provisorio, elaboramos un intento de articulación que pone de relieve ejes centrales para repensar el trabajo cultural en algunas de las formas recorridas.

II- Primera entrada: el trabajo en las industrias culturales

Como anticipamos, el texto busca actualizar ámbitos y sectores alrededor de la producción cultural para hacer foco en las características que adopta el trabajo en el capitalismo contemporáneo, dentro de una etapa que altera formas tradicionales

de producción del valor y sustituye progresivamente materias primas, bienes y formas de trabajo asalariado por servicios, tareas y relaciones laborales crecientemente precarizadas.

Dentro de una conceptualización marco retomamos aquí lo planteado por David Harvey (2007) respecto a que el neoliberalismo funciona en un estadio de capitalismo post-fordista bajo la lógica flexible de la “acumulación por desposesión”, que tendría cuatro aspectos principales -financiarización, gestión de la crisis, privatización del gasto público, mercantilización¹²-, de los cuales interesa enfatizar este último elemento: “la privatización y mercantilización de casi todo, con el fin de abrir nuevos campos a la acumulación de capital (desde servicios públicos hasta formas de propiedad intelectual y formas culturales)” (2007, p.175).

En la línea presentada y antes de ingresar a la discusión por las industrias culturales, resulta importante introducir aproximaciones a la cultura desde las perspectivas de EPCC y los estudios culturales, con un énfasis en ideas centrales de Raymond Williams (2015 [1981]). De acuerdo con este autor paradigmático, la cultura oscila entre una “dimensión de referencia significativamente total y otra confinadamente parcial” que puede resumirse en dos convergencias de intereses:

- a) el que subraya “el espíritu conformador” de un modo de vida global, que se manifiesta en toda la gama de actividades sociales, pero que es más evidente en las actividades “específicamente culturales”: el lenguaje, los estilos artísticos, las formas del trabajo intelectual y b) el que destaca “un orden social global”, dentro del cual una cultura especificable, por sus estilos artísticos y sus for-

12 De acuerdo con Harvey, además de la mercantilización de la vida, la acumulación por desposesión incluye: la “financiarización”, con una consecuente desregulación; la gestión y la manipulación de la crisis, que implica la “trampa de la deuda” como un instrumento de acumulación de capital; y las redistribuciones estatales, que invierten el flujo de la riqueza desde las clases altas hacia las más bajas a través de modelos de privatización y de recortes del gasto público (2007, pp. 175-180).

mas de trabajo intelectual, se considera como un producto directo o indirecto de un orden fundamentalmente constituido por otras actividades sociales. (2015, p.21)

Para este autor, la sociología de la cultura podría considerarse una clase de sociología de “convergencia” que si bien se interesa por todos los sistemas significantes, “está necesaria y centralmente preocupada por la producción y las prácticas culturales manifiestas”, y en esta línea aspira al análisis social de instituciones y formaciones específicamente culturales, así como a la investigación de las “relaciones existentes entre estas y los medios materiales de producción cultural”, y las “formas culturales propiamente dichas” (Williams, 2015, p.13).

Retomando a Williams, nos encontramos con dos posiciones que podríamos nombrar idealistas y materialistas, entre las cuales priorizamos la segunda dentro de la propia revisión teórica, para exponer una mirada específica en torno a la cultura que, desde la EPC, trasciende su recorte como fenómeno superestructural y avanza en otra definición:

La cultura como parte de la producción material, directamente subordinada o por lo menos estrechamente, con las leyes del desarrollo del capital. Esto pertenece a la fase históricamente más reciente, es parte del desarrollo del capitalismo monopolista, es el fenómeno denominado “industrialización de la cultura”. (Garnham, 1983, p.28)

Desde la EPC y como parte de los elementos del abordaje, se problematizan aspectos centrales sobre la producción, circulación y consumo en industrias culturales, modificados por la creciente importancia de actores globales que se vuelven decisivos para determinar hoy condiciones para los bienes y sus flujos de

distribución; y se indaga en torno a las dinámicas entre la oferta y la demanda frente a la reconversión de modelos productivos. Es también en este marco que pensamos en mercados que exponen procesos de creciente flexibilización y desregulación con el consecuente debilitamiento de las capacidades de protección de los Estados nacionales. Como consecuencia de ello las formas de precarización de las relaciones laborales (Zuckerfeld, 2020) tienen que ver hoy en general con la actuación empresarial y las formas capitalistas, pero también con lo que el Estado habilita indirectamente (en modos de contratación, por ejemplo) o con aquello que incluso escapa a sus competencias regulatorias.

Desde la creación del concepto de industria cultural a partir de la Escuela de Frankfurt hasta los aportes de la EPC, que diversifican la mirada en torno las industrias culturales (en plural), existe un vasto recorrido de pensamiento sobre el trabajo. La importancia de esta segunda corriente se explica fundamentalmente en el quiebre que produjo para habilitar lecturas de las producciones culturales, no ya de un modo homogéneo, sino en la conformación de diversos sectores, con modos propios de organización del trabajo; de producción, distribución y circulación de bienes simbólicos; así como de relacionarse con el Estado.

En función de lo anterior cabe recordar un par de definiciones paradigmáticas de Ramón Zallo para aludir a una economía de la cultura distinguiendo ámbitos particulares, principalmente aquellos que están más implicados los que son suministradores, facilitadores o auxiliares. En este sentido dirá que la producción cultural “es definible desde formas de trabajo y puesta en valor específicas” aunque cabe “estirarlas por el lado de actividades creativas en sectores no culturales” (Zallo, 2007, p.219), así como a otros sectores, entre los que nombra las telecomunicaciones o

internet. De acuerdo con el autor, la economía que involucra a la cultura adquiere una forma claramente distinguible:

Es una economía de valores intangibles o simbólicos generados por trabajos creativos, en forma de bienes o servicios individualmente insustituibles y en permanente renovación de contenidos o de interpretaciones. Es una economía de la oferta múltiple, oferta que crea la demanda y que tiene una funcionalidad y eficacia social más allá de su valor económico. (2007, p. 234)

Además de estas definiciones recuperadas por el equipo en el recorrido de investigación, importa sumar aquí la reflexión de César Bolaño (2000) en el sentido de que más allá de la capacidad de las industrias culturales para generar plusvalor, resulta imposible obviar las contradicciones generadas con el funcionamiento del trabajo (alienado) propio de la sociedad capitalista, en tanto el producto cultural impide el borramiento completo de la personalidad de los trabajadores que participaron de su elaboración. A partir de esta aseveración, es posible afirmar que, aun sin negar la tendencia creciente de la subsunción del trabajo (creativo) al capital, perdura una tendencia a mantener las huellas de autoría. Un elemento que también entra en crisis por la intermediación de plataformas y modelos de negocios que fragmentan los procesos de trabajo, avanzan sobre los derechos de los autores respecto de sus obras.

Volvemos nuevamente a Zallo y su conceptualización de que las industrias culturales se definen por un tipo particular de trabajo, el creativo, susceptible de ser caracterizado en dos direcciones: a) como trabajo calificado, como generador de producción simbólica ligado a códigos culturales específicos y que, por ende, no puede escapar a las lógicas de reproducción social y simbólica, lo que otorga un carácter específico a la mercancía cultural que al ser

tratada industrialmente con el capital como organizador de dicha producción afectará simultáneamente a la obra y al trabajo; b) como trabajo con cierto grado de autonomía.

Lo expuesto ayuda a remarcar que las características específicas del trabajo cultural, aún del trabajo asalariado, desbordan la tendencia a la taylorización de todo el proceso de producción de mercancías culturales, entendida como la división del trabajo industrial que persigue la productividad y busca correr el control que el obrero podría tener sobre el mismo. Sucede así que la tensión entre capital y trabajo creativo persiste a lo largo de todo el proceso (Zallo en Baranchuk, 2022, p. 99).

En este momento ingresa otra discusión relevante en torno a la denominación de industrias culturales o creativas (e incluso, más recientemente industrias de contenidos) y la manera en que fue ganando terreno la idea de una “economía creativa”. Cabe referir aquí algunas reflexiones de Enrique Bustamante (2011) en la línea de criticar conceptos ambiguos que vienen asociados a procesos que subsumen la cultura al comercio global. En palabras del autor: “al contrario que las industrias culturales, las creativas- como las del entretenimiento en otro tiempo, como las de contenido digital- han perdido todo complejo cultural y democrático y se orientan hacia el ámbito del mercado y de la rentabilidad a corto plazo” (2011, p.148). En este sentido el autor llama la atención sobre la bibliografía que defiende este tipo de clasificaciones:

La mayoría de los textos dedicados a defender esas “industrias creativas” (y las de los “contenidos digitales”) mezclan elementos muy heterogéneos en dosis variables: insisten en el esfuerzo individual (y no colectivo), en su combinación con las nuevas tecnologías digitales (no en las interacciones sociales), en su explotación inmediata en patentes (sin cuestionar el copyright sino reforzándolo), en las grandes organizaciones (y no en las peque-

ñas y medianas empresas), en su necesario enriquecimiento por las técnicas del management, en su proyección exportadora (y no de cooperación horizontal entre culturas y pueblos). (Bustamante 2011 [2009], p.148)

El trabajo, así como otros procesos y formas asociadas con él, ha sufrido grandes cambios en la etapa del capitalismo de plataformas (Srnicek, 2018) y en cierta manera ha sido puesto en cuestión a partir de los crecientes cambios tecnológicos que tienen lugar en los procesos productivos. Siguiendo nuevamente a Mariano Zuckerfeld, cada vez más trabajadores tienen como principal medio de trabajo una o varias tecnologías digitales, y existen dos tendencias extendidas: la plataformización y la automatización digital. Como también plantea Jose van Dijck la mayoría de “los servicios se están ‘plataformizando’, mientras que las principales plataformas se están convirtiendo en infraestructuras esenciales” (2018, p.10), y su reflexión acerca que “no solo conectan actores sociales y económicos, sino que fundamentalmente dirigen cómo se conectan esos actores entre sí”, lo que le lleva a afirmar que por ello mismo que las plataformas “construyen nuevos regímenes de valores y nuevas economías” (2018, p.19).

Sin efectuar una enumeración exhaustiva, podemos decir que asociados a las plataformas aparecen fenómenos como el monitoreo, el procesamiento de datos y otras huellas digitales, la automatización o la gestión algorítmica de las relaciones sociales, que impactan en el trabajo cultural. En determinados entornos como las redes sociales se vuelve cada vez más complejo discernir qué debe considerarse producción cultural en tanto ponemos a circular contenidos y operamos retroalimentando a las industrias culturales y del entretenimiento, incluso desde actuaciones que podemos considerar formas de trabajo no remunerado.

A la par de lo descripto, la extensión de la forma mercancía a distintos ámbitos de la vida dentro de un estadio de capitalismo flexible y de vigilancia (Zuboff, 2019)¹³, se liga también con modificaciones en la gestión social del tiempo¹⁴, que tiende a acelerarse y restringir nuestro tiempo libre, un elemento que puede ser leído en términos estructurales, pero que también se experimenta de forma concreta en prácticas y representaciones sociales particulares.

El modo que estas variables asumen en el presente reconfigura las maneras en que puede pensarse la producción cultural desde la dimensión del trabajo. Desde aquí también apuntamos a pensar la producción, a partir de prácticas convencionales y emergentes, con sus particularidades y conflictos. En coincidencia con José Antonio Noguera (2002), entendemos que el esfuerzo por pensar hoy la categoría de trabajo como instancia fundante de las instituciones sociales y de la vida de las personas debe por ende orientarse a una concepción amplia -no instrumental-, que trascienda el acto de realización individual y sirva para pensar las relaciones laborales implicadas, así como su centralidad económica y cultural. Y en relación al sector específico que constituye un ámbito laboral diverso, cabe acentuar los procesos de flexibilización, de control en las instancias de trabajo y de pérdida de autonomía como también dan cuenta estudios recientes de la Economía Política de la Comunicación en Brasil (Martins et al, 2023).

13 Shoshana Zuboff opta por la figura del capitalismo de vigilancia para aludir a un orden económico que reclama para sí la experiencia humana como materia prima aprovechable para prácticas comerciales ocultas de extracción, predicción y ventas. Para abordar la mutación del capitalismo, la autora describe la lógica económica que subordina en la actualidad la producción de bienes y servicios a una nueva arquitectura global de modificación de la conducta humana.

14 En una obra que destaca por su rigurosidad, la investigadora estadounidense Kate Crawford (2022) plantea que “el monitoreo algorítmico y de la IA (Inteligencia Artificial) son tan solo las últimas tecnologías de un largo desarrollo histórico de fábricas, relojes y arquitecturas de vigilancia” (p. 136), en un proceso que abarca ampliamente a los trabajadores de todas las industrias.

III- Segunda entrada: los trabajadores de la comunicación y la cultura

Un abordaje integral del trabajo en las industrias culturales debería describir algo más que las condiciones que estructuran el campo laboral o aquellos factores coyunturales. Parándonos en la discusión marxista que se ha ido recuperando, diríamos que sería necesario actualizar el debate en torno a las condiciones materiales y simbólicas que configuran hoy las posibilidades de los sujetos, para dar más centralidad a esta indagación. Una cuestión que por otra parte, no fue dirimida del mismo modo en los diferentes recorridos de diálogos que establecieron las principales líneas de la Economía Política de la Comunicación (EPC) en Estados Unidos o Europa -dividida al menos en sus corrientes francesa e inglesa-.

Dallas Smythe y Herbert Schiller son los principales referentes de la escuela norteamericana desde tradiciones institucionalistas y marxistas. Graham Murdock y Peter Golding aportan lecturas neomarxistas desde sus investigaciones en Inglaterra, con Nicholas Garnham -discípulo de Raymond Williams- como otro de los fundadores de la EPC en aquel país. Finalmente, la variante francesa se desliga en parte de la lectura ideológica presente en las expresiones anteriores, y postura un análisis de corte empírico con Flichy y Miegue como autores que impactarán en la posterior corriente de investigadores españoles en el campo de la EPC, entre los que puede nombrarse a Enrique Bustamante, Ramón Zallo y Juan Carlos Miguel de Bustos.

Respecto a las influencias de estas corrientes en nuestra región podemos recuperar algunas lecturas que no están exentas de disputas o controversias a partir del debate de referentes de Argentina como de Brasil. Como explica Guillermo Mastrini

cuando es consultado sobre los desencuentros entre esta corriente y los estudios culturales:

En el caso europeo, había formas más distintas de lectura del marxismo y como una atención al interior de algunas corrientes marxistas, unas más vinculadas al enfoque, podríamos llamar, estructural y otras al superestructural. Pero en América Latina me parece que ocurrió otra cosa: fueron como placas tectónicas que se fueron ajustando en relación a lo que fue el desarrollo del campo de los estudios de comunicación donde, por ejemplo, en los años 70 predominaron muy fuertemente conceptos como políticas nacionales de comunicación, imperialismo, la teoría de la dependencia y... hablo de esto porque ahí no solo era una discusión entre marxistas, sino que, digamos, las discusiones eran bastante más amplias. (Mastrini en Ramos, 2022, p.1)

Existen diferentes miradas de cuándo se produce la formalización del campo de la EPC en América Latina, autores como Mastrini sitúan en la segunda mitad de la década de 1990, mientras que César Bolaño (2022) recupera acontecimientos claves que fundan la EPC brasileña en 1992¹⁵ en diálogo con reconversiones de las líneas de los principales congresos e instituciones de la EPC y cierta unificación del campo a nivel mundial, a partir por ejemplo de instancias habilitadas por el congreso de la International Association for Media and Communication Research (IAMCR).

Colocarnos dentro o fuera de un debate con coordenadas marxistas presenta diferentes implicancias, entre ellas las formas de configurar la problemática en términos de clases sociales, aun cuando se revisen las categorías de origen. En este sentido

¹⁵ Durante 1992 tienen lugar dos grandes congresos en Brasil: el mencionado IAMCR y el congreso de refundación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC), donde también se conforma un grupo de economía política, similar al constituido por la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação (INTERCOM), que dará origen a la Revista EPTIC, vinculadas al Observatório de Economia e Comunicação da Universidade Federal de Sergipe (OBSCOM/UFS), a partir de allí un centro productor de conocimiento ineludible para este campo.

el señalamiento en torno a la mayor amplitud de abordajes en nuestra geografía resulta importante para comprender ciertas derivas que puedan enfocar hoy el componente subjetivo y otros procesos de conformación de identidades individuales y colectivas. En nuestra región existen dificultades para pensar una única escuela de Economía Política de la Comunicación, ya que esta fue constituida de forma diferenciada, diversa, a partir de una unidad más cercana en el tiempo, que valora las particularidades, preocupaciones e intereses propios de los distintos países.

Recuperando aportes que realizan referentes en el estudio de la subjetividad en relación con las profesiones u ocupaciones, se evita aquí pensar a los sujetos de un modo pasivo y se reconoce su capacidad para intervenir en el campo laboral, en una relación de mutua afectación. Por lo enumerado podemos decir que lo señalado deriva en un foco que no siempre ha sido atendido por los estudios centrales de la EPC, y sí ha sido más notorio en los estudios culturales o los puntos de intersección entre ambas corrientes, que por otra parte tuvieron demarcaciones menos rígidas en el plano regional.

De lo anterior se desprende que algunas líneas de frontera entre ambas tradiciones teóricas fueron más difusas en el plano local y se combinaron, de hecho dialogan actualmente, por ejemplo, a partir de estudios culturales que vuelven a dar centralidad a lo político y la cuestión del poder, como problemática que reúne, o desde la conformación de nuevas maneras de leer a los sujetos en su agregación a partir de nuevos derechos o demandas colectivas.

Para terminar de dar forma al argumento podría decirse que una forma de pensar la dimensión central de subjetividad, en el sentido de los procesos de subjetivación tiene que ver justamente con centrar la mirada en el trabajo, una temática

que también podría contabilizarse entre algunos saldos de la tradición regional en Economía Política de la Comunicación. Para pensar esta cuestión dentro de las industrias culturales, interesa entonces recuperar un señalamiento acerca de la definición de los trabajadores de la cultura y la comunicación (como la autora los reúne) en tanto sujetos que no cumplimentan los requisitos de obreros asalariados, menos aún en sus derivas contemporáneas. Una cuestión que puede subrayarse en la medida gran parte de los trabajadores “carece de relación de dependencia, participan de diversas maneras en el diseño global de un producto, y algunos perciben (o deberían percibir) derechos de autor o derechos conexos como parte complementaria de su trabajo” (Baranchuk, 2022, p.53). De allí se desprenden elementos que otorgarían mayor autonomía con una contraparte negativa que apunta María Noel Bulloni en tanto mueve a los trabajadores a producir por cuenta propia y a enfrentar situaciones de inestabilidad, incertidumbre, de alternancia entre períodos laborales, de disponibilidad y búsqueda de oportunidades. En dicha dirección, la autora explica que:

[...] quienes trabajan en estas actividades están permeados por la misma lógica precarizante de la flexibilidad derivada de la discontinuidad de la inserción, la incertidumbre de la carrera profesional y la imprevisibilidad de las remuneraciones que la que puede hallarse en mercados secundarios de empleos de mala calidad o en los trabajos inseguros que hoy se afianzan con el desarrollo de la “gig economy” (economía de changas). Pero ciertamente, no desconocemos que el sentido y las vivencias de esta precariedad pueden presentar particularidades en estas actividades con base en lógicas de reconocimiento, de realización personal y profesional que exceden las motivaciones meramente económicas. (2020, p.6)

Pensamos así en sujetos que se desempeñan con relativa autonomía en un ámbito laboral diverso, en múltiples áreas o

tareas y que se ven crecientemente afectados por procesos de flexibilización, por una parte, y de captura de la subjetividad (Valente, 2021). En esta dirección resulta clave marcar que esto se produce dentro y fuera del ámbito de trabajo, principalmente en la esfera privada. Nos referimos o pretendemos enfatizar aquí el sentido de la conexión y la permanente disponibilidad de la fuerza de trabajo, así como los modos de pensar la técnica o la relación entre sujetos y objetos. Como plantea otro investigador argentino especialista en tecnologías, en un estudio de la cultura algorítmica:

La técnica contemporánea es particularmente ambigua, a la vez opaca y transparente. Opaca porque buena parte de quienes usan máquinas y dispositivos no saben a ciencia cierta cómo funcionan, solo para qué sirven y cómo operarlas; transparente porque las asumimos como un medio neutral, cuyo valor solo deriva de los buenos o malos usos que les demos, y porque, cuando funciona bien, nos resulta invisible. (Berti, 2022, p.20)

Dentro de esta composición encontramos que lo mencionado como precarización se vuelve un elemento estructurante que debe ser leído en los procesos subjetivos de los trabajadores de la cultura que por otra parte involucran diferentes formas de agrupamiento y construcción de identidades. No resulta sencillo definir a qué nos referimos por precarización y la revisión bibliográfica muestra que este es un concepto que admite diversas interpretaciones y afecta de forma muy heterogénea las relaciones laborales, también en los términos en que se busca conceptualizar la producción cultural. Existen así definiciones más clásicas de precarización, como los grados de formalización del trabajo, su estabilidad, el ingreso, los niveles de seguridad social; mientras otras ponen la mirada en las posibilidades de desarrollo de las capacidades profesionales adquiridas por ejemplo en instancias

de formación o capacitación. En este segundo sentido es que nos interesa volver sobre la idea del apartado anterior acerca de la dignidad en el trabajo y el sentido social de la tarea.

Cuando nos referimos al agrupamiento y la clasificación de este tipo de trabajadores, lo hacemos en un sentido extendido que pueda integrar de algún modo numerosos subcampos vinculados con la producción cultural, muchos de los cuales tienen su autonomía. En esta dirección cabe recordar lo mencionado sobre la definición de industrias culturales o creativas, que no pretenden retomarse aquí, pero sirven para retratar también la delimitación del conjunto.

No es intención de este texto detenerse a recortar al gran sector laboral relacionado con la cultura, aunque para ello podríamos apelar a relevamientos estatales (Sistema de Información Cultural de la Argentina [SINCA], 2020; entre otros), gremiales (de las distintas asociaciones y sindicatos), de equipos de investigación que se dedican a construir indicadores a lo largo y ancho del país. Sin abarcar todo el espectro, podríamos incluir aquí al audiovisual de manera extendida, a la publicidad y el diseño, la industria editorial, la creación de contenidos digitales, la industria musical, las expresiones artísticas, así como otras formas de creación cultural. Actividades y trabajos que de acuerdo con Baranchuk, han sido insuficientemente abordadas desde la perspectiva de los sujetos y su organización, y que actualmente se encuentran en mutación, con tendencias que hablan de hibridaciones o modificaciones en las ofertas de trabajo hacia sectores no convencionales. Ocupaciones que también en términos de Bulloni disparan heterogeneidades y desigualdades laborales de muy distinto tipo, y difícilmente puedan mirarse desde una mirada solo estructural.

En tanto objeto de investigación, podría quizás apostarse por un tipo de entrada capaz de dar cuenta del entramado conceptual presentado y perspectivas provenientes de diversos campos del conocimiento: la economía política, que es de particular interés y conforma la presente línea, la sociología del trabajo, y con ella los ejes en torno al derecho colectivo del trabajo (especialmente lo que refiere a la organización sindical, y a los conflictos colectivos del trabajo que involucran a los sindicatos, las cámaras empresarias y al Estado) y la regulación (Baranchuk, 2022).

IV- El futuro del trabajo

El capitalismo en su fase actual se presenta como un etapa en mutación, que expone cierto agotamiento o crisis como sistema económico y que genera incertidumbre sobre sus horizontes de futuro. Existen dos autores referentes de los estudios económicos del trabajo que conceptualizan con lucidez el escenario sociolaboral en tiempos donde las empresas tecnológicas parecieran imponerse en términos estructurales -e infraestructurales- y sobre nuestras subjetividades. Frente a las encrucijadas apuntadas hasta aquí en términos de las tendencias generales del trabajo, Eduardo Levy Yeyati y Darío Judzik (2024) plantean que la discusión sobre el reemplazo o en definitiva la complementariedad del trabajo con otras formas automatizadas, derivará en una transformación del trabajo asalariado en actividades -muchas veces no remuneradas- que reorganizarán las interacciones sociales, “ocupaciones que podremos llamar o no trabajo”.

Este escenario imaginado de post empleo en un mundo amenazado que corre al trabajo como proyecto de vida o realización del sujeto, coloca renovadas preguntas en términos

de las profesiones que terminarán prevaleciendo, cuestión que puede ser recuperada en función del sector que busca pensarse aquí. No todos los trabajos serían igualmente sustituibles y la pregunta por las formas de subsistencia, la creación de valor y el tiempo se vuelven centrales. En su investigación, los autores recuperan indicadores que posicionan al trabajo creativo, cultural o educativo entre los mejores posicionados dentro de esta transición, aquellos que serían los menos reemplazables aún con condiciones generales de precariedad. En un apartado de su último libro -“el aura como refugio”-, Levy Yeyati y Judzik insisten justamente en que lo creativo y artesanal constituyen uno de esos lugares protegidos, por ejemplo contra el avance desmedido de la Inteligencia Artificial (IA), un fenómeno que no fue abordado en particular en este texto aunque podemos vincular con lo referido en torno a los procesos de digitalización, automatización y plataformización.

Los modos en que desde el sector cultural y de las industrias culturales se asuma esta discusión sobre los cambios en el trabajo contribuirá a resolver la especificidad de las tareas que allí tienen lugar y su contribución a la sociedad. Los trabajadores de la comunicación y la cultura producen bienes simbólicos, intervienen centralmente en su distribución y consumo, crean demanda y dinamizan la economía en múltiples sentidos, por ello también se vuelven hoy actores claves para disputar formas crecientes de mediación con la tecnología, que incorporan nuevos jugadores.

V- A modo de cierre parcial

Con diversos modos de abordaje, de manera directa o indirecta, la EPC realizó numerosos aportes para analizar la dimensión del

trabajo cultural, en vías de caracterizar a los diversos sectores y ramas industriales, sus modos propios de organización laboral y de producción, por nombrar solo algunas preocupaciones. De allí la importancia que adquiere la línea construida desde el equipo de investigación para pensar la producción cultural desde un abordaje económico político de la cultura.

Dentro de esta amplia tradición puede identificarse sin embargo diferentes énfasis y momentos para la teorización de este objeto. Del recorrido se desprende así que la variante europea estuvo más dedicada a ello, básicamente por su fuerte impronta marxista, pero no sucedió lo mismo con el derrotero latinoamericano donde el campo demoró en delimitarse y finalmente institucionalizarse como tal, aunque esto lo llevó precisamente a nutrirse de otros enfoques. A partir de las transformaciones descriptas en este capítulo, podría apuntarse hoy una nueva centralidad adquirida por la problemática del trabajo, dentro de un camino que todavía habilita renovados cruces entre disciplinas.

En la línea trazada, el capítulo expuso un recorrido por temas transversales en torno al trabajo debatidas en distintos campos académicos, que dialogan con la EPC, para ordenar algunos ejes significativos sobre la particularidad del amplio sector económico aludido. No caben dudas que las transformaciones en el mundo del trabajo llevan a pensar en una dimensión global de la problemática, una situación ligada a la caracterización de la fase del capitalismo. Eso motiva por una parte a situarnos más allá de las competencias actuales de los Estados nacionales, y desde nuestra región, a asumirnos desde lugares que suelen ser periféricos, lejos de los lugares de producción y propiedad de bienes y servicios que delinea el escenario de las plataformas. Aun cuando seamos conscientes de ello, podríamos volver a

priorizar lecturas del contexto local donde se desarrolla el trabajo, jerarquizar el elemento subjetivo y los conflictos que parecieran abrirse camino de continuar las proyecciones o tendencias de desregulación y flexibilización laboral.

La categoría de trabajo resulta clave para pensar las posibilidades de una producción cultural creativa, diversa y relativamente autónoma de las reglas del capitalismo en sus diferentes expresiones y épocas, dentro de procesos que puedan interrumpir o disputar la creciente mercantilización de la cultura. Los modos estudiar al trabajo combinan abordajes que destacan factores objetivos y subjetivos en relación con el objeto, sus recortes y entrada analítica. Al respecto cabe señalar que en el último tiempo emergen de manera creciente investigaciones que ponen hoy el foco en cambios notables de las condiciones de producción, renovados modos de conceptualizar a la fuerza de trabajo, las relaciones y rutinas laborales, así como de concebir a los sujetos en relación con los objetos (la tecnología y sus dispositivos). En este camino, antes que elaborar nuevos conceptos o términos para referir a lo que se presenta como una novedad en el universo del trabajo y las industrias culturales conviene revisar las tradiciones que se dedicaron a pensar estos fenómenos, con la atención en tal caso de favorecer puentes que hagan conversar mejor las entradas aquí propuestas.

Referencias bibliográficas

- Baranchuk, M. (2022). *Los trabajadores argentinos de la comunicación y la cultura. Organización, historia y regulaciones*. Edunpaz.
- Bolaño, C. (Ed.) (2022). *Economía política de la comunicación y la cultura en América Latina (1970 y 1980)*. CLACSO.

- Bulloni, M. N. (2020). Precariedad del trabajo en los campos de las artes y la cultura: sus contradicciones, heterogeneidades y desigualdades. Un abordaje de la industria audiovisual argentina. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, (8), 1-27.
- Crawford, K. (2022). *Atlas de inteligencia artificial. Poder, política y costos planetarios*. FCE.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Garnham, N. (1985). Contribución a una economía política de la comunicación de masas. En De Moragas Spá (Ed.) *Sociología de la Comunicación de Masas*. Gustavo Gili.
- Levy Yeyati, E. & Judzik, D. (2024). *Automatizados. Vida y trabajo en tiempos de inteligencia artificial*. Planeta.
- Martins, H. et al (2023). A mediação do trabalho por plataformas digitais e seus impactos para a autonomia dos trabalhadores. *Laborare*, 6(10), 79–102.
- Noguera, J. A. (2002). El concepto de trabajo y la teoría social crítica. *Revista Papers*, (68), 141-168.
- Ramos, J. (2022). La Economía Política de la Comunicación y los Estudios Culturales en América Latina: encuentros y desencuentros. Una conversación entre Guillermo Mastrini y Omar Rincón. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo*, 4(16), 1-14.
- Sistema de Información Cultural de la Argentina [SINCA] (2020). Cuenta Satélite de cultura. Valor agregado bruto, comercio exterior, puestos de trabajo, generación del ingreso y consumo privado cultural. Cuentas nacionales, Vol 5, N.13. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC).
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.
- Valente, J. (2021). Trabalho e Tecnologias da Informação e Comunicação: para uma crítica da noção de trabalho digital e uma abordagem marxista do fenômeno. En Giovani (Ed.) *Trabalho e valor. O novo (e precário) mundo do trabalho no século XXI*. Projeto editorial Praxis, 162-189.
- Van Dijck, J. (2018). La sociedad de plataformas, un concepto controvertido. En Van Dijck, Poell & de Waal (Ed.). *The Platform Society: Public Values in a Connective World*. Oxford University Press.

Williams, R. (2015 [1981]). *Sociología de la cultura*. Paidós.

Zallo, R. (abriel, 2007). La economía de la cultura (y de la comunicación) como objeto de estudio. *ZER. Revista de estudios de comunicación*, (22), 215-234.

Zanotti, J. M. (2022). Industrias culturales, precarización y trabajo: claves teóricas y mapas para pensar regulaciones en un amplio sector. En Monje, Rivero & Zanotti (Ed.). *Industrias culturales en la convergencia* (pp. 87-106). Lago Editora.

Zuboff, S. (2019). *La era del capitalismo de la vigilancia La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.

Zukerfeld, M. (2020). Bits, plataformas y autómatas. Las tendencias del trabajo en el capitalismo informacional. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, (7), 1-50.

La producción cultural en el abordaje culturalista del campo comunicacional: el dualismo materialista implicado en los análisis

Maximiliano Gaitán
maxigaitan@gmail.com

El presente trabajo indaga cómo se articuló la producción cultural en la línea de análisis culturalista del campo de los estudios de comunicación en Argentina. Esto ocurrió a partir de mecanismos de naturalización del culturalismo, debido a la consolidación de este abordaje durante su institucionalización. Este recorrido evidencia incursiones dualistas en las condiciones de producción y arribo del culturalismo británico en nuestra región.

Pensar la producción cultural desde el culturalismo vigente y consagrado limita la posibilidad de concebirla como un proceso plural y no dualista de la dinámica cultural en general, estudiada e investigada en el campo de la comunicación. Como consecuencia, un culturalismo dualista impacta directamente en la consolidación instrumental de la comunicación, manifestándose en la expresión empírica y práctica de sus objetos de estudio. En este sentido, consideramos que los postulados incorporados por el abordaje historizante del marxismo, de base hegeliana, se extrapolan sin cuestionamientos hacia el materialismo dialéctico de la cultura. No sucedió del mismo modo la revisión economicista que logró confrontar el determinismo científico de esos aportes. En consecuencia, como matriz teórica, ese culturalismo restringe el análisis comunicacional a una concepción de cultura cuya instancia de producción es resultado de una síntesis expresada

en sus productos a partir de la pérdida de su correlato dialéctico directo¹⁶.

El giro culturalista y su recepción en el campo de estudios de comunicación en Argentina

Las condiciones históricas de recepción del culturalismo británico en Argentina se anclan en la apertura a ciertos debates y discusiones. Por un lado, la restitución de la democracia, el regreso de intelectuales del exilio en el campo comunicacional y la incorporación dinamizada de la dimensión cultural al proceso comunicacional como variable de análisis. Por otro lado, desde el culturalismo británico, se institucionalizaron en el viejo continente formas de comprensión de ese proceso que luego tendrían pregnancia en nuestra región. Esto se dio a partir del vacío generado por la crítica en torno al abandono de la pregunta por la subjetividad implicada en la conformación material/simbólica del proceso comunicacional, y la derrota del campo popular que propició una redefinición de los postulados marxistas que impregnaban los análisis del campo en la región.

En un primer momento, el interés por debatir el campo de la comunicación desde el exilio estuvo caracterizado por:

la impresión de estar asistiendo a un umbral de época que reclamaba la revisión de los supuestos epistemológicos y de las derivaciones de las categorías centrales de la investigación comunicacional, para reorientar los estudios hacia una consideración de los fenómenos de la comunicación articulados con sus contextos sociales, políticos y culturales. (Zarowsky, 2015, p.14)

16 Véase Las estrategias fatales (Baudrillard, 1997). Baudrillard plantea que el universo no es dialéctico y los objetos escapan constantemente a la dialéctica que pretende encadenar su lógica de producción a la vez que niega su proliferación indefinida. En ese sentido para el autor “la comunicación es demasiado lenta, es un efecto de lentitud, pasa a través del contacto y la palabra... En el ida y vuelta de la comunicación, la instantaneidad de la mirada, de la luz, de la seducción, ya se ha perdido” (p.6).

El retorno a la democracia en Argentina implicó, para el campo académico de la comunicación, un intenso proceso de redefinición de su sentido social e incidencia política, buscando armonizar el ejercicio democrático con la producción científica. Los intelectuales se vieron interpelados a revisar sus modelos para interpretar la realidad y desarrollar métodos de estudio que respondieran a los nuevos desafíos. En este contexto, la producción cultural y la comunicación adquirieron una relevancia estratégica para comprender la sociedad argentina, especialmente en el ámbito de las culturas populares.

Así, la discusión en el campo de estudio viró hacia un cambio de perspectiva sobre el concepto de “pueblo” o “popular”. Este giro se consolidó a través de la institucionalización de lo que llamaremos culturalismo dialéctico, basado en autores como Raymond Williams, Stuart Hall y la Escuela de Birmingham. Este enfoque busca analizar la producción cultural en su dinamismo y complejidad, pero también corre el riesgo de caer en ciertos dualismos.

El eje de las discusiones por aquel entonces, según Mariano Zarowsky (2015), giraban en torno al carácter limitado de las vanguardias políticas para dar respuesta a los nuevos desafíos propuestos por el regreso de la democracia a la región. La matriz marxista-leninista impresa en los presupuestos de la teoría crítica del campo no se ajustaban a la realidad que

los fenómenos de transnacionalización de la comunicación, el despliegue de nuevas tecnologías informáticas, el ocaso de los proyectos alternativos de comunicación a nivel nacional e internacional y, de manera general, la crisis que los proyectos emancipatorios en sus dimensiones teóricas y organizativas le presentaban. (Zarowsky, 2015, p.16)

La crítica se desarrolló en virtud de un *economicismo* determinista otorgado al lugar ocupado por la comunicación en el proceso social, a lo que rápidamente se le opuso un proceso de refundación del campo en relación con una selectividad histórica que prioriza la restitución de la trama democrática y el lugar del partido justicialista en ese proceso¹⁷. Asimismo, el autor reconoce que en las intervenciones de Héctor Schmucler, a diferencia de otros autores presentes en la discusión, dan cuenta de un abordaje comprensivo en la historización del campo como un proyecto de memoria que se enlaza con la subjetividad encarnada en los actores involucrados. Ese proceso es interpretado por Schmucler en clave de la derrota individual y colectiva sufrida por el campo popular a partir de una lectura del pasado reciente, considerando las ruptura y continuidades al tiempo que se reclamaban nuevos modos de acción y pensamiento más allá de la disputa por el sentido del marxismo en el campo y la conformación del peronismo de izquierda.

Tanto la vertiente marxista-estructuralista que impregnó el campo comunicacional en sus inicios, como los aportes postestructuralistas en torno a las ideas acerca de la sociedad, lo político y el poder enlazadas durante la institucionalización en la década del ochenta, no remiten en este trabajo a opciones teóricas y epistemológicas contrapuestas. No obstante, sin desconocer los debates y las posturas en cuanto a los abordajes culturalistas vigentes, recuperamos esas vertientes mencionadas para identificar en las rupturas y/o desplazamientos, los dualismos operantes en esos abordajes como una continuidad predominante en los análisis comunicacionales de la época.

17 Zarowsky se refiere particularmente a las intervenciones de Nicolás Casullo y Sergio Caletti. Casullo, poniendo el acento en cierto “denuncismo” inscripto en los abordajes marxistas comunicacionales. En el caso de Caletti, se daba a entender la existencia de un “marxismo agitador y escolástico” en una parte importante de la intelectualidad de izquierda para pensar el campo.

El pasaje analítico que va de las estructuras a los sujetos remite, según Carlos Mangone (2005), al momento particular de institucionalización de los estudios en el campo. Los acuerdos generales acerca de la conformación de éste en Argentina dialogan de manera directa con lo establecido en América Latina respecto del reconocimiento identitario de los estudios en la región a partir del énfasis por la definición de una identidad de los estudios en comunicación y cultura, la emergencia de formas de legitimación a partir de la propiedad de ciertos temas y la bibliografía reducida a la rúbrica de su autor, hacen de la tarea reflexiva al día de hoy, una suposición. Es decir, una posición a priori respecto del proceso de producción cultural en la cual el sujeto tiene su espacio ya designado más allá de su posibilidad de intervención. Cultura, política y poder devienen en livianas intersecciones reificadas por el sentido común desde las cuales funcionan las colocaciones temáticas, los nombres propios y las operaciones políticas hacia el interior de la lógica académica que lo ofrece de modelo consagrado para el dualismo cultural y comunicacional imperante.

El devenir dualista del materialismo cultural en el campo de la comunicación

A partir del giro culturalista, el materialismo cultural de Williams, por ejemplo, fue objeto de una lectura limitada que, a su vez, posibilitó un “materialismo epidérmico” (Deleuze, 2005) de los análisis en comunicación, que limitó la posibilidad de un materialismo más profundo de la producción cultural.

Por su parte, el concepto de “lo popular” en América Latina ha sido un complejo campo de disputa. Como señala Armand Mattelart (2011), estudiar comportamientos, consumos, hábitos y

prácticas culturales implica una redefinición de los objetos y las relaciones sociales y de poder, lo que llevó a la descalificación de las políticas culturales. La consolidación de la investigación culturalista en Argentina ha contribuido a la idea de la “recepción activa” (Gitlin, 1998), la cual, si bien rescató a las audiencias de su pasividad, terminó por despolitizar el consumo cultural al no considerar el poder de la producción cultural en la conformación de los gustos. Esta recepción activa se traduce en una participación del receptor, que es visto como un intérprete-consumidor, pero que limita la consideración de la producción como un elemento dinámico de la realidad.

La influencia de la Escuela de Frankfurt en Argentina, si bien fue importante para la conformación del campo, también contribuyó a la estructuración de este “materialismo epidérmico”. Susan Buck-Morss (2011) señala que la Teoría Crítica, al analizar la cultura de masas, tendía a reproducir un dualismo que separaba la producción (manipuladora) de la recepción (alienada), lo que limitaba la comprensión de la cultura como un proceso en constante transformación.

Por su parte, en clave de recepción, Beatriz Sarlo (1997), advierte ciertas condiciones para el análisis crítico de la cultura:

La cultura es un campo de lucha donde las clases sociales y los grupos subalternos disputan el sentido de la vida social. Es un proceso ininterrumpido de producción y reproducción de significados, donde se ejercen formas de dominación y resistencia. Por lo tanto, el análisis cultural no puede reducirse a la descripción de los productos culturales, sino que debe indagar en las condiciones sociales e históricas de su producción y circulación. (p.16)

Esta perspectiva subraya la necesidad de superar la división entre la producción y la recepción para comprender la cultura como un proceso en constante movimiento.

El problema radica en que este culturalismo, en su intento de evitar el economicismo, cayó en un dualismo que separa lo material de lo simbólico, y la producción de la circulación y recepción. Esta separación es problemática porque la producción cultural no es un proceso autónomo de la reproducción social. La cultura se produce, se reproduce y se transforma en el seno de relaciones sociales y de poder. Un materialismo que considere la producción cultural como un proceso de transformación de la realidad, y no como un mero reflejo o un espacio autónomo de la producción de símbolos, sería más adecuado.

En consecuencia, las condiciones para pensar la producción cultural desde la estratificación del culturalismo vigente y consagrado vienen obturando la posibilidad de concebir una idea de producción como proceso no dualista de la dinámica cultural a la cual, en última instancia, se pretende comprender. Ese culturalismo dualista impacta de manera directa en la consolidación de un modelo instrumental de la comunicación, que se legitima a partir de la manifestación práctica de sus objetos de estudio. En ese sentido, la base del dualismo materialista inscrita en el abordaje culturalista del campo mantiene encorsetada a la comunicación en el proceso derivado de la producción social en general. La cultura pensada de ese modo no habilita vertientes analíticas por fuera del sistema social en el cual los estudios de comunicación se encuentran inscriptos, por su contexto académico-disciplinar, como espacio posible para el análisis crítico.

El materialismo dualista se expresa en los análisis a partir del establecimiento superficial de antagonismos y falsas dicotomías en torno a la relación entre sujeto y objeto, entre pasado y presente, entre lo tradicional y la emergencia histórica, dando como resultado

un estudio epidérmico de la dimensión cultural en oposición a la profundidad histórica del proceso de producción cultural.

No creemos necesaria una descripción más profunda del esquema presentado para advertir que la recepción activa se instaure como un sentido común dominante de cara a los estudios de comunicación que demandaban lugar en la institución académica. A modo de efecto, los análisis culturalistas que proceden desde ese materialismo epidérmico quedaron confinados, por cuestiones de definición de conjunto, a una perpetua emergencia de nuevos objetos de estudio ante la omisión del proceso social como condición de emergencia. Frente a tal desafío no habría necesidad de recuperar un proceso que a sabiendas opera en el limbo de una dominación aplacada por la producción cultural al punto de resolverla como realización de una hegemonía molesta pero necesaria. En otras palabras, un confinamiento perpetuo al conocimiento de lo efímero y su respectiva burocracia de validación empírica situada en las prácticas de consumo que presuponen un sistema de dominación inexplicable y por tal naturalizado como efecto.

Por su parte, la problemática de la corriente crítica en relación con el análisis de la dimensión ideológica no superó el dualismo dialéctico de la época más allá de que las reflexiones críticas y los balances epocales indiquen lo contrario. Ese proceso, carente de cuestionamientos filosóficos y éticos profundos, ya mencionados por Zarowsky, derivó en su breve recorrido instituyente hacia una corriente democratizadora y profesionalizante que instauró la necesidad de una conciencia práctica al servicio de unos medios de comunicación que comenzaron, de manera epidérmica, a definir a la comunicación por fuera del proceso integral de la cultura para luego ubicarse como síntesis descontextualizada de las

“mediaciones” culturales. Nombrar a la cultura, sus entramados y desafíos no implicó, necesariamente, una integración coherente al sistema de ideas promulgado por la corriente crítica de la comunicación y la cultura. Ello se da en un contexto cultural que, por su parte, atravesaba un intenso proceso de redefinición de su sentido social e incidencia política a los fines de armonizar el ejercicio democrático del campo comunicacional con la producción científica académica.

El dualismo materialista para el análisis de la cultura y sus implicancias en el estudio crítico de la comunicación

El análisis de la producción cultural configurada por el ingreso de los estudios culturales británicos al campo latinoamericano de la comunicación, tanto por la vertiente materialista británica como por los abordajes marxistas y neomarxistas en la región, dejaron una marca dualista impresa en la corriente crítica de los estudios comunicacionales. Parte de esas variaciones de la producción cultural fueron las que a posteriori, vía segunda generación de estudios culturales, propiciaron ciertas versiones antropológicas del análisis cultural en el campo de estudios en la región. Por su parte, las derivas y avatares de la tradición crítica descontextualizada derivó en un campo que se constituyó, durante el período de la reconstrucción democrática, con trazos de un materialismo progresivamente deshistorizado y huérfano de su dialéctica originaria.

En ese sentido, este apartado propone volver sobre los pasos del materialismo para dar cuenta del origen de la dialéctica como procedimiento y finalidad histórica (Deleuze, 1986) y su ineluctable resolución decantada en un dualismo epidérmico por la vía de los estudios culturales británicos.

En un primer momento trazamos una línea que va desde los argumentos filosóficos e históricos propuestos por la dialéctica hegeliana, pasando por la conformación del marxismo que hizo de esa corriente su procedimiento y concepción de historia. En este recorrido tensionamos la concepción de cultura que dio origen al interés por su estudio en el campo de la comunicación en América Latina con los aportes de la crítica filosófica que Friederich Nietzsche le realizó a esa concepción de historia. En una segunda instancia incorporamos algunas apreciaciones de Susan Buck-Morss (2011) respecto de los aportes de la escuela de Frankfurt, en particular la concepción de dialéctica negativa en Theodore Adorno como corolario de la negación a considerar una crítica de conjunto a los postulados marxistas en la teoría cultural.

Reconocemos indirectamente la participación del movimiento hegeliano en la formación dialéctica del dualismo materialista. Ese modo de comprensión del proceso histórico ha sido heredado por la tradición marxista británica en las formas por las cuales el proceso de producción cultural deviene histórico. Desde esa corriente se despliegan ciertas concepciones de cultura/sociedad que cuestionan al proceso cultural como una subordinación del orden simbólico a las formas materiales de una sociedad, en tanto el juego de determinaciones se dirime en clave de tensiones por la definición de dicho ordenamiento histórico. Como contraposición a ese abordaje, desde la filosofía de Nietzsche esa comprensión histórica gira en torno a una concepción reactiva de la historia, que según el autor se expresa en la dialéctica negativa de Hegel.

Comprender cómo surge la lógica del dualismo implica dar cuenta de su operatoria y vigencia al momento de estudiar los modos de producción cultural involucrados en el campo desde la perspectiva culturalista.

De la cultura como reproducción a la producción cultural

Los estudios culturales son el producto de un proceso de producción social dualista y restringido al nivel de una sociedad productora de cultura que articula el capitalismo y que en definitiva ofrece ese producto circunscrito al plano de lo empírico y asequible, cuando en realidad la cultura como proceso excede y desborda dichos productos. Una de las características de pensamiento dualista refiere a la trampa en la que caen los estudios en comunicación. Ese destino resulta ineludible si no se admiten otras miradas respecto de lo que el proceso cultural significa para el estudio y la investigación en comunicación como parte de una diacronía que admita una totalidad abierta a la pluralidad, una dinámica productora de cultura que admite la posibilidad de lo efímero que puede resultar una realidad productiva en el proceso cultural. En consecuencia, la concepción de producción cultural implicada en el campo y habilitada por el abordaje dualista es que toda pretensión historizante de ese proceso, que no sea desde la historia dialéctica, se la concibe con el mote de abordaje posmoderno, y por tanto parcial, débil y acrítico.

La crítica latinoamericana admite que la perspectiva de abordaje debe considerar una totalidad histórica si pretende politizar el análisis. Ello es comprensible advirtiendo que la matriz intelectual del mundo académico en los años setenta favoreció el interés por las tendencias culturales emergentes y que el pensamiento preponderante al respecto era que los seres humanos interpretan activamente su mundo de forma colectiva en circunstancias históricas específicas.

Esto nos lleva al problema de la continuidad y por lo tanto a una consecuente periodización relativa al campo de la comunicación. En ese sentido, la posibilidad de inscribir un objeto de estudio en

el campo tiene como condición el pasaje por las vías de acceso que él mismo establece, y el culturalismo se propone como aquel espacio amplio que ampara posibilidades analíticas. Al fin y al cabo, la totalidad nunca fue lo más importante, y a estas alturas resulta ya una molestia para ciertos estudios que pretenden incorporar una empírea de lo efímero para el análisis del fenómeno comunicacional, en donde se pretenda ubicarlo.

Como afirma Todd Gitlin (1998), los estudios culturales surgieron de la historia, no de su objeto, la cultura.

De un modo u otro esto significó la continuidad de la disputa política hacia el terreno de la cultura, y es así que los estudios culturales llevaron el estandarte de esa reivindicación transmutada hacia la lucha por la igualdad desde otros medios. La perspectiva del análisis histórico dotó a los estudios culturales una potencia heurística difícil de soslayar en un momento transicional que va desde la lucha armada por la igualdad, hacia una resistencia hogareña desde el sofá. De ese modo, los estudios culturales prolongaron la simbiosis de la una izquierda renovada con la cultura popular.

En ese contexto emerge y opera el concepto de mediación de manera epidérmica, sobre la superficie de los objetos catalogados como resistencias por el hecho de vivir su cultura en tiempo presente. La participación activa de la cultura popular deviene en audiencias fascinadas por la posibilidad productiva y reproductiva de la cultura y su potencia revolucionaria. Para estos estudios el sujeto debe ser previamente objetivado en la instancia de recepción.

Esto nos lleva a una segunda característica del pensamiento dualista de la cultura: la recepción activa o la tiranía de la cultura.

Es la matriz social en la cual el sujeto se encuentra atrapado desde que su espacio próximo es cooptado por la falsa idea de continuidad histórica. Se produce cultura por fuera de la voluntad consciente del sujeto atrapado por su condición de clase y así *aggiornado* en la idea de lo popular.

La cultura se muestra en contra del proceso que le da existencia al ubicarse solapadamente sobre los productos. El empirismo miope de los abordajes en el campo de la comunicación y la cultura procede a la observación de lo inmediato y suponen un contexto (la moral de la costumbre) de procedencia de la producción cultural que, al nombrarlo, procede a su negación. Estos estudios no pueden dar cuenta de ningún proceso cultural que, entendido en términos dialécticos, deviene comunicacional debido a la existencia previa de un espacio vacío de recepción activa, una especie de mecanismo axiomático que oficia en la instancia de recepción.

El sentido de un materialismo no dualista emerge ante la necesidad de ubicar la comprensión de la producción cultural en otra concepción de sociedad que habilite otras lecturas en torno a su constitución y su devenir. Esa sociedad que pensamos como productora es una sociedad que produce capitalismo y es producto de ese proceso. En ese sentido, el acto fundamental de la sociedad capitalista es codificar todo tipo de flujos y tratar como enemigo a aquello que, en relación a ella, se presente como un flujo no codificable y que pone en cuestión a todo el cuerpo social. “En otros términos, para todos los cuerpos de una sociedad lo esencial es impedir que, sobre ella, sobre sus espaldas, corran flujos que no pueda codificar y a los cuales no pueda asignar una territorialidad” (Deleuze, 2005, p. 21).

Hacia un materialismo no dualista de la producción cultural

Nietzsche entiende que para formar una dialéctica no es suficiente una relación esencial entre dos fuerzas o elementos antagónicos; todo depende del papel que juega lo negativo en esa relación. Todas las fuerzas se definen en relación con otras fuerzas (históricas, sociales, políticas); ahora bien, el elemento que define el sentido de esas fuerzas es, según Nietzsche, la voluntad. En su pensamiento, la relación esencial de una fuerza con otra nunca se concibe como un elemento negativo, al respecto Gilles Deleuze (1986) plantea lo siguiente:

En su relación con la otra, la fuerza que se hace obedecer no niega la otra o lo que no es, afirma su propia diferencia y goza de esta diferencia. Lo negativo no está presente en la esencia como aquello de donde la fuerza extrae su actividad: al contrario, resulta de esta actividad, de la existencia de una fuerza activa y de la afirmación de su diferencia. Lo negativo es un producto de la propia existencia: la agresividad necesariamente asociada a una existencia activa, la agresividad de una afirmación. En cuanto al concepto negativo (es decir la negación como concepto), “es sólo un pálido contraste, nacido con retraso en comparación con el concepto fundamental, totalmente impregnado de vida y de pasión”. (pp. 17-18)

Lo dicho ubica a la dialéctica como actividad intelectual en un segundo orden de la reflexión acerca de las formas históricas, desde las “fuerzas reactivas” de la voluntad y las relaciones de poder que van de suyas. Lo que para Nietzsche quiere una voluntad de poder no es la negación de su prójimo dialéctico, es más bien reconocerse diferente. Ahora bien, la pregunta que responde Deleuze al respecto, es clave para la comprensión de la búsqueda intelectual del dualismo dialéctico:

Más aún, debemos preguntarnos: ¿qué es lo que quiere el propio dialéctico? ¿Qué quiere esa voluntad que desea la dialéctica? Una fuerza agotada que no posee la fuerza de afirmar su diferencia, una fuerza que ya no actúa, sino que reacciona frente a las fuerzas que la dominan: sólo una fuerza así sitúa al elemento negativo en primer plano en su relación con la otra, niega todo lo que ella no es y hace de esta negación su propia esencia y el principio de su existencia. (p. 18)

La necesidad de una fuerza que reacciona, para Nietzsche, es negar el pluralismo que a veces se presenta como dialéctico, pero que en definitiva es una fuerza agotada que no puede advertir la existencia más allá de su relación con el elemento decididamente contrario que la define. Es así que una cultura considerada desde el punto de vista dialéctico tiene como objetivo fundamental el reforzamiento de la conciencia a partir de ciertas operaciones realizadas sobre las fuerzas reactivas de la voluntad (consciente o inconsciente), lo que para Nietzsche constituyen los pilares del resentimiento y la mala conciencia. Cultura de este modo significa adiestramiento y selección. Nietzsche llama al movimiento de la cultura “moralidad de las costumbres”. Por el contrario, la cultura es para Nietzsche una actividad pre-histórica, es lo previo a la historia en tanto actividad genérica del ser humano:

La cultura es la actividad prehistórica del hombre. Pero, ¿en qué consiste esta actividad? Se trata siempre de proporcionar hábito al hombre, hacerle obedecer a leyes, de adiestrarlo. Adiestrar al hombre significa formarlo de tal manera que sea capaz de activar sus fuerzas reactivas. En principio la actividad de la cultura se ejerce sobre las fuerzas reactivas, les proporciona hábitos y les impone modelos, para hacerlas aptas de ser activadas. La cultura como tal se ejerce en varias direcciones. Acomete incluso a las fuerzas reactivas del inconsciente, a las fuerzas digestivas e intestinales más

recónditas (régimen alimenticio y algo parecido a lo que Freud llamará la educación de los esfínteres). Pero su objetivo principal es reforzar la conciencia. (p.188)

Luego de caracterizar la actividad cultural en términos temporales, lo siguiente sería comprender qué hace la historia como tal con ese proceso. Por su parte, Deleuze dirá al respecto: “al mismo tiempo que ha desaparecido desde hace mucho tiempo y que todavía no ha empezado. La actividad genérica se pierde en la noche del pasado, como su producto en la noche del futuro” (2011, p.194). Lo que acontece antes, mientras y durante es un proceso que va desde la producción genérica, la emergencia de una conciencia reactiva y la negación de ello en el producto cultural; mientras, por su parte, las fuerzas activas promulgan la selectividad de la creación en tanto la cultura dota a la conciencia de una nueva facultad que en apariencia se opone a la facultad del olvido: “la memoria”. La historia dialéctica en vez de mostrarnos la actividad genérica, nos presenta razas, sociedades, instituciones, clases sociales, Estado, religiones. Sobre la actividad genérica se incorporan organizaciones sociales, asociaciones, comunidades de carácter reactivo. “En vez del individuo soberano como producto de la cultura, la historia nos presenta su propio producto, el hombre domesticado en el que ésta encuentra el famoso sentido de la historia: el sublime aborto, el animal gregario, ser dócil, enfermizo, mediocre” (Deleuze, 2011, p.195) el europeo contemporáneo a Nietzsche.

A partir de lo expuesto por Nietzsche se comprende que una concepción dialéctica de la historia nos presenta una cultura que no admite al proceso cultural como el espacio de producción de multiplicidades. Por oposición se da como resultado una conciencia celebratoria de los productos culturales al corroborar,

desde una óptica dualista, que el objeto cultural se presenta como una manifestación histórica del proceso productivo de la cultura.

Lo importante para el pensamiento dualista de la cultura es el producto cultural en el cual un análisis histórico pueda proyectar sus resultados. Por su parte, la primera generación de la Escuela de Birmingham, en su revisión culturalista, propuso un modo de comprender los procesos históricos. Cuestionó la tradición marxista científica por su carácter determinista y puso en cuestión la interpretación que el marxismo realizó del propio Marx; no obstante, la concepción dialéctica de la historia siguió casi intacta. Desde allí y de manera dicotómica, ya en una segunda generación, los continuadores de Birmingham trazan un programa teórico con el cual repensar las conexiones entre comunicación de masas y diversificación de las audiencias; pasan al estudio de la vida cotidiana y su correlato en el consumo de los productos de los medios masivos entendidos como *resistencias* al poder constituido en los términos de un orden hegemónico. La realidad cultural deviene fragmentada y diversa problematizando el estudio de las identidades emergentes con un aparato analítico marxista, que en su concepción de proceso histórico, no admite una producción de la cultura en términos plurales. Aquí el dualismo no es oposición a lo plural, es oposición a la identidad; o la no identidad como veremos a continuación.

En ese sentido, nos referiremos brevemente ciertas discusiones que se realizaron desde la corriente frankfurtiana y que luego, catalogadas de pesimistas, serían confinadas a una porción teórica situada en el campo de estudios de la comunicación y ubicadas en el contexto de emergencia de las problemáticas constitutivas al cruce comunicación y cultura como crítica a una sociedad industrial que ha perdido vigencia. Esta última apreciación

acerca de la vigencia o actualidad de los abordajes constitutivos al campo es como mínimo polémica si se oculta la intención analítica de reducir los fenómenos comunicacionales a meros objetos culturales.

Al respecto y a contrapelo de Nietzsche, el *Origen de la Dialéctica Negativa* (Buck-Morss, 2011) como procedimiento de análisis tiene en Theodore Adorno a su máximo exponente. Desde esa perspectiva, el estudio de la cultura y la sociedad es una tarea realizada en contra del idealismo filosófico y surge desde el materialismo dialéctico como método cognitivo. La dialéctica negativa parte del principio de no identidad entre la realidad y el concepto que ella designa. Estos postulados de Adorno comienzan a tomar forma a principios de 1930, y por aquel entonces el autor denominaba a su método como la lógica de la desintegración, concepto por el cual aludía a un carácter no-totalizador del enfoque al tiempo que argumentaba la necesidad del mismo. La historia actual era una especie de relato de su desintegración como unidad totalizante: “La fragmentación de las disciplinas intelectuales, el hecho de que la filosofía hubiera perdido su posición como sintetizadora y sistematizadora propia de toda modernidad temprana, era una manifestación de dicha desintegración” (p.168).

Aludimos a dichas referencias en tanto advertimos en ella un interés por revisar los postulados heredados de la dialéctica hegeliana en la idea por la cual la naturaleza se opone a la historia, cuando en definitiva ambas se oponen a la realidad que pretenden describir:

[...] en Hegel, la contradicción, con la negación como su principio lógico, dotaba a su pensamiento de estructura dinámica y proporcionaba la fuerza motora para la reflexión crítica. Pero mientras

Hegel veía la negatividad, el movimiento del concepto hacia su otro, como mero momento de un proceso mayor hacia la consumación sistemática, Adorno no veía posibilidad de que una argumentación concluyera en una síntesis inequívoca. Adorno hacía de la negatividad el signo distintivo de su pensamiento precisamente porque creía que Hegel se había equivocado: razón y realidad no coincidían. (Buck-Morss, 2011, p.167)

Es importante señalar esta vertiente de análisis respecto del procedimiento dialéctico para advertir, en sintonía con los estudios realizados en Birmingham, cierto rechazo evidente de toda tradición marxista al cuestionamiento filosófico de sus fundamentos dialécticos. Tal es así, y como Buck-Morss lo expresa, que la Escuela de Frankfurt rechaza para su publicación, en reiteradas ocasiones por el comité editorial, aquellos artículos tempranos de Adorno con carácter de crítica filosófica al no ser considerados de investigación científico social. El mismo Adorno se consideraba un filósofo y un artista más que investigador; y le entusiasmaba más la crítica literaria de Walter Benjamin que la investigación empírica social. El mismo proceso de institucionalización de la escuela privilegió en el joven Adorno aquellos artículos dedicados al análisis de la música jazz y su condición social respecto del contenido ideológico de ese fenómeno. El filósofo debía recurrir a las ciencias sociales para buscar la verdad, mientras la metafísica implícita en la filosofía burguesa comenzaba un rápido proceso de descomposición cediendo paso a la psicología freudiana para pensar al sujeto y las ciencias sociales marxistas el objeto.

En definitiva, el proceso de síntesis transitado por el culturalismo dejó como efecto residual un dualismo que fue solidificado por el ingreso del posestructuralismo filosófico que no reparó en revisar su tradición crítica a mas no ser a modo de

rechazo por las formas sociales estructuradas en términos de clases. Así, el planteo culturalista quedó en franco debate con las formas de producción cultural contingentes sin advertir que el proceso genérico de la cultura podría ubicarse por fuera de un estadio dialéctico tramitado por la tradición histórica de Hegel.

Para superar el dualismo implicado en los análisis del culturalismo tradicional, se propone un acercamiento a las ideas de Deleuze (1998), quien concibe la filosofía como una forma de creación de conceptos que no se reduce a la mera representación de la realidad. Este autor permite pensar la producción cultural no como una síntesis de lo material y lo simbólico, sino como un proceso de flujos y devenires, donde lo material y lo simbólico se interconectan sin jerarquías preestablecidas.

Es fundamental comprender que la producción cultural no es solo la creación de objetos simbólicos, sino también la producción de realidades, de modos de vida, de subjetividades. Desde esta perspectiva, el materialismo no dualista implica una mirada que no separe el ámbito de la producción de sentido del ámbito de la producción material.

La crítica al “materialismo epidérmico” es vital, ya que este último se detiene en la superficie de los fenómenos culturales, sin indagar en las fuerzas productivas que los atraviesan. La producción cultural, entendida como proceso, no es un mero reflejo de una base económica, sino un conjunto de prácticas materiales y discursivas que configuran la realidad social.

Como señala Mangone (2003):

El materialismo cultural, en su vertiente más crítica, ha de trascender la burocratización de los análisis culturales, para adentrarse en la complejidad de las relaciones de poder que atraviesan la producción, circulación y recepción de la cultura. (p.188)

En este sentido, la propuesta es volver a considerar la producción cultural desde una perspectiva que atienda a su carácter dinámico y relacional. Esto implica abandonar la idea de una cultura como “superestructura” que se eleva sobre una “base” económica, para concebirla como un campo de fuerzas en constante movimiento, donde lo material y lo simbólico se constituyen mutuamente.

Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (1997). *Las estrategias fatales*. Anagrama.
- Buck-Morss, S. (2011). *Origen de la dialéctica negativa: Theodore Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt*. Eterna Cadencia.
- Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Anagrama.
- Deleuze, G. (2005). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Cactus.
- Gitlin, T. (1998). El populismo antipolítico de los estudios culturales. En *Economía política y estudios culturales*. Bosch Comunicación.
- Mangone, C. (2003). La burocratización de los análisis culturales. *Zigurat*, (4), 134-139.
- Mattelart, A. (2011). Estudiar comportamientos, consumos, hábitos y prácticas culturales. En L. A. Albornoz (Comp.) *Poder, medios, cultura: Una mirada crítica desde la economía política de la comunicación*. Paidós.
- Mattelart, A., & Neveu, E. (2002). *Los cultural studies: Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*. Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Sarlo, B. (1997). Entre la crítica política de la cultura y la(s) política(s) de la crítica. *Causa y Azares*, 4 (6), 11-30.
- Williams, R. (2009). Teoría cultural. En *Marxismo y literatura* (pp.103-185). Las Cuarenta.
- Zarowsky, M. (2015). Del exilio a los nuevos paradigmas: Los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a Comunicación y Cultura). *Comunicación y Sociedad*, (24), 127-160.

La formación en comunicación: perspectivas y tensiones en torno a políticas, modelos y concepciones¹⁸

Sonia Ávila
soniaayelen.avila@gmail.com
Emiliano Díaz
diazemiliano027@gmail.com
M. Gabriela Gasquez

En los bienios 2014-2015 y 2016-2017, nos interrogamos por la posibilidad de elaborar un recorrido que contemple la vinculación entre el pensamiento alrededor de la comunicación y el proceso histórico en el que se inscribe y que posibilita una construcción particular del campo de estudio. Esto es, establecer una línea de análisis entre el campo académico de la comunicación y diversos procesos de formación universitaria e institucionalización; a la vez que nos propusimos identificar algunas de las tensiones que se producen entre los modelos de formación y el mercado de trabajo.

La propuesta puso el acento en los procesos de institucionalización, para lo cual delimitamos como unidad de espacio a la Argentina aunque abordamos, de manera particular, la región de Cuyo y tomamos, como uno de los puntos de referencia, los momentos de creación y los planes de las carreras de comunicación de las universidades públicas.

18 El artículo toma como punto de referencia el Informe Final del PROIPRO N° 04-0714 “Estudios de comunicación en Argentina. Trayectos institucionales” y las producciones escritas del PROIPRO N° 04-0316 “Estudios de comunicación en Argentina. Universidad, modelos de formación, campo laboral y producción cultural” realizados en la Universidad Nacional de San Luis. Vale aclarar que el artículo ha sido acotado a la presentación y reflexión de ciertos recorridos para los cuales tomamos los espacios de formación universitarios de grado, sobre la base de los diseños curriculares y el análisis de los modelos de formación condicionados y determinados por los marcos regulatorios educativos y mediáticos. Resta decir que queda sintetizado el marco general de comprensión del campo académico, sus particularidades y dinámicas, lo cual habilitaría indagaciones ulteriores abocadas a la temática de la producción cultural.

Entendemos a los procesos de institucionalización como un dispositivo que se estructura en torno al reconocimiento, la enunciación, la jerarquización, la objetivación y la disciplinarización de prácticas, sujetos, instituciones y conceptualizaciones (cfr. AA.VV., 2016). Así, el recorrido realizado (estructurado a partir de la distinción entre lo nacional, lo regional y lo local) permitió problematizar aspectos generales de la formación y reconocer las particularidades de cada una de las carreras estudiadas en diálogo con el contexto epocal y la legislación vigente en materia de medios, comunicación y educación. Inicialmente, llevamos a cabo un relevamiento documental que incluyó planes de estudio, resoluciones ministeriales de aprobación y modificación de los planes trabajados, normativas vinculadas al campo académico y laboral e informes de proyectos de investigación de otras universidades. Luego se recuperó, en el ámbito de lo local, el testimonio de diferentes actores a través de entrevistas en profundidad.

I- Planes de estudio de comunicación: carácter transitorio y regulación

Los recorridos institucionales que tuvieron lugar en América Latina y, especialmente, en la Argentina evidenciaron la incidencia de organismos e instituciones internacionales¹⁹ y regionales en la jerarquización de un perfil profesional, la tensión entre las esferas públicas y privadas de formación, el crecimiento exponencial de las carreras y la organización de federaciones y asociaciones que buscaban agrupar a docentes e investigadores de la región.

19 Nos referimos a organismos norteamericanos y europeos que, a través de sistemas de becas y la imposición de modelos profesionales que resultaron modelizantes, tuvieron un rol clave en el pasaje de las escuelas de periodismo a las de comunicación y también en la generación de acciones para la creación de posgrados.

Estos aspectos enunciados se dieron en el marco de procesos políticos y sociales antagónicos que facilitaron la creación de modelos de formación sostenidos en diferentes concepciones comunicacionales.

A los fines de pensar los modelos de formación, nos detuvimos en los procesos históricos que caracterizaron a la Argentina en los momentos de constitución de las carreras de comunicación y que, de acuerdo a las resoluciones ministeriales recabadas y sistematizadas (ver cuadro N° 1²⁰), sitúa a la década de 1990 como el período de mayor proliferación. A su vez, hubo diversos pedidos de aprobación de modificaciones de planes que, en algunos casos, no alcanzaban a superar la década entre el momento de puesta en vigencia de las carreras y el cambio en sus currículas. En este sentido, resultó significativo el número de resoluciones ministeriales que aprobaban la creación y/o modificación de más de cuarenta carreras en el área de la comunicación tanto en universidades nacionales cuanto en instituciones educativas de carácter privado. A este escenario se sumó el crecimiento de instituciones privadas no confesionales.

En esta dinámica del campo —recurrente en los procesos de formación en comunicación— los planes de estudio adquieren un carácter transitorio y cambiante. Así, fue posible advertir que las constantes alteraciones que sufren las carreras dan cuenta de la tensión que se establece entre los procesos de formación, el contexto político-social y el marco regulatorio.

Para problematizar el carácter transitorio de las currículas nos centramos en las universidades nacionales de Cuyo, La

20 La sistematización consignada en el cuadro corresponde al *Informe final (período 2014-2015). PROIPRO 4-4017 Estudios de comunicación en Argentina. Trayectos institucionales*. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis, Argentina, s/p. Para acceder al cuadro remitimos al anexo.

Rioja, San Juan y San Luis (ver cuadro N° 2²¹). Esta delimitación respondió a la proximidad geográfica existente entre las sedes de las universidades que conforman la región de Cuyo.

En el caso de la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ), el proceso de institucionalización de la formación en el área del periodismo y la comunicación se constituyó en “la heredera nata de una carrera superior en comunicación que comenzó en una Escuela de Periodismo, como curso experimental en 1956 y como Licenciatura en Periodismo en 1957” (Collado en Gasquez & Salinas, 2015, p.14). Este proceso se inicia en el Círculo de Periodistas, de allí pasa a la Dirección de Cultura del Gobierno de la Provincia, luego a la Universidad Provincial “Domingo Faustino Sarmiento” y, finalmente, a la Universidad Nacional. Las modificaciones a los planes de estudio se dieron en el marco de las distintas etapas del proceso de institucionalización y en diálogo con la unidad de dependencia de la carrera que establecía distintos criterios para su acreditación. Es interesante advertir el pasaje que se produce en la década de 1970 en la que se evidencia el pasaje de la Licenciatura en Periodismo al de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación y la incorporación posterior de títulos intermedios. Todo ello ligado a instituciones como el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL) que, mediante sistemas de becas, incidió en la formación de formadores.

En cuanto a la Universidad Nacional de Cuyo (UNCu), la carrera de comunicación se inauguró durante el retorno a la democracia, en el año 1985. Al igual que otras universidades

21 El cuadro ha sido recuperado del trabajo Gasquez, M.G. & Salinas, M. (agosto, 2015). *Planes de estudio de formación en Comunicación: carácter transitorio y regulación* [Presentación de ponencia]. VIII Seminario Regional (Cono Sur) ALAIC, Córdoba, Argentina. Para acceder al cuadro remitimos al anexo.

del país, esta formó parte de las carreras que revisó durante la década de 1990 y principios de 2000 su propuesta de formación e incorporó un ciclo de Profesorado en Comunicación, el primero en la región.

Por su parte, en la Universidad Nacional de La Rioja (UNLaR), la carrera empezó a dictarse como tecnicatura en 1994. A principios del año 2000, se transforma en Licenciatura en Comunicación Social y, simultáneamente, el Ministerio de Educación aprueba la creación de la Universidad Nacional de Chilecito (UNdeC), institución a la que habilita para la réplica del dictado de la carrera que ya contaba con el aval ministerial. Diez años después, se modificaron, de manera coincidente, los planes en ambas casas de estudio.

La situación en la Universidad Nacional de San Luis (UNSL) puede pensarse como un ejemplo paradigmático del carácter transitorio y cambiante, en la que se sucedieron creaciones y modificaciones de carreras de locución, periodismo y comunicación sucesivamente. En este marco, uno de los rasgos distintivos estuvo dado por el cambio en la duración de las carreras. La primera Licenciatura en Comunicación Social, correspondiente al año 1999, establecía cuatro años de duración, mientras que el plan consecutivo la llevó a cinco años.

En la propuesta inicial se evidenció la impronta del marco regulatorio mediante la Ley de Educación Superior sancionada en 1995, en tanto establece un conjunto de criterios de validación de títulos que posibilita configurar carreras de grado con corta duración, lo cual propicia la iniciación de trayectos de formación de posgrado como parte de un proceso continuo e inmediato.

Esto se vio reforzado por los procesos de evaluación y acreditación de las carreras que requirieron su adaptación a esta

normativa. “En un estudio que analiza el impacto de los procesos de acreditación en el currículum, Coria, Deluca & Martínez (2010) sostienen que el 89% de los planes de estudio de las carreras acreditadas en la Argentina tuvieron que ser modificados para cumplir con los criterios de calidad establecidos en los estándares” (Mulle en Gasquez & Salinas, 2015, p.15).

Si bien no es parte de los objetivos de nuestro artículo realizar un análisis de la Ley, sobre la cual existen además numerosos aportes de especialistas en la temática, es importante destacar no obstante que entró en vigencia en el momento de mayor expansión de las carreras de comunicación en la Argentina fijando así modelos de formación.

Entendemos que cada uno de los marcos regulatorios²² contribuye a configurar modelos de formación y profesión, que acompañan o tensionan los procesos de institucionalización, a las propias instituciones y a las carreras y sus proyectos de formación. Aspectos que, bajo la forma de políticas comunicacionales y educativas, demarcan escenarios posibles para el ejercicio profesional y el quehacer universitario. En este sentido, Fuentes Navarro (1983) plantea la necesidad de pensar el carácter dinámico y proyectivo del currículum que

22 En este proceso importa recordar que entró en vigencia la Ley N° 26.522/2009 de Servicios de Comunicación Audiovisual, la cual regulaba el sistema de medios y telecomunicaciones y buscaba –entre sus objetivos– generar una tendencia hacia la democratización de las comunicaciones. A posteriori, esta Ley fue derogada parcialmente por el presidente Mauricio Macri mediante el decreto 267/2015, que modifica también la Ley N° 27.078/2014 Argentina Digital. Tecnología de la Información y las Comunicaciones. El decreto aludido disuelve la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA) y el Consejo Federal de Comunicación Audiovisual correspondientes a la Ley N° 26.522/2009 y la Autoridad Federal de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (AFTIC) y el Consejo Federal de Tecnologías de las Telecomunicaciones y la Digitalización pertenecientes a la Ley N° 27.078/2014. En su lugar se crea el Ente Nacional de Comunicaciones (ENACOM). Enlace: <https://www.boletinoficial.gob.ar/pdf/linkQR/bVIzWm-9JS1IITlkrdTUVReEh2ZkU0dz09>

se convierte en un proyecto educativo vinculado directamente al desarrollo histórico y es adaptable, por lo tanto, a las continuas modificaciones de la realidad en que se inserta. Sólo así, pasando de lo normativo a lo prospectivo en la elaboración del diseño curricular, es posible evitar la inadecuación de los programas de estudio y la obsolescencia de una formación diseñada, en la mayoría de los casos, de acuerdo a situaciones imperantes varios años antes de que los estudiantes las enfrenten. (p.81)

Sin embargo, pensar diseños curriculares dinámicos como factibles de adaptación a los contextos implica el riesgo de eludir la confrontación o puesta en crisis de marcos regulatorios o circunstancias político-culturales que precisan repensarse. Así, una concepción de diseño curricular, en términos de Fuentes Navarro, requiere pensar y trabajar políticas comunicacionales y educativas toda vez que se elaboran proyectos de formación. En lo relativo a la Ley de Educación Superior, esta presenta entre sus efectos

en un primer momento, la concentración de funciones en el Poder Ejecutivo con la consecuente pérdida de autonomía de las instituciones y una utilización del financiamiento como mecanismo de control por parte del gobierno y, en un segundo momento, la creación y transformación de organismos suprauniversitarios que asumen facultades del Poder Legislativo, las provincias y de las instituciones y promueven mecanismos de homogeneización del sistema y la estandarización de propuestas prácticas en las instituciones. (Nosiglia en Gasquez & Salinas, 2015, p.16)

II- Políticas de formación en comunicación en la Universidad Nacional de San Luis²³

Las políticas y procesos de formación en comunicación han estado enlazadas con diferentes marcos regulatorios y en estrecha tensión con la delimitación del mercado de trabajo. Por ello, las problemáticas de la formación profesional insisten como interrogante desde el inicio de las carreras²⁴. En 1982, la revista Chasqui instala la reflexión desde sus primeras páginas: “Si no sabemos a dónde queremos llegar, cualquier camino nos servirá. Pero mantener un norte definido no garantiza de por sí la justeza o la eficacia de caminos alternativos” (Proaño en Díaz, Gasquez & Salinas, 2014, p.4). Así, la discusión alrededor de los procesos de formación y sus tendencias han sido una constante en las universidades latinoamericanas. La modificación de los diseños curriculares y la adaptación de los planes a los contextos políticos-históricos son un elemento constitutivo de nuestro campo académico.

De esta manera, la formación en estas áreas ha estado demarcada por diferentes actores y procesos político-históricos que han generado sesgos diversos. Entre ellos cabe mencionar la formación periodística en diálogo con la prensa gráfica y la

23 En el período 2014-2016 estudiamos los diferentes aspectos implicados en la conformación de políticas de formación en comunicación en la UNSL. Para ello se realizó un relevamiento documental en la Biblioteca Nacional de Maestros (Ciudad Autónoma de Buenos Aires) y en diferentes dependencias de la Universidad. Asimismo, se llevaron a cabo entrevistas en profundidad con sujetos que desempeñaron cargos de gestión (Rector, Decanos, Secretarios) durante los procesos de creación y/o modificación de las carreras. Contamos además con el testimonio de docentes y no docentes que conformaron el primer plantel de las carreras que actualmente integran el Departamento de Comunicación. En relación al proceso de selección de los entrevistados cabe destacar entre los criterios: los cargos y funciones desempeñados, la participación en los procesos que dieron lugar al desarrollo de las propuestas curriculares y los diversos intereses e instancias institucionales que atravesaron los sujetos-participantes.

24 Reconocemos el inicio de los procesos de formación en América Latina a partir de la fundación de la carrera de Periodismo en la Universidad Nacional de La Plata, cuyo proceso data de 1901 (Cfr. AA.VV., Informe Final, 2016).

necesidad de modificación de los planes de estudio en función de los nuevos soportes y dispositivos tecnológicos, sin dejar de mencionar el pasaje por una visión que articulaba comunicación y política en el ámbito de las ciencias sociales con una fuerte incidencia en América Latina. En esta línea, Carlos Mangone (2002) caracteriza el proceso de institucionalización académico como fragmentado, disperso, carente de estrategias y políticas culturales claras, a lo que se suma “la caída del espíritu crítico” y un sistema de medios concentrado.

En este escenario, nuestra propuesta requiere reconocer el sentido otorgado a la formación en comunicación. Abandonar esta tarea supone soslayar sus consecuencias tanto en la estructura académica cuanto en los ámbitos laborales. Fuentes Navarro (1983) postula que

los comunicadores sociales universitarios han sido, en gran medida, incapaces de transformar la práctica profesional imperante en su supuesto campo de competencia. La constatación de esta situación reviste graves consecuencias y es otro de los puntos en que la aplicación de estudios rigurosos es urgente. Sobre todo en el periodismo y en los medios electrónicos, que deberían ser el campo ‘natural’ y primario de inserción profesional, la problemática es cada día más compleja para los egresados universitarios y tiende a ensancharse la brecha entre la formación recibida y la necesaria para adaptarse al ejercicio tradicional de la comunicación social. (p.83)

La deficiencia en el campo de la comunicación estaría dada, siguiendo a Fuentes Navarro, por la imposibilidad de recrear nuevos campos laborales para el comunicador que se sumarían y redefinirían a las instituciones mediáticas públicas, privadas y alternativas, como ámbitos *naturales* para su desempeño. Importa destacar, en resumen, que las currículas se configuran

como espacios de reconocimiento de ciertos recorridos, como cristalización de concepciones y prácticas, como espacios dinámicos en conflictos que visibilizan intereses y demandas (Díaz, Gasquez & Salinas, 2014).

En los procesos sociales que involucran a la comunicación intervienen diversos actores: universidad, mercado y Estado. En este sentido, problematizamos los procesos de regulación de los trayectos académicos centrándonos en las tres carreras afines²⁵ que conforman el Departamento de Comunicación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, los límites de la autonomía universitaria en relación con el mercado y el Estado provincial y, por último, las particularidades y el carácter modelizante que adquiere la comunicación.

Entendemos que la comunicación en este contexto social puede ser interrogada a partir de dos tendencias en conflicto: la comunicación como espacio de autonomía y como espacio de regulación. Esta doble tendencia surge de las demandas permanentes de actualización y búsqueda de legitimación que interpelan y ponen en crisis los modelos de formación y profesionalización de la comunicación.

En el marco del proyecto, analizamos los roles y funciones previstos para los egresados y las carreras de comunicación en los procesos de formación y profesionalización. En cuanto a la complejidad se entrecruzan los siguientes ejes: la habilitación técnico-profesional; la distinción entre la investigación periodística y la investigación en ciencias sociales; la coexistencia de tres carreras cuya delimitación disciplinar no ha sido demarcada;

25 Nos referimos a la Licenciatura en Comunicación Social (Plan Ord. CD N° 009/07), Licenciatura en Periodismo (Plan Ord. CD N° 013/09) y Licenciatura en Producción de Radio y Televisión (Plan Ord. CD N° 012/09).

la tensión teoría-práctica; el contexto de formación en relación al mercado laboral local que resulta acotado; las tendencias a jerarquizar concepciones y prácticas comunicacionales instituidas; la orientación de estas carreras de acuerdo a la situacionalidad histórica en la que nacieron y se desarrollan en la UNSL; y las condiciones materiales que posibilitan el proceso de estas tres carreras.

Ahora bien, como parte del estudio de la formación universitaria de los comunicadores, periodistas y productores en la UNSL, abordamos algunos de los aspectos que atraviesan el proceso de formación (conceptualizaciones operantes, condicionantes internos y condicionantes externos) y nos preguntamos por los obstáculos y tensiones que surgen de las propuestas de formación.

Para ello resultó necesario retomar la noción de campo académico de Fuentes Navarro (1992), quien lo define como:

[...] espacio socio-cultural específico, en el cual concurren actores sociales sujetos a las determinaciones y condicionantes que definen su identidad y sus funciones sociales desde marcos más amplios que los académicos por una parte, y los comunicativos por la otra, pero que con su actividad, socialmente legitimada, mantienen una cierta 'autonomía relativa'. (p.18)

Encontramos la tensión entre las determinaciones y los condicionantes, aquello que aparece como lo previamente instituido y legitimado y la posibilidad, en el campo académico, de cierta "autonomía relativa". Comprendemos a esta última como la posibilidad de cuestionar e intervenir en los marcos académicos y comunicativos, así como en las actividades instituidas, que nos permiten conformarnos en actores sociales no delimitados a partir de una identidad estática. De lo contrario, las funciones sociales y los determinantes nos constituyen en sujetos que consolidan un

orden establecido. De allí la importancia de reconocer, en este marco, las posibilidades de dicha autonomía.

Las tendencias que señala Fuentes Navarro nos conducen a conjeturar que la tensión entre determinantes y autonomía relativa cobra modalidades diversas en la formación académica. Esta aparece vinculada tanto a los campos laborales cuanto al campo disciplinar. Siguiendo al autor, mencionamos tres tendencias que reconoce:

la especialización disciplinaria, la institucionalización académica y la profesionalización [...] Las tres han sido objeto prioritario de atención en nuestro campo y pueden documentarse a través de muy diversas manifestaciones como preocupación, como proyecto y en algún sentido, también como obstáculo. (1992, p.4)

Este planteo muestra la vinculación entre los diferentes niveles implicados (formación académica, campos laborales y campo disciplinar) así como las tensiones presentes en cada uno de los niveles.

Consideramos que el proceso de formación conlleva la coexistencia de diferentes dimensiones²⁶: conceptualizaciones operantes (fundamentación, objetivos, alcances y perfil del egresado, y concepciones de comunicación), condicionantes internos (estructurantes/estáticos y dinámicos) y condicionantes externos (campos laborales legitimados y tecnología). Las dimensiones propuestas surgen de la coexistencia de tres licenciaturas agrupadas, como se dijo, en el Departamento de Comunicación. Las carreras poseen aspectos comunes, entre los que mencionamos: equipamientos, equipos docentes, espacios curriculares e infraestructura. A partir de esto, realizamos un

26 Cfr. Díaz, E.; Gasquez, M.G. & Lencina, E. (2015). Formación en comunicación: perspectivas y tensiones.

análisis comparativo que da cuenta de su vinculación así como de las superposiciones y particularidades.

El primer eje de análisis remite a los condicionantes internos estructurantes y estáticos. Entre ellos reconocemos: la duración establecida, el crédito horario total, la existencia o no de título intermedio, las orientaciones previstas, el establecimiento de prácticas pre-profesionales, trabajo final o tesis, las correlatividades y el número de materias.

El segundo eje de análisis alude a los condicionantes internos dinámicos a partir de los actores sociales que conforman las carreras del Departamento: estudiantes y docentes. El nivel de ingreso, de egreso y el plantel docente sufren modificaciones en cada período lectivo, de allí la necesidad de pensar en términos de variabilidad.

El tercer eje de análisis abordado implicó lo que denominamos conceptualizaciones operantes. Cada una de las carreras presenta, en sus planes de estudio, concepciones que operan tanto en la formación como en la delimitación de sus campos laborales. Estas conceptualizaciones pueden observarse en los planes de estudio al analizar la fundamentación, los objetivos, los alcances del título, el perfil del egresado y las concepciones de comunicación.

Por último, un cuarto eje de análisis involucra los condicionantes externos. Cabe destacar que los procesos de formación académica en América Latina han estado condicionados tanto por los procesos de formación provenientes de otras latitudes como por los requerimientos del mercado, las modas teóricas y las políticas públicas emergentes (educativas, comunicacionales y culturales). A esto se agrega la tensión entre formación universitaria y ejercicio profesional en el marco de una carrera cuya institucionalización

es posterior a las prácticas comunicacionales configuradas por la dinámica social que demarcan los campos laborales.

De los cuatro ejes señalados se desprende la tensión entre la necesidad de diferenciar cada espacio y la dificultad para demarcar lo particular, tensión que queda evidenciada en la delimitación de los campos laborales y las capacidades comunes enunciados por las tres licenciaturas; la ausencia de criterios en el establecimiento de correlatividades ante un mismo espacio curricular; la réplica de contenidos mínimos que se incorporan en carreras diferentes y en cuyos recorridos de formación se jerarquizan concepciones comunicacionales y perfiles profesionales disímiles, obstaculizando los sentidos de los trayectos de formación previstos; la tensión teoría-práctica; y los espacios legitimados, que resultan acotados, respecto a los ámbitos laborales reconocidos para el ejercicio profesional.

La enumeración presentada, que no es exhaustiva y funciona a modo de síntesis, tiene la intención de pensar los obstáculos y tensiones que hemos construido en el espacio institucional de la UNSL. El desafío que enfrentamos implica asumir las inercias, las acumulaciones, los conflictos, las rupturas y la búsqueda de una cierta autonomía relativa sin la cual no es posible superar lo instituido que limita y superpone campos laborales, ejercicio profesional y formación académica.

Un caso particular para interrogar la “autonomía relativa” (Fuentes Navarro, 1992) lo representa la carrera de Locutor Nacional en la Universidad Nacional de San Luis por ser la primera de este tipo en una universidad pública de la Argentina. Buscamos problematizar el proceso de constitución de dicha carrera en relación con las pautas de formación y profesionalización

establecidas por el Comité Federal de Radiodifusión-COMFER sobre la base de las carreras impartidas por el Instituto Superior de Enseñanza de Radiodifusión-ISER.

De acuerdo con los registros históricos, a fines de la década de 1980, se percibía la existencia de una demanda de profesionales relacionados al campo de la comunicación y las prácticas mediáticas en la región de Cuyo. Importa señalar que la provincia de San Luis presentaba, en ese entonces, una estructura mediática²⁷ caracterizada por la concentración y la estrecha vinculación entre lo privado y lo gubernamental. La mayoría de los trabajadores de medios habían construido, asimismo, su experiencia laboral en la práctica²⁸.

Con este diagnóstico, el 4 de marzo de 1992 la Universidad Nacional de San Luis suscribió un acuerdo con el ISER y el COMFER, acorde a las disposiciones legales vigentes a nivel nacional. “Inmediatamente a la suscripción de dicho Convenio, se inició el 1 de abril de 1992, el primer año de la carrera, bajo las cláusulas convenidas y con un Plan de Estudios similar al del ISER (Instituto dependiente de la Presidencia de la Nación)” (Boussy en Díaz & Salinas, 2014, p.4).

De la lectura del mencionado convenio, surge una primera tensión entre la autonomía relativa de la UNSL consagrada en su estatuto universitario y los requerimientos técnicos y de habilitación profesional de un Instituto Terciario, ya que en el proceso de institucionalización la carrera de Locutor Nacional para constituirse como tal debió someter el diseño curricular a las

27 Para conocer la tendencia actual de la estructura mediática en la provincia de San Luis se puede consultar el artículo “*Las producciones audiovisuales en San Luis: esferas y circuitos realizativos en el sector público y privado*” (Elorza, 2021).

28 Para una actualización del ecosistema digital argentino en torno a prácticas de producción, condiciones de vulnerabilidad y posibilidades de defensa gremial sugerimos revisar Condiciones de trabajo y redefinición del periodismo digital en la región Cuyo (Argentina) (Zanotti, 2024).

pautas de adecuación de los contenidos mínimos y la carga horaria estipuladas por el ISER. Por otra parte, la Universidad le permitió al ISER actuar como supervisor del desarrollo pedagógico de ocho asignaturas que conformaban el núcleo del trayecto de formación. Al ceder la autonomía académica, emergieron los intereses en pugna en el primer año de cursada. Esto llevó a una temprana reformulación del plan de estudio para adaptarlo a las exigencias académico-administrativas de la dinámica universitaria. En este sentido, se podría afirmar que el diseño curricular que surgió del convenio respondía a un diseño estático que, en términos de Fuentes Navarro (1985), es un “mapa del aprendizaje” que guía la práctica educativa. Este tipo de concepción curricular implica asimismo trabajar con las asignaturas y su seriación, sus problemas prácticos y, tal vez, con la correlación que guardan estos con la práctica profesional. De esta forma, un análisis del primer plan de la carrera (Ord. N° 001/91-R) muestra que de treinta y siete materias, sólo diez corresponden a una formación general relacionada con saberes provenientes de las ciencias sociales.

La reformulación del plan pretendió, entre otras cosas, adecuar los contenidos mínimos de la carrera, originados en el ISER, a la estructura académica de la Facultad de Ciencias Humanas. Si bien se expresa en los considerandos que la revisión del plan tuvo por objetivo profundizar los contenidos de la formación técnica y general básica y capacitar a los profesionales con una formación crítica y reflexiva, se continuó pensando a través de una concepción curricular estática donde se adaptó el diseño a los requisitos del mercado laboral y se acentuó el carácter del modelo habilitante-profesional. Así, se redujo el número de asignaturas de treinta y seis a treinta aunque preservando la proporción entre materias de formación general (sólo cuatro del total) y las de formación técnico-operativas (cfr. Díaz & Salinas, 2014).

Siguiendo el planteo de Fuentes Navarro, es posible identificar una segunda tensión presente en ambos diseños curriculares vinculada a la adopción de un modelo de formación profesionalizante. Modelo que fue el más fuertemente arraigado en las escuelas de comunicación de América Latina desde su génesis en la década de 1930.

Uno de los aspectos constitutivos de dicho modelo es la prioridad técnico-profesional, que en este caso estuvo dada por la obtención del carnet de Locutor Nacional (ISER-COMFER) que habilitaba al egresado para, en forma exclusiva,

presentar programas y anunciar los números que los integran; presentar y efectuar el enlace de continuidad en los informadores de radio y noticiarios de televisión; conducir con su relación oral cualquier programa que se emite a través de la radiodifusión; difundir avisos comerciales, mensajes publicitarios o de propaganda de cualquier naturaleza, promocionales, institucionales y comunicados; realizar la locución y/o doblajes publicitarios de filmicos videocassette (VC), videotapes (VT) u otros elementos técnicos que los reemplacen. (Art. 6 Ord. N° 10/93-CD)

En esta línea, cabe decir que la obtención del carnet otorgado en aquel momento por el COMFER era una exigencia legal en el campo laboral, ya que se constituía como una acreditación profesional tras haber cursado la carrera en establecimientos reconocidos por los organismos nacionales.

A partir de lo expuesto, la carrera de Locutor Nacional aparece como un caso ejemplar de la dinámica del campo. Aquí encontramos una serie de tensiones; entre ellas cabe consignar: los requerimientos de la universidad y un organismo nacional para la validación del título y el ejercicio profesional, el diseño y las sucesivas modificaciones a las que se sometió el trayecto de

formación, y los aspectos que configuran el perfil del egresado subordinado a las demandas del mercado laboral como así también a la permanente actualización tecnológica y a las pautas de regulación estatal.

III- Reflexión final

La construcción de un trabajo de búsqueda, sistematización y análisis documental nos permitió configurar un recorrido histórico en torno a los procesos de formación en comunicación en la Argentina; evidenciar algunas de las características que adquirieron los trayectos institucionales en diálogo con el contexto y los diferentes marcos regulatorios; advertir tensiones y problemáticas entre los procesos de formación y el mercado de trabajo en el ámbito local; pensar el rol de las universidades públicas en la construcción de políticas de formación en comunicación; y dar cuenta del carácter cambiante y transitorio de los planes de las carreras de comunicación.

Luego de esta enumeración nos preguntamos: ¿Qué hacer con la formación en comunicación? ¿Es posible trascender el carácter instrumental en su vertiente funcional y crítica? ¿Los procesos de institucionalización tienen como destino la adaptabilidad sistemática? ¿Las carreras de comunicación pertenecen al dominio de lo coyuntural y lo urgente? Cabría también preguntarse por el sentido y el sinsentido de nuestras carreras. Esto es: pensar si la creación, la expansión, el cambio, el crecimiento y el sostenimiento de la comunicación en el ámbito educativo contribuyó a fortalecer el sistema de medios, a los intereses corporativistas, al mercado, a las políticas gubernamentales y estatales; o, por el contrario, amplió y reformuló la comunicación como pensamiento y práctica

posibilitando procesos de rupturas, puesta en crisis de sistemas e intereses dominantes.

Consideramos entonces que la orientación de las políticas de formación en comunicación no puede eludir estos interrogantes. Si pretendemos que el sentido de la comunicación abandone su condición subsidiaria e instrumental ligada a los actores sociales e intereses públicos y privados configurados por la época, precisamos avanzar sobre preguntas incómodas. “No debe postergarse el momento del hacer hasta tanto hayamos resuelto -de ser ello posible- nuestras interminables angustias teóricas e ideológicas. A nuestro juicio, no podemos seguir padeciendo –o gozando- de la interminable espera de Godot” (Proaño en Díaz, Gasquez & Salinas, 2014, p.4).

De esta manera, la formación de comunicadores enfrenta hoy un desafío tanto por los nuevos espacios y formas que adquiere la comunicación cuanto por un interrogante que ha encontrado palabras en diferentes pensadores de nuestro campo de estudio. Se trata, en definitiva, de analizar el sentido de persistencia de nuestras carreras. La necesidad de sostenerlas o de cerrarlas para refundarlas.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (2016). Informe período 2014-2015. PROIPRO 4-4017 Estudios de comunicación en Argentina. Trayectos institucionales. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis, Argentina, s/p.
- Díaz, E. & Salinas, M. (octubre, 2014). *Locutor Nacional. Proceso de institucionalización y demandas de profesionalización* [Presentación de ponencia]. XVIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Buenos Aires, Argentina.

- Díaz, E.; Gasquez, M.G. & Salinas, M. (septiembre, 2014). *Políticas de Formación en Comunicación*. [Presentación de ponencia]. XII Encuentro Nacional de carreras de Comunicación Social (ENACOM), Mendoza, Argentina.
- Díaz, E.; Gasquez, M.G. & Lencina, E. (2015). *Formación en comunicación: perspectivas y tensiones*. Revista *Argonautas*, 5 (5), 23-45. <https://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/argonautas/article/view/315/262>
- Elorza, E. (octubre, 2021). *Las producciones audiovisuales en San Luis: esferas y circuitos realizativos en el sector público y privado* [Presentación de ponencia]. Actas Académicas del XXII Congreso RedCom, Montevideo, Argentina, s/p.
- Gasquez, M.G. & Salinas, M. (agosto, 2015). *Planes de estudio de formación en Comunicación: carácter transitorio y regulación* [Presentación de ponencia]. VIII Seminario Regional (Cono Sur) ALAIC, Córdoba, Argentina.
- Fuentes Navarro, R. (1983). Apuntes para un diseño curricular en Comunicación. *Revista Chasquí*, 7, 81-83.
- Fuentes Navarro, R. (1985). El diseño curricular en la formación universitaria de comunicadores sociales para América Latina. Realidades, Tendencias y Alternativas. *Comunicación Social*, 4 (7), 74-94.
- Fuentes Navarro, R. (1992). El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina. *Revista Diálogos de la Comunicación*, 32, 16-27.
- Mangone, C. (abril, 2007). Una cuestión de énfasis: el relativismo académico y la intervención político intelectual. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, (2), 1-5.
- Zanotti, J.M. (2024). Condiciones de trabajo y redefiniciones del periodismo digital en la región Cuyo (Argentina). *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 23 (46), 234-244. <https://revista.pubalaic.org/index.php/alaic/article/view/1132/1036>

Reformulación crítica de la tradición de los efectos: la agenda global en la producción intelectual de Aníbal Ford²⁹

Emiliano Díaz

Introducción

Los medios masivos están en el centro de la escena contemporánea, sea en un soporte tradicional o digital, sea en formato impreso, televisivo, radiofónico o virtual, sea en su dimensión pública o privada. Los estudios de comunicación y cultura de masas rara vez prescinden de ellos. Esto con el propósito de indagar y comprender los orígenes y las variantes del funcionamiento de las tecnologías organizadas, los agentes de la industria cultural y las estructuras de propiedad, los sentidos hegemónicos de la mercancía infocomunicacional, las normativas y regulaciones legales, las políticas de comunicación.

Cabe señalar que la comunicación mediática permanece anudada a las características conferidas por el dispositivo técnico en cuanto artefacto o canal mediador del circuito, configurándose así una mediación codificada entre emisor y receptor, consecuencia de ello es que el mensaje adopta la forma shannoniana de un flujo uni-bidireccional. De manera que, a diferencia de lo que ocurre en el nivel interpersonal, aquí “no hay participación perceptual ni interdependencia comunicativa” (Caletti, 2019, p.244). Sin embargo, el acto de difusión mediático no anula enteramente aquellas funciones propias de la comunicación analógica. Es

29 Una versión embrionaria de este artículo se presentó en las XXVI Jornadas Nacionales de Investigadoras e Investigadores en Comunicación realizada en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) durante el mes de septiembre de 2023.

dable, por tanto, reconocer en el destinatario “resortes ligados a lo afectivo” (Caletti, 2019, p.245).

Las tradiciones teóricas de la investigación del campo comunicacional, tanto las procedentes del enfoque mediocéntrico cuanto del sociocéntrico (McQuail, 2000), son todavía opciones irreductibles. El rescate de sus postulados axiomáticos implica, por consiguiente, un ejercicio capaz de restaurar las preguntas que le dieron basamento en ciertos tramos del siglo veinte. En este caso, interesa singularmente una teoría inscrita en el paradigma positivista denominada *establecimiento de agenda* o *agenda-setting theory* tal como aparece recuperada, delineada y reformulada en la producción intelectual del ensayista argentino Aníbal Ford (1934-2009).

La elección del tópico está cimentada en la oportunidad de escudriñar una producción en particular como “intervención política, cultural y/o comunicacional”. Si bien no existe intervención en el campo de estudio que se explique sin una historia político-cultural, ningún hecho *per se* determina su constitución. Así pues, los ensayos de Ford recogidos para este recorrido encuentran su emplazamiento epistémico en las teorías de la comunicación. A distancia de los marcos referenciales que ponían el acento en aparatos, conductas y funciones, proponemos examinar la producción intelectual de Ford como una mixtura en cuyo centro gravitan concepciones críticas, estrategias socioculturales y dimensión meta-comunicativa. Durante el lapso comprendido entre inicios de la década de 1990 y mediados de la década de 2000, la reflexión teórica de Ford estuvo orientada hacia un núcleo de problemas comunicacionales (cultura narrativa y ficcionalización, mediaciones massmediáticas e infoentretenimiento, brecha digital y pobreza, utopía comunicacional y contra-metáforas)

ceñidos a América Latina, nomenclatura que alude a “sociedades débilmente codificadas” (Ford, 1999; 2001 [1994]; 2005) debido a los obstáculos para completar las etapas de la modernización.

Para dar comienzo entonces al recorrido previsto, es lícito dejar constancia de algunos interrogantes provechosos a modo de guía. ¿Qué vigencia admite una teoría a medida que transcurre el tiempo? ¿Qué sucede cuando una teoría es pensada en otro contexto, distante y desviado de aquel que le dio surgimiento y preeminencia? ¿Qué ocurre, por fin, cuando una teoría concebida y amonedada en un país central, en una metrópoli altamente desarrollada, recalca en una región del mundo donde el escenario económico, político y cultural es conflictivo, desigual?

Modernidad: cultura, tecnologías, crisis

El advenimiento de la modernidad remite a un largo proceso de fenómenos y acontecimientos económicos, sociales y culturales que a partir del siglo dieciséis horadó el orden cristiano-medieval europeo. La modernidad arribó definitivamente a Europa en el curso de los siglos dieciocho y diecinueve. Fue en ese período, con el triunfo del capitalismo como modo de producción dominante y el reemplazo del absolutismo por repúblicas liberales y monarquías constitucionales, cuando se produjo la ruptura con la sociedad tradicional.

Cabe precisar asimismo que la modernidad occidental es el período histórico comprendido entre lo que va del Estado de Derecho Liberal hasta el Estado Social, caracterizado por la expansión universal del sufragio, la profesionalización de la política, la creciente burocratización de las funciones organizativas y el desarrollo de la representación de la sociedad civil encargada de legitimar el poder político. Así pues, se pasó

de la “politización de lo social” a la “socialización de lo político” (Bobbio, 1996). Si el primer proceso tuvo su apogeo en los países centrales durante la primera mitad del siglo veinte, el segundo fue de carácter acentuadamente estatista e implicó la crisis del Estado democrático y participativo conforme se concebía esta noción durante la segunda posguerra.

Por su parte, Ulrich Beck estipuló una clasificación socio-histórica según la cual la modernidad occidental recorrió dos etapas. Las sociedades de la época de la Primera Modernidad encontraron su condición de posibilidad en el marco territorial del Estado-nación. Las identidades colectivas (fuesen de clase, de etnias o religiosas) eran preexistentes a dicho marco y la idea de progreso resultaba una convicción socialmente compartida tanto por quienes fundaban y procuraban sostener el orden institucional como por quienes profetizaban revoluciones en contra del mismo (Sidicaro, 2002). El derrotero ulterior originó las contiendas bélicas de la primera mitad del siglo veinte. La Primera Modernidad conoció entonces etapas diferentes, cuyas singularidades obedecieron a la realidad de cada Estado-nación, y tuvo su cierre con la crisis económica mundial del año 1973, momento en que se interrumpió el “círculo virtuoso” del crecimiento fordista (Beck en Sidicaro, 2002). A esto le continuó la Segunda Modernidad definida por una serie de procesos radicalizados, entre ellos importa destacar tres factores. El primero es la globalización. Para Beck, “este término no se limita [...] a meros procesos económicos sino que consiste en que ya no podemos concebir la sociedad como un contenedor organizado estatalmente” (en Sidicaro, 2002, pp.131-132). El segundo se denomina individualización; “[...] vale decir que las instituciones esenciales, como los derechos sociales y los derechos políticos

se orientan hacia el individuo y no hacia los grupos” (Beck en Sidicaro, 2002, p.132). El tercero es la reducción del trabajo asalariado en virtud de las condiciones que surgen, precisamente, de la globalización y, sobre todo, de las nuevas tecnologías de información y comunicación³⁰.

En este punto, conviene delimitar muy sucintamente ciertos elementos del concepto Estado-nación, primordiales en definitiva para la comprensión de la dinámica contextual. Siguiendo el itinerario propuesto por Eduardo Passalacqua (en Di Tella, 2004), los elementos pueden ser agrupados desde la tipificación más restringida a la más amplia. Por un lado, el Estado es concebido como una unidad de acción o unidad de autoridad de decisión con principios estructurales que definen y constituyen las relaciones sociales de poder y control políticos en la sociedad. Por otro, en el sentido más amplio, es el orden normativo dominante en la sociedad; o sea una estructura de dominio, renovada a través

30 Importa indicar un dato no incidental, pertinente (consideramos) a nuestro recorrido. El 5 de diciembre de 2011, Telefónica dio a conocer en New York (EUA) el proyecto denominado “El valor económico del español: una empresa multinacional”. En tal ocasión, la empresa informó: “Hemos avanzado en la estrategia de captar el crecimiento de los mercados en los que estamos presentes, reforzando nuestro posicionamiento competitivo. El aumento de nuestra base de clientes y la creciente contribución del negocio de banda ancha móvil han impulsado el crecimiento de nuestros ingresos, que han aumentado un 3,5% en 2011. Telefónica ofrece valor a sus accionistas a través de una estrategia de eficiencia energética y de lucha contra el cambio climático clara y adaptada al mundo de la empresa” (Telefónica, Informe Anual, 2011, s/p.). Al hilo de esto, nos detenemos en la observación de Damián Tabarovsky: “[...] ¿qué significa pensar el valor económico de una lengua? O todavía antes: ¿quiénes piensan en el valor económico del idioma? La primera respuesta es evidente: lo piensa una empresa multinacional, con sede societaria en España, dedicada a comprar y vender idioma. La lengua es una mercancía —en tanto opera en el mercado— que circula por líneas, fibras ópticas, teléfonos celulares, satélites, pantallas de todo tipo, nodos, tablets, mensajes de texto, redes sociales; una mercancía capaz de ser depositada (archivada) en discos duros, elementos móviles, procesadores digitales, y también, claro está, en soporte papel (libros, revistas, actas judiciales, certificados de defunción). Según el informe de Telefónica, en España, el idioma español genera el 16% del valor del PBI. La lengua se ha convertido en uno de los recursos económicos clave, como el petróleo, la agroindustria y la industria armamentística. El idioma, considerado antaño como una riqueza intangible, se ha vuelto un valor cotizable en el mercado. Con 450 millones de hispanohablantes (el tercer idioma más hablado del mundo), la lengua castellana va en camino de convertirse en una de las commodities del capitalismo global (como ya lo es el inglés)” (2018, pp.117-118). Este aspecto será retomado en el apartado “Aproximaciones y derivas”.

de un obrar común, que ordena en última instancia a los actores sociales sobre un determinado territorio.

Pues bien, en vinculación directa con el doble proceso al que aludíamos antes —esto es: el paso de la “politización de lo social” a la “socialización de lo político”—, hacia los últimos tres lustros del siglo veinte y los dos primeros del siglo veintiuno, hubo cambios acelerados y profundos. En lo político, la correlación objetiva de fuerzas abrió paso a un nuevo orden internacional. En lo económico, la consolidación de un mercado global a raíz de la “deslocalización” de la fuerza de trabajo, el control administrativo transnacional y la producción inmaterial. En lo cultural, las nuevas tecnologías mediáticas permitieron una circulación planetaria de los bienes simbólicos. Estos cambios ya no se circunscriben a tal o cual país, sino que cruzan las fronteras nacionales. Renato Ortiz advierte que el proceso de globalización no es equivalente al de homogeneización del planeta. Por eso importa aquí distinguir entre globalización de la economía y la tecnología y mundialización de la cultura. Dice Ortiz:

Cuando hablamos de una economía global, nos referimos a una estructura única, subyacente a toda y cualquier economía. Los economistas pueden incluso mensurar la dinámica de este orden globalizado por medio de indicadores varios: los intercambios y las inversiones financieras. Se puede decir lo mismo de la tecnología, en la medida en que ella es idéntica en todo el planeta. La economía y la tecnología son globales en tanto unicidades. (2002, p.106)

En el plano cultural, sin embargo, el proceso³¹ adquiere otras características. Ortiz observa la consolidación de lo que designa como “modernidad-mundo”. Esto significa que la mundialización/globalización es simultáneamente una y diversa. Una, en tanto matriz civilizatoria cuyo alcance es planetario. A diferencia de un modelo económico en el cual las variaciones se hacen en función de los intereses en juego o de las oportunidades de mercado, “capitalismo, desterritorialización, formación nacional, racionalización del saber y de las conductas, industrialización, urbanización” (Ortiz, 2002, p.7) son rasgos compartidos por la modernidad-mundo. Pero la modernidad es a su vez diversa, puesto que cada Estado-nación actualiza de manera diferenciada los componentes de una misma matriz. La cultura se volvió una esfera de expresión de conflictos políticos y territoriales, disputas étnicas, fundamentalismo religioso. Estos cambios revisten, para su discernimiento, la forma de pares oposicionales: integración/diferencia, homogeneización/fragmentación, pluralidad/singularidad, globalización/diversidad.

Ahora bien: ¿qué sucede con el Estado, a partir de la noción de marras, en el siglo veintiuno? Desde la revolución industrial, el Estado-nación integraba la economía, la vida social y política, la comunicación y la cultura de los pueblos merced a una territorialidad propia. El proceso de globalización altera este cuadro de equilibrio. En primer término, el Estado pierde autonomía política pues una parte sustantiva del poder se sitúa en los intersticios del poder transnacional (corporaciones,

31 A este respecto, véase *Las alusiones perdidas* de Carlos Monsiváis (2007) donde el escritor ausculta el proceso de extinción de los conocimientos ubérrimos compartidos por las sociedades latinoamericanas, saberes de variada índole —históricos, mitológicos, literarios, artísticos, políticos, costumbristas— que propiciaban el diálogo público en la modernidad. A modo de lectura complementaria, se puede consultar asimismo “Tres aproximaciones a la cultura (si ésta se deja)” (Monsiváis, 2008).

bancos, G7³², Fondo Monetario Internacional). Así, la soberanía nacional se halla restringida y redefinida. En segundo término, pierde autonomía cultural. El Estado-nación no es sólo una entidad político-administrativa: es una instancia de producción de sentido (Ortiz en Altamirano, 2008). Ligado a esto, el proceso de mundialización incide sobre la propia noción de espacio como el lugar de materialización de las culturas. La globalización quiebra esta relación entre culturas y espacio físico. En palabras de Anthony Giddens (2000), el “desenclave” entre instituciones y realidad cultural aparece con la proliferación de las tecnologías de la comunicación y la información las cuales modifican tanto la concepción de proximidad y distancia cuanto de familiaridad y extrañamiento. No desaparecen las fronteras, más bien se reorganizan. Cabe añadir que hacia el interior del Estado-nación latinoamericano existe una “relativa pérdida de eficacia de las ‘estructuras estructurantes’ del ámbito público o privado que cumplían roles claves en la reproducción de la vida social” (Sidicaro, 2002, p.128). Esta crisis encuentra sus razones en la declinación de las filiaciones colectivas, el retroceso del trabajo asalariado, el deterioro de los lazos sociales, las reinvencciones de

32 El G7 es un foro político y económico intergubernamental conformado por Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Reino Unido. La Unión Europea mantiene asimismo representación política permanente. Estas potencias globales representan, aproximadamente, el 45% de la riqueza del mundo. Cabe apuntar que a este foro lo antecedió el G8, creado en 1973 e integrado inicialmente por Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Japón e Italia; en 1976, ingresó Canadá y, a posteriori, en 1997, Rusia. En 2014, como consecuencia de la anexión unilateral de Crimea por la Federación Rusa y el control ejercido por ésta sin la anuencia de la comunidad internacional, el G8 decide su suspensión.

En este marco, corresponde mencionar también la existencia del G20. En la perspectiva de algunos especialistas, es un foro de respuesta pragmático y eficaz a los *problemas globales*, como alternativa al poder ejercido por el G7. El G20 es “un auténtico y reconocible fruto de este momento histórico de transición del sistema de gobernanza global, en el que una ‘diplomacia de cumbres’ de membresía selectiva convive y compete con el multilateralismo tradicional, de representación universal de naciones, que da sentido a la ONU y a todo el sistema que ella preside” (Argüello, 2018, p.14). Así pues, el G20 habilitaría la búsqueda y el encuentro de “[...] consensos para definir instancias multilaterales que allanen la posibilidad del desarrollo, la paz y la seguridad internacionales” (Argüello, 2018, p.20) en la geopolítica instaurada por el Nuevo Orden Mundial.

los sistemas familiares, la desconfianza de la ciudadanía frente a la representación política, el declive de las expectativas en el progreso social e individual (Sidicaro, 2002). Esos son fenómenos presentes, con intensidades disímiles, en países que comparten, más allá de sus diferencias históricas, los estilos de desarrollo sociopolítico y económico propios de la modernidad occidental, sin ignorar desde luego las especificidades de sus expresiones nacionales.

Pues bien, América Latina mantiene desde el inicio un vínculo conflictivo y asimétrico con la modernidad. Esto obedece en gran medida a los diferentes modos de construcción social del sentido, a la constitución de las instituciones públicas y privadas, a la estratificación social, a las distintas formas de relación con las tecnologías de producción, almacenamiento y distribución de información en el interior de cada uno de los países de la región. Sumado a ello, y a la par de la caída de los grandes relatos que vertebraban una cosmovisión del mundo, emergió la globalización concebida sin ambages como matriz civilizadora. Lejos no obstante de ser un bloque compacto y homeostático, lo cierto es que el proceso de inserción latinoamericano en este ciclo superior del capitalismo adquirió sesgos particulares tanto en lo concerniente a la configuración de varios planos superpuestos cuanto a las estrategias socioculturales requeridas para estudiar y comprender, como se ha apuntado hasta aquí, los múltiples niveles del fenómeno.

Agenda-setting: premisa, postulados, desafíos

Cuando la investigación administrativa proclamada por la *Mass Communication Research* mostraba marcas de agotamiento, tanto en lo referido a los efectos de manipulación y persuasión

como al *two-stop flow* con sus “líderes de opinión” y sus efectos limitados, surgió en el campo mediológico una nueva corriente llamada *establecimiento de agenda* o *agenda-setting theory* cuyo sustrato teórico respondía a una disciplina sociopsicológica. Las sospechas de que aún había efectos mediados por explorar derivó en la hipótesis de que los medios masivos tenían “efectos cognitivos” de largo plazo sobre la opinión pública³³. Los investigadores descubrieron que las audiencias conocen la *relevancia de los temas* (*issues*) tratados en las noticias según el énfasis que le otorgan los medios. Bajo esta teoría, los efectos no son enteramente directos, causales y unidireccionales sino que están condicionados por múltiples factores en el marco de un proceso social complejo y dinámico.

Es posible rastrear una serie de antecedentes en el campo de las ciencias sociales y en los albores de la comunicología, cuyos primeros eslabones se remontan a la década de 1920 con trabajos valiosos de Walter Lippmann y Robert Park, hasta arribar por fin a la creación del concepto *agenda-setting*. Hemos optado por no detenernos en ese itinerario pues excede los objetivos de este artículo. Por lo demás, existe abundante documentación al

33 Recuperamos la noción de *opinión pública* planteada por Heriberto Murano como “un constructo, una categoría tan dificultosa de acotar como las clases sociales, el público o la integración social. Una aproximación posible sería definirla como la opinión de aquellos que, sin ser políticos ni periodistas profesionales, se atreven a tomar la palabra en público —ya sea en la calle, en una asamblea organizada por una asociación civil o por invitación de un medio— para proponer alguna forma de organización de la sociedad” (1998, p.91). El autor añade otra pista de comprensión: “La opinión pública no es, paradójicamente, pública sino privada. Corresponde a una masa de intercambios comunicacionales que los ciudadanos realizan cotidianamente entre sí en ámbitos tales como su lugar de trabajo, las charlas de padres en una fiesta escolar, encuentros casuales con vendedores de comercios o cenas familiares [...] Corresponderá a los procesos mentales de acopio de información y toma de decisiones que realizan los individuos en esferas de la vida cotidiana o en sus futuros ingresos al escenario polaco como electores o simpatizante de partidos políticos o movimientos sociales. La opinión pública es un diálogo de ciudadanos con otros ciudadanos o consigo mismos. Más que como un repertorio de ideologías, valores o representaciones fijas se propone imaginarla como un trabajo de generación de consensos” (1998, p.93).

respecto³⁴. Señalaremos sin embargo que a partir de la década de 1950 empezó la revisión de la “Ley de las mínimas consecuencias” (McCombs en Bryant & Zillman, 1996, p.15). En debate con la idea de que “los medios tenían efectos mínimos en las decisiones de los votantes” (Aruguete & Sánchez, 2024, pp.43-44) se planteó la noción “efectos acumulativos” de mediano y largo plazo generados por los medios. Según esta perspectiva, los contenidos transmitidos por los medios son susceptibles de filtrarse en la mente del público a partir de una sedimentación que se da aun cuando éste ignore o no preste atención de manera consciente. Por otra parte, hacia 1963, Bernard Cohen enunció la premisa de la *agenda-setting*:

[...] la prensa [...] es más que un proveedor de información y opinión. Es posible que en muchas ocasiones no alcance el fin de decirle a la gente *qué* pensar, pero su éxito es asombroso en cuanto a decirle a sus lectores acerca *de qué* pensar. De esto se desprende que el mundo luce diferente para las distintas personas, dependiendo no sólo de sus intereses personales sino también del mapa que les trazan los escritores, editores, y las compañías editoriales de los periódicos que leen. Es factible que el editor piense que únicamente está imprimiendo las cosas que la gente quiere leer, pero al solicitar de esa forma su atención, está determinando poderosamente los temas sobre los cuales pensará y hablará la gente. (En Lozano Rendón, 1996, p.148)

De esto se desprende la capacidad de los medios masivos para estructurar y organizar los conocimientos y la percepción selectiva de las audiencias. Las investigaciones de la época le atribuyeron a los medios una importancia insoslayable en el momento de seleccionar y enfatizar ciertos temas, omitir o restar importancia a otros. Maxwell McCombs y Donald Shaw advirtieron asimismo el desplazamiento de los efectos, es decir, lo

34 Cfr. Aruguete, N. (2016). *El poder de la agenda. Política, medios y público*.

que iba de las conductas, los comportamientos y las actitudes de los receptores a la existencia de “efectos cognitivos” más sutiles y duraderos. Las investigaciones pioneras de esta corriente hallaron espacio en el área de la comunicación política, más precisamente en las campañas electorales, consideradas como un laboratorio natural para el examen de los efectos mediáticos. Seguidamente, explicaremos el recorrido adoptado por dichas investigaciones.

La primera investigación empírica tuvo lugar en Chapel Hill (North Carolina) durante la elección presidencial estadounidense de 1968. McCombs y Shaw emplearon dos técnicas metodológicas: la investigación de sondeos y el análisis de contenido (Lozano Rendón, 1996). Por un lado, recogieron simultáneamente datos de la agenda de los medios y de la agenda del público. Por el otro, analizaron las principales preocupaciones de “votantes indecisos” y las correlacionaron con los temas y candidatos más destacados que aparecían en los medios de prensa, televisivos y radiales tanto locales como nacionales consultados por dichos votantes. La relevancia de los temas se midió a través de distintos indicadores, tales como la ubicación de la noticia en tapa o páginas interiores, el tamaño de la información y de los titulares, su aparición en páginas pares o impares, la apertura de sección. El análisis de contenido en medios masivos se hizo en función del orden de aparición de las noticias y el tiempo dedicado a cada una de ellas. McCombs y Shaw “[...] descubrieron que aquello que los medios seleccionan como importante y a lo que dan mayor ‘visibilidad’ luego ingresa en el conocimiento público” (Aruguete & Sánchez, 2024, p.44). La tesis central de esta primera fase deja en claro que los medios masivos son capaces de transferir la relevancia de una noticia de la agenda de medios a la agenda de la opinión pública.

En la elección presidencial de 1972, McCombs y Shaw se trasladaron a Charlotte (North Carolina) y corroboraron que la agenda mediática condicionaba a la agenda pública y no al revés. Pero además, en esta segunda fase, determinaron la existencia de “condiciones contingentes”, concebidas como un conjunto de factores que intervienen entre los medios y el público. Entre las “condiciones contingentes” relevadas, la variable más notoria — aunque no la única— es la “necesidad de orientación”. A partir de un aporte proveniente de la psicología conductista, “[la necesidad de orientación] reconoce que los individuos que se hallan en una situación desconocida se esfuerzan por orientarse” (McCombs en Bryant & Zillman, 1996, p.22). En esta línea, podríamos resaltar: cuanto mayor es la necesidad de orientación de los individuos en el ámbito de los asuntos públicos, resulta más probable que presten atención a la agenda mediática ya que esta provee un mapa de la realidad. De modo que en una campaña electoral existen dos criterios primordiales que definen el grado de necesidad de orientación: el nivel de interés del individuo en la elección y el grado de incertidumbre que preocupa a un individuo acerca de la importancia de los acontecimientos. Si el votante posee un gran interés en la elección y un alto grado de incertidumbre, o sea que tiene una gran necesidad de orientación, es pasible de ser influenciado por la *agenda-setting*. En contraste, el votante con escasa necesidad de orientación permanece expuesto a una menor cantidad de noticias sobre la campaña política y manifiesta un menor acuerdo con los avances de dicha agenda. En síntesis, la influencia de la agenda mediática aumenta proporcionalmente con la necesidad de orientación de las audiencias. En cambio cuando la experiencia personal es directa en ciertos temas, las audiencias desisten de exponerse a la agenda mediática.

Si bien la investigación data del año 1976, sería recién a mediados de la década de 1990 cuando “los investigadores observaron que los objetos (temas o candidatos políticos) poseen propiedades que los describen” (Aruguete & Sánchez, 2024, p.44-45). En otras palabras: la cobertura periodística de los temas afecta la forma en que el público piensa acerca de estos. La tesis central del segundo nivel de la *agenda-setting* estipula que los medios masivos seleccionan ciertos aspectos de los objetos con los que construyen una representación de la realidad la cual delimita al mismo tiempo la interpretación de las noticias que hacen las audiencias. El análisis de estos “atributos” dio inicio a la tercera fase de investigación. Se supo además que la opinión pública le otorga preeminencia a una perspectiva por encima de otras, encuentra ciertos factores como causantes de un asunto, desestima otros y se inclina hacia una solución de preferencia respecto de una cuestión o problema. Ahora bien, el segundo nivel incorporó a los atributos dos dimensiones diferentes. Una “afectiva”, en tanto examina las respuestas emocionales de la opinión pública; otra “sustantiva”, en tanto refiere a los aspectos sobresalientes de personas, temas u objetos mencionados entre el público o destacados en las coberturas de los medios masivos. De esta forma, el segundo nivel de análisis establece que los medios influyen en la agenda pública definiendo las imágenes que reciben las audiencias (McCombs en Bryant & Zillman, 1996). La premisa original de la *agenda-setting* en torno a la cual se sustentaba que los medios sólo establecen un repertorio de temas expandió así su alcance toda vez que la evidencia empírica demostró que los medios también generan las condiciones de posibilidad acerca de cómo pensar sobre temas, objetos y actores sociales. Por último, las audiencias se convierten así en un acontecimiento polisémico,

aunque distante del criterio candoroso pregonado por la teoría de *usos y gratificaciones* al no tomar en cuenta las relaciones de poder.

La cuarta fase de la *agenda-setting* empezó en la década de 1980, aunque tuvo su desarrollo durante la década de 1990, en el momento que los investigadores incorporaron la denominada “agenda política”. La elaboración teórica de esta tercera agenda comportaba una pregunta: ¿quién fija la agenda de los medios? De algún modo, en esta etapa los investigadores recuperaron el planteo primigenio: “[...] la transferencia de la relevancia de los asuntos públicos ¿va desde la agenda política hacia la mediática o asume el sentido contrario?” (Aruguete & Sánchez, 2024, p.45). No hay respuesta unívoca. Dirá McCombs: “Las respuestas a esta pregunta son más satisfactorias si se recurre a la venerable metáfora de ‘pelar la cebolla’” (en Bryant & Zillman, 1996, p.31). Las diferentes capas de la cebolla representan distintos niveles de influencias en la construcción de la agenda mediática. Lo cierto es que existe una competencia entre las fuentes informativas (agencias gubernamentales, organismos oficiales, corporaciones, partidos políticos) por establecer la agenda. Las fuentes informativas constituyen la materia prima de las noticias. A su vez, esta competencia es filtrada por normas informativas, criterios de noticiabilidad, rutinas productivas³⁵ e imposiciones específicas de cada formato mediático y de cada soporte técnico (McQuail, 2000).

Como se ha visto, la investigación del *establecimiento de agenda* o *agenda-setting theory* abarca cuatro fases de investigación llevadas a cabo de manera progresiva y correlativa en el tiempo. A modo de apunte final, corresponde decir que

35 Cfr. Martini, S. & Luchessi, L. (2004). *Los que hacen la noticia. Periodismo, información y poder*.

los postulados axiomáticos desprendidos de las investigaciones empíricas y destinados a explicar los contornos y encuadres de las tres agendas (mediática, pública y política) han encontrado sus límites en el siglo veintiuno y a causa de esto, paradójicamente, nuevos desafíos. Límites que obedecen tanto a la pérdida de centralidad de los medios masivos tradicionales en la opinión pública como así también a la precarización de las condiciones laborales del periodismo profesional. Desafíos a partir de la aparición de la digitalidad, entendida como proceso de diseño global político-económico y cultural, cuyo acelerado desarrollo está concitando la reconfiguración entrecruzada y simultánea de lo público (el orden de lo común mediatizado) y de lo privado (el orden de las relaciones subjetivadas).

Aproximaciones y derivas

El ejercicio que desarrollaremos a continuación está orientado a aprehender, según los recursos heurísticos antes proferidos, las tendencias propias de la reformulación crítica del *establecimiento de agenda* o *agenda-setting theory* presentes en seis ensayos pergeñados por Aníbal Ford y recogidos en los libros *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* (2001 [1994]), *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea* (1999) y *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales* (2005). El arco temporal reviste interés especial pues confluyen aquí el período donde sobresale con más vigor la invención teórica y la imaginación reflexiva del ensayista en el ámbito académico a la vez que se intensifica la trama de inserción de América Latina en una etapa de cambio del mundo, etapa que aún permanece abierta.

Los ensayos seleccionados se organizan simultáneamente en torno a dos ejes. El primero toma como base una revisión situada de la agenda mediática en el campo de la comunicación pública internacional con el objetivo de mostrar las relaciones asimétricas y conflictivas entre los países centrales y el “resto del mundo”³⁶. El segundo parte críticamente de la metáfora “aldea global”³⁷, acuñada por los utópicos de la comunicación para designar un territorio “homogéneo y orgánico” de la modernidad tardía o el capitalismo postindustrial, *locus* por antonomasia de la razón instrumental y la transmisión masiva de información.

Ford emplea el concepto *agenda crítica global o listado de problemas globales*. Vale consignar que la *agenda global* es entendida como aquella elaborada por el tercer sector, de la que surgen propuestas políticas, y cuya base de temas —conocidos como “problemas críticos globales”— no entran fácilmente en las secciones convencionales de los medios estipuladas por los géneros periodísticos. Por otro lado, los *problemas globales*

36 Este sintagma proviene de *Colors. A magazine about of rest of the world*, revista patrocinada por Benetton Group y recuperada por Ford (1999; 2005) como síntesis representativa de la matriz civilizatoria.

37 Ford registra la abundancia de este tipo de metáforas en el campo de la comunicación/cultura caracterizadas como “vehículos de orden y control social” que “[...] obtura[n] la comprensión de muchos procesos, con características especiales en América Latina, imposibles de ubicar en una homogeneización armónica” (2001a [1994], p.45). A esto opone las “contra-metáforas (de transición)” pues “la complejidad de la pobreza también suministra tecnologías, es decir invención, nuevas relaciones y modelos evolutivos” (2001a [1994], p.45). La propuesta más clara, en este sentido, la encontramos en *los nudos*, concebidos como “centros de condensación” (2001a [1994], p.56) que resquebrajan la cobertura homogeneizante propiciada por la “aldea global”. Los nudos son nombrados de la siguiente manera: la frontera y la ciudad; la ciudad y los medios; traslados y caminos; la fragmentación de los públicos; las expansiones culturales. En resumen: los nudos son una vía apta para formalizar un aporte hacia la reconstrucción material y simbólica de América Latina puesto que allí se aglutinan las preguntas por las identidades, las fronteras culturales, los sistemas de transnacionalización y los conflictos y las negociaciones con las potencias mundiales. Cfr. Ford, A. (2001a [1994]). “De la aldea global al conventillo global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización, heterogeneización y fragmentación en las culturas de América Latina”.

(*global problems*)³⁸ identificados hacia el traspaso de siglo aluden a las transformaciones que se registran a escala mundial las cuales revelan diferentes manifestaciones políticas, éticas, económicas, y también diferentes soluciones según los países o los bloques territoriales más pequeños (ciudades, municipios).

El procedimiento adoptado por Ford para el estudio de la *agenda global* consiste en someter bajo la reflexión metacomunicacional la premisa del establecimiento de agenda —los medios masivos ostentan la capacidad de seleccionar, clasificar y jerarquizar ciertos temas y relegar u omitir otros— pues, en este caso, atañen “las formas en que estos procesos se comunican, a través de qué tipo de mediaciones, cómo su información actúa en la vida cotidiana, en la política, en la opinión pública y en el imaginario social” (2000, s/d). Para ello importa el “mecanismo” de la mediación massmediática e institucional —la dinámica informativa

38 En rigor, el origen de este término debemos ubicarlo en el Informe *Los límites del crecimiento* (*The Limits of Growth*), un estudio encargado por el Club de Roma a investigadores del Massachusetts Institute of Technology (MIT). El estudio utilizó un modelo de dinámica de sistemas para analizar las tendencias globales en población, producción industrial, uso de recursos naturales, contaminación y producción de alimentos. El Informe fue publicado en 1972 y es una referencia obligada para comprender las consecuencias del crecimiento exponencial en un planeta que posee límites físicos infranqueables. En 2022, el Club de Roma dio a conocer *La Tierra para Todos: Una guía de supervivencia para la humanidad* (*Earth for All: A Survival Guide for Humanity*), un trabajo que da continuidad al tiempo que profundiza aspectos del estudio pionero. Cfr. Del Castillo, G. (2022). “Los límites del crecimiento”.

trasvasada en dinámica de comprensión comunicacional³⁹— por el cual los medios masivos —en su formato tradicional y digital— fijan temas que son percibidos como centrales por la opinión pública. El montaje/desmontaje de dicho mecanismo repara en imágenes y publicidades, propagandas políticas, programas gubernamentales, datos y estadísticas de organizaciones internacionales, capital material e inmaterial de las corporaciones multinacionales, centros de control y vigilancia.

Exponemos ahora un conjunto de anotaciones sobre los puntos de anclaje que consideramos representativos para examinar el diseño y el mecanismo de la *agenda global*:

* En “Decidir en situaciones de incertidumbre” (Ford, 2001b [1994]) lo modular gira alrededor de la democratización de los países sudamericanos toda vez que ésta se erige como instancia de producción de sentido, a partir del momento en el cual se hizo efectiva en cada uno de ellos la restitución del Estado de Derecho luego de superados los regímenes dictatoriales. Sucesivas crisis, empero, asedian a la democratización: la presión de la deuda externa, el incremento de la desocupación y la marginación social, la privatización de las instituciones educativas, científicas

39 Si bien los términos “comunicación” e “información” se suelen enunciar descuidadamente como sinónimos, no lo son. Sin incurrir en disquisiciones que nos alejen de nuestro objetivo, la información son datos, sucesos, y sus circuitos suelen coincidir expresamente con los estamentos más altos del poder. La información está incluida en el campo de la comunicación y la cultura. Ford dejó constancia de estas *palabras malditas* en “Para una epistemología de la comunicación, la cultura y la información” (2005a). A partir de los años noventa, empleó con asiduidad la noción “infocomunicación” para referir a las *industrias de lo simbólico*. En concordancia con esta línea de pensamiento, Guillermo Mastrini y Martín Becerra señalan que dicha noción es “útil analíticamente para aludir, en un mismo concepto, a todas las industrias y actividades de información y comunicación (por ejemplo, industria gráfica —libros, revistas, diarios—; industria audiovisual —televisión, cine, radio, fonográfica—; industria de telecomunicaciones, industria de informática y microinformática, etcétera) [...]” (2006, p.29). Como esquema conceptual, advierten los autores, las industrias infocomunicacionales denominan “el conjunto integrado por las industrias culturales, las telecomunicaciones e internet” (2006, p.29). Por último, ya en pleno siglo veintiuno, este proceso ha derivado hacia la *convergencia infocomunicacional* del nuevo entorno mediático-digital, lo cual compleja los vínculos entre lo material y lo simbólico.

y sanitarias (2001b [1994]). Importa sumar a esta enumeración el progresivo debilitamiento de las relaciones sociales a consecuencia del “desenclave” entre instituciones y realidad cultural, conforme avanza el desarrollo de las tecnologías de información y comunicación. Frente a este escenario de cataclismos cíclicos o ininterrumpidos, en definitiva, son las clases populares como actores de la semiosis urbana las encargadas de recuperar y articular las experiencias históricas de socialización de lo político a través de las estrategias cognitivas y perceptivas; a propósito, se ha puntualizado que “la fuerza de una cultura está en las formas en que asimila y reelabora los préstamos” (2001b [1994], p.200). A pesar de las tendencias que han instalado los medios masivos (la uniformidad de los gustos y la conversión de las decisiones de los usuarios en meros rasgos arquetípicos), se pueden rastrear asimismo ciertas huellas de la memoria cultural y de los códigos comunicativos interpersonales en la constitución de los formatos multimediales.

* En “Los medios, las coartadas del New Order y la casuística” (Ford, 2001c [1994]) surge la relación entre medios masivos y ciudadanía bajo dos enunciados posibles: por un lado, la transmisión en vivo y en directo de los problemas globales en diferentes circuitos massmediáticos a partir de la expansión de las nuevas tecnologías informativas; por el otro, la puesta en escena de la privacidad, el pasaje de lo público a lo privado —o sea: “la transformación de lo público en clave individual y privada” (2001c [1994], p.226)— mediante “casos” de gran repercusión mediática (secuestros, crímenes, violaciones) difundidos en formatos audiovisuales de “televisión verdad” (reality show, talk show, trash tv) o bien apelando a la “narrativización” de un género consolidado de la industria cultural tal como es el noticiero. Esto

adquiere relevancia en el contexto de la estratificación de las audiencias en la búsqueda de información política. Los procesos de localización junto a la descentralización-desregulación (2001c [1994]) provocan un debilitamiento del Estado-nación, todo lo cual modifica la noción misma de ciudadanía.

* En “La narración de la agenda o las mediaciones de los problemas globales” (Ford, 1999a) se recuperan los índices considerados para el análisis del estado de la población mundial agrupados en dos cuadros denominados “Perfil del sufrimiento humano” y “Debilitamiento de la trama social”, ambos pertenecientes al Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). “Los índices de ‘sufrimiento humano’ y de ‘debilitamiento de la trama social’ focalizan, fundamentalmente, el crecimiento de diversas formas de violencia y desestructuración en los países ricos o desarrollados. Son una de las caras de la ‘agenda global’” (Ford, 1999a, p.20). La cara dominante de la agenda global está constituida por las mediaciones del contexto simbólico destinada a una audiencia jerarquizada. En paralelo, existen “otros sufrimientos” sumados a los anteriores que padecen los países o las regiones pobres del mundo. Son los sufrimientos, por lo general, invisibles o escondidos; aparecen esporádicamente en un *flash* informativo o en algún documental. Los “otros sufrimientos” conforman la “agenda secundaria”, de carácter muda u oculta. En la “agenda secundaria”—también caracterizada como la “agenda muda” de la información internacional (Ford, 1999a)—opera una información tematizada de los “problemas globales” (pobreza, analfabetismo, migración forzada) pero permanece escindida de sus elementos interpretativos.

* En “La exasperación del caso. Algunos problemas que plantea el creciente proceso de narrativización de la información de interés público” (Ford, 1999b) emergen las retóricas públicas a raíz de la exhibición mediática de un *caso* —“suceso, acontecimiento, circunstancia [...] azar, casualidad [...] desgracia, suerte desagradable” (1999b, p.251)— que cobra enorme trascendencia social. “El crecimiento en los medios de la información [...] de casos [desaparición de personas, red de trata, estupro, asesinato macabro], articulados narrativamente, en detrimento de la dada o propuesta en forma macro o estructural a través de tipos de discurso informativo-argumentativos, marca nuestra sociocultura” (1999b, p.246). En esta línea, la masificación del infoentretenimiento (*infotainment*) marca un quiebre con el modelo periodístico propugnado durante la modernidad: la desfiguración de las fronteras entre lo privado y lo público y el avance sobre la privacidad de los medios como sistemas de control social, la necesidad de restablecer a los medios masivos como fuentes de credibilidad a través de la información individualizada, la preeminencia de lo narrativo por sobre lo argumentativo (1999b). A su vez, las propuestas de las instituciones del Estado y de la sociedad civil, que durante el siglo veinte tuvieron por objeto configurar el espacio público, son confrontadas por fenómenos casuísticos. Estos fenómenos, semantizados por las reglas de noticiabilidad y articulados por una gramática narrativa (en diferentes soportes —gráfica, televisión, cine, internet— y entrelazando géneros y subgéneros —crónicas policiales y judiciales, unitarios audiovisuales, cine documental, docudrama—, conforman una “serie móvil” (1999b) que se desliza por distintas secciones de la agenda. Los medios masivos detentan así la capacidad para estructurar y organizar las imágenes de la realidad y promover opiniones empleando,

en la mayoría de los casos, atributos afectivos. “En los medios, los casos tienen, casi siempre, un nivel ejemplar y modelizador” (1999b, p.246). Por ende, como parte del contrato de lectura mediático, las audiencias se formarán una opinión del caso y tomarán posición, lo que desencadenará la acción política a través de protestas y movilizaciones públicas.

* En “La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, *commodities* y seudofusiones” (Ford, 2005b) se enuncia el listado de problemas globales (*global problems*) que conforman la “agenda de macro problemas” (2005b, p.41) del siglo veintiuno. El listado no ingresó en las secciones clásicas de política, economía e internacionales; secciones que “funcionan como principales constructores de opinión pública” (2005b, p.42). Aunque sí ingresó en la agenda mediática bajo la forma del “infoentretenimiento”. Este desplazamiento discursivo en la información involucra una nueva mediación a causa de los cambios económicos en los sistemas de producción. Por un lado, el desplazamiento de los flujos simbólicos (telecomunicaciones, informática) hacia el producto bruto de los países centrales; por otro, la convergencia de empresas de información con empresas de entretenimiento. Así, los medios masivos utilizan ciertos problemas globales (migraciones, discriminaciones, racismo) representativos de la sociocultura contemporánea como mercancía o *commodities* de la *agenda global*. De ahí la constante rotación de estos temas entre las diversas secciones de los medios en clave “de casos” a través de géneros o dispositivos discursivos tales como la publicidad, la ficción, el *reality shows* y otros derivados del infoentretenimiento. Todo lo cual “produce cadenas de sentidos (relacionados con el imaginario, con los estereotipos, con los

prejuicios, con los estigmas) muy diferentes de la información de base que es necesaria para la constitución de la opinión pública” (2005b, p.49).

* En “El G8, Okinawa y la *digital divide* o la utopía comunicacional como sistema de dominio” (Ford, 2005c) la atención radica en el crecimiento exponencial del ecosistema mediático en el curso de las décadas de 1990 y 2000. Esto encuentra su fundamento en diversos episodios que van de las megafusiones y la convergencia de empresas de información y entretenimiento hasta el sitio privilegiado que ocupan las industrias infocomunicacionales en la economía mundial. Respecto a esto último, se puede mencionar el desplazamiento de los flujos simbólicos (telecomunicaciones, informática, industrias culturales) hacia el centro del producto bruto de los países más desarrollados (2005c). En razón de lo cual obra como ejemplo el tratamiento que se le otorgó al tema de la brecha digital (*digital divide*) por parte de los ocho países centrales en la reunión realizada en Kyushu-Okinawa (Japón) hacia el año 2000. Esto devino en respuesta a las protestas ocurridas un año antes en Seattle (EUA) y Washington D. C. (EUA) cuando “un grupo [antiglobalización y antineoliberal] manifestó que los países líderes estaban ignorando el impacto negativo de sus negocios y su política económica sobre la población mundial” (2005c, p.61). Hasta ese momento, las brechas infocomunicacionales y tecnológicas no habían sido tema prioritario para la *agenda global*. Finalmente, el tema fue jerarquizado en la agenda de los medios e ingresó directamente en la agenda de la opinión pública; como resultante de ello hubo la exigencia a los Estados nacionales de la creación de políticas alternativas.

Epílogo

La producción intelectual de Aníbal Ford merece ser revisitada en esta época transicional del capitalismo postindustrial. Con esa intención hemos procurado reponer claves de lecturas pues consideramos que a partir de ellas se suscitan conceptos y proposiciones epistémicas para discurrir finalmente sobre las vertiginosas (y profundas) transformaciones a las que está siendo sometida la escena contemporánea. Hemos situado asimismo el trayecto reflexivo en la línea de abordaje “intervención política, cultural y/o comunicacional” en tanto red de tensiones culturales y contingencias políticas cuyo estatuto referencial está dado por las posibilidades que concede un proyecto comunicacional.

El campo de la comunicación/cultura resulta un espacio significativamente propicio para reflexionar en torno a los obstáculos y las restricciones que impone el Nuevo Orden. En este sentido, la recuperación de las tradiciones teóricas por parte de los investigadores conlleva un riesgo que se erige a la vez en una beneficiosa apuesta. Por un lado, evitar el traslado mimético de una teoría y convertirla rápidamente en un fetiche explicativo (reflejo sintomático que aún subsiste en algunas zonas del campo) de cuanto acontecimiento ocurre en la esfera social; por otro, reconocer la genealogía de toda tradición y asumir las condiciones del contexto de recepción para interpretar y reelaborar los postulados axiomáticos. Bajo este dominio, Aníbal Ford recuperó la corriente denominada *establecimiento de agenda* o *agenda-setting* para convertirla, a través de la reformulación crítica, en otra noción a la cual definió como *agenda global*. Su análisis abrevó en varias disciplinas, entre otras la sociología de la cultura, la economía política de medios, la teoría del periodismo, la semiótica

y la antropología simbólica. A esto cabe agregar que su trabajo se vio enriquecido —a nuestro juicio— por la incorporación de la dimensión meta-comunicativa; dimensión que nos recuerda, a falta de un objeto de estudio prístino, las particularidades sobre las que se sostienen (y encuentran fundamento) las prácticas sociales de comunicación.

Hay en América Latina un campo de problemas críticos: la violencia, la marginación, el retroceso del trabajo asalariado, la desigualdad en el acceso a los bienes materiales y simbólicos, la migración forzada, la deuda externa. Esos temas permanecen ocultos (o solapados) en la mediación massmediática. La visibilización en la agenda de la opinión pública se da en la mayoría de las ocasiones mediante artificios propios de la narrativización y la cultura del entretenimiento. En la contemporaneidad esos artificios son exacerbados hasta el paroxismo en razón de la fragmentación de base algorítmica que propicia el entorno digital. El otro aspecto que importa resaltar es el grado de progresión geométrica de la opacidad de la información política y económica. Paradójicamente, esta opacidad se vuelve “perceptible” para las audiencias en el mismo momento en que la agenda política parece mostrarlo todo. Para finalizar, el panorama reporta un último aspecto (aun más intrincado) cuando espulgamos la presencia de nuevas aristas promovidas por la economía de plataformas como modelo de control de mercado y (primordialmente) de vigilancia y control social. En todos los casos, retornar la mirada reflexiva sobre los elementos conceptuales involucrados en el diseño de la *agenda global* será siempre un instrumento útil (y necesario) para estudiar esta región del mundo.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. (Director) (2008). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Paidós.
- Agüello, J. (2018). *¿Quién gobierna el mundo? El rol del G20 en el nuevo orden mundial*. Capital Intelectual.
- Aruguete, N. (2016). *El poder de la agenda. Política, medios y público*. Biblos.
- Aruguete, N. & Sánchez, S. Agenda. En De Charras, D.; Kejval, L. & Hernández, S. [coordinadores] (2024). *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación* (pp.43-47). Taurus.
- Bobbio, N. (1996). *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. FCE.
- Caletti, S. (2019). *Ariadna. Para una teoría de la comunicación*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Del Castillo, G. (2022). “Los límites del crecimiento”. En el diario La Nación. Enlace: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/los-limites-del-crecimiento-nid13052022/>
- Di Tella, T. (Supervisor) (2004). *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Ariel.
- Ford, A. (1999a). La narración de la agenda o las mediaciones de los problemas globales. En *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea* (pp.17-92). Norma.
- (1999b). La exasperación del caso. Algunos problemas que plantea el creciente proceso de narrativización de la información de interés público (en colaboración con Fernanda Longo). En *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea* (pp.245-287). Norma.
- Ford, A. (2000). *Cuaderno*, mimeo, s/d.
- Ford, A. (2001a [1994]). De la aldea global al conventillo global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización, heterogeneización y fragmentación en las culturas de América Latina. En *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* (pp.42-64). Amorrortu editores.

- (2001b [1994]) Decidir en situaciones de incertidumbre. En *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* (pp.195-204). Amorrortu editores.
- (2001c [1994]). Los medios, las coartadas del New Order y la casuística. En *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* (pp.218-231). Amorrortu editores.
- Ford, A. (2005a). Para una epistemología de la comunicación, la cultura y la información. En *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales* (pp.109-113). Norma.
- (2005b). La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, *commodities* y seudofusiones (en colaboración con Mara Leonardi y Francisca Hollmann). En *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales* (pp.41-58). Norma.
- (2005c). El G8, Okinawa y la *digital divide* o la utopía comunicacional como sistema de dominio (en colaboración con Mara Leonardi). En *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales* (pp.59-72). Norma.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus.
- Lozano Rendón, J. (1996). El análisis de cultivo y el establecimiento de la agenda. En *Teoría e investigación de la comunicación de masas* (pp. 147-155). Alambra Mexicana.
- Martini, S. & Luchessi, L. (2004). *Los que hacen la noticia. Periodismo, información y poder*. Biblos.
- Mastrini, G. & Becerra, M. (2006). *Periodistas y Magnates. Estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*. Prometeo.
- McCombs, M. (1996). Influencia de las noticias sobre nuestras imágenes del mundo. En Bryant, J. & Zillman, D. [Compiladores]. *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías* (pp.13-34). Paidós.
- McQuail, D. (2000). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Paidós.

- Monsiváis, C. (2008). Tres aproximaciones a la cultura (si ésta se deja). *Nexos*, 30 (362). Enlace: <https://www.nexos.com.mx/?p=12484>
- Monsiváis, C. (2007). *Las alusiones perdidas*. Anagrama.
- Muraro, H. (1998). ¿Por qué, además, la opinión pública?. En *Políticos, periodistas y ciudadanos. De la videopolítica al periodismo de investigación* (pp.82-126). FCE.
- Ortiz, R. (2002). *Otro Territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).
- Sidicaro, R. (2002). *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en Argentina (1989-2001)*. Eudeba.
- Tabarovsky, D. (2018). Memoria de la lengua. En *Fantasma de la vanguardia* (pp. 99-120). Interzona.
- Telefónica (2011). Informe Anual (s/p). Enlace: <https://www.telefonica.com/es/accionistas-inversores/informacion-financiera/historico-de-informes-anuales/2011/>

Intervención escrituraria en el marco de la continuidad pedagógica

Emiliano Díaz
Ernesto Elorza
M. Gabriela Gasquez
Maximiliano Gaitán

I- Introducción

En este artículo⁴⁰ nos proponemos discutir las nociones de escritura e intervención como formas de la producción cultural. La reflexión está centrada en la relación entre las dimensiones académico-institucional, profesional y política, y los acontecimientos que tuvieron lugar en la universidad pública en el marco de la emergencia sanitaria.

Para ello consideramos tres textos que fueron difundidos en el ámbito de la Universidad Nacional de San Luis durante los meses de marzo, abril y mayo de 2020. El primero es un documento de gestión denominado “Informe sobre el estado de situación en relación al trabajo académico no presencial en la Facultad de Ciencias Humanas (UNSL)”⁴¹ (31 de marzo de 2020). Este enuncia las primeras medidas tomadas por las autoridades de la institución, rescata a su vez algunos testimonios de estudiantes y docentes respecto al trabajo académico no presencial y, a partir de allí, pone de manifiesto las estrategias a implementar. Los otros escritos responden al género ensayo y se titulan: “Emergencia sanitaria en el ámbito universitario: intervención comunicacional

40 El escrito recupera la ponencia presentada en el XVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIC) en conjunto con la Federación Argentina de Carreras de Comunicación (FADECCOS). El Congreso tuvo lugar en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en septiembre de 2022.

41 Enlace al documento: <https://drive.google.com/drive/folders/1ZTdJapEtEKv-yeOUDBA4kgs32Y9n-jbqS?usp=sharing>

como utopía integradora” (3 de abril de 2020) y “Apreciaciones acerca de la continuidad pedagógica: dinámica y política de la tecnología y lo virtual en la universidad pública”⁴² (21 de mayo de 2020). Ambos sitúan la problemática en torno a las definiciones y medidas políticas tomadas por el Estado Nacional, en particular por la Secretaría de Políticas Universitarias, analizan los procedimientos y mecanismos institucionales y el sentido de la continuidad pedagógica, así como la incorporación de la dimensión técnica de lo virtual (Ferrer, 2011) bajo la forma de una respuesta posible a la emergencia sanitaria.

Para realizar el análisis aludimos, en una primera instancia, a la propuesta elaborada por Roland Barthes en tanto nos permite reconstruir los regímenes de sentido y dar cuenta de los procesos de naturalización que se desprenden del documento institucional y de su puesta en circulación en el ámbito educativo universitario. En una segunda instancia, interesa interrogar el carácter académico-político de los ensayos mencionados desde las categorías de escritura e intervención.

De este análisis surge una reflexión sobre las dimensiones que se jerarquizan en el ámbito académico-institucional al momento de definir los procedimientos que “garantizan” la continuidad pedagógica. A partir de esta reflexión nos interrogamos en torno a las implicancias de la escritura como intervención política en el ámbito académico.

42 Para una lectura de estos artículos remitimos a la coda de la presente edición.

II- UNSL. Dimensiones académico-institucional y política

Entendemos que la dimensión académico-institucional puede ser comprendida a partir de dos órdenes interrelacionados: el orden académico y el orden institucional y su estructura burocrático administrativa. En el caso de la UNSL podemos reconocer en sus normativas⁴³ dos instancias político-organizativas de máxima autoridad institucional con funciones disímiles: la Asamblea Universitaria⁴⁴ y el Consejo Superior, que son las instancias de máxima autoridad institucional. De estas se conforman dos núcleos organizativos con jerarquías diferenciales: uno, bajo la órbita del Rectorado, donde se reúnen una serie de secretarías, departamentos e institutos; y otro, donde constan unidades académicas con sus formas organizativas particulares tales como las Facultades y la Escuela Normal.

43 Mencionamos los documentos institucionales consultados para este escrito: Estatuto Universitario (2018). “Título IV. Estructura y Título V. Gobierno”, ordenanza R. N° 7/13 y 5/15 [Estructura administrativa de la UNSL], ordenanza A.U N° 2/12 [Creación de Facultades], ordenanza CS N° 7/13 [Régimen Departamental] y ordenanza CS N° 13/93. [Formación de áreas curriculares].

44 Respecto a los alcances de la Asamblea Universitaria, transcribimos el artículo 78 del Estatuto Universitario (2018): “Son atribuciones de la Asamblea: a) Modificar el Estatuto en reunión convocada especialmente, cuya citación debe indicar expresamente los puntos a considerarse para la reforma. Toda modificación requiere para su aprobación el voto de los dos tercios de las personas presentes. Este número de votos no puede ser nunca inferior a la mitad del total de integrantes de la Asamblea. b) Decidir sobre la renuncia del Rector o Rectora y Vicerrector o Vicerrectora. c) Separar de sus cargos al Rector o Rectora, Vicerrector o Vicerrectora, o a cualquier integrante del Consejo Superior, en sesión especial convocada al efecto. d) Decidir la creación de nuevas Facultades y otros Establecimientos Educativos o la modificación fundamental de los existentes. Se requiere el mismo número de votos que establece el inc. a). e) Ratificar la intervención a Facultades dispuesta por el Consejo Superior, para lo cual se requiere la misma mayoría indicada en el inc. a). La Decana o Decano y quienes integren el Consejo de la Facultad intervenida tendrán voz, pero no voto, en dicha Asamblea. La negativa expresa de ratificación significa el levantamiento de la intervención y la restitución del Gobierno de la Facultad a sus autoridades anteriores. f) Reglamentar el orden de sus sesiones. Mientras no lo haga, se aplica en lo pertinente el reglamento interno del Consejo Superior”.

Nuestro estudio se centra en la Facultad de Ciencias Humanas, que está constituida por tres departamentos: Educación y Formación Docente, Artes y Comunicación⁴⁵. En este contexto, la intervención escrituraria que analizamos se inscribe en una trama institucional con una burocracia que articula ciertas particularidades que complejizan el sentido de esas intervenciones. Quienes participamos de ese acontecimiento reconocemos un espacio de enunciación académico y de formación profesional, constituido por carreras pertenecientes al campo de la comunicación, el periodismo y la producción de radio y televisión. Desde el rol de docentes investigadores realizamos esas intervenciones en un contexto particular de emergencia sanitaria, en el cual la dinámica institucional descrita tuvo su desempeño específico. Como bien se advierte en el primer documento que analizamos, la situación de emergencia sanitaria puso en suspenso gran parte de esa dinámica institucional, a la vez que habilitó de manera circunstancial nuevos modos de funcionamiento en virtud del mecanismo de continuidad pedagógica. Esta premisa impuso una lógica selectiva del régimen académico, institucional y de gobierno bajo un orden virtual con escasos recursos técnicos. Este escenario estuvo regulado por protocolos circunstanciales y pautas de funcionamiento que verticalizaron la toma de decisiones durante ese proceso. Si bien esa dinámica dejó secuelas que aún prevalecen, este escrito recupera lo acontecido entre los meses de marzo y mayo de 2020.

45 Mencionamos las carreras vigentes hasta el momento de redacción del artículo. *Departamento de Educación y Formación Docente: Profesorado Universitario en Letras, Profesorado en Educación Especial, Profesorado de Educación Inicial, Licenciatura en Educación Inicial, Profesorado en Ciencias de la Educación, Licenciatura en Ciencias de la Educación y Ciclo de Complementación Curricular de Licenciatura en Educación Especial.

*Departamento de Comunicación: Licenciatura en Comunicación Social, Licenciatura en Producción de Radio y Televisión y Licenciatura en Periodismo.

*Departamento de Artes: Profesorado Universitario en Música Popular Latinoamericana y Técnica Universitaria en Producción Musical.

Importa examinar, a continuación, la intervención escrituraria como forma posible de la producción cultural en el contexto de un orden institucional alterado por la emergencia sanitaria. De este modo buscamos dar cuenta de las posibilidades analíticas que se desprenden de la línea denominada la producción cultural como intervención política, cultural y/o comunicacional.

III- Aspectos teóricos-analíticos

El objeto de reflexión surge a partir de la lectura y el análisis de tres piezas textuales que responden a diferentes registros. Para ello, nos abocamos a identificar los conceptos teóricos que guían el trabajo de análisis. A saber: sentido, texto e interpretación.

Para Roland Barthes (cfr. 1997), el sentido puede inscribirse en diferentes objetos y ello supone, por lo menos, la vinculación entre un significante y un significado; relación que define la coordenada simbólica de todo proceso de significación. Dicho proceso se construye mediante relaciones de intercambio que se establecen por semejanza (en cuanto a la naturaleza constitutiva del signo) y diferencia (en cuanto a la vinculación entre signos en la cadena sintagmática). En este marco de pensamiento, el momento de la semantización no está contenido en el texto ni responde a la intención del autor sino que se construye en el instante en que un objeto es producido y consumido.

Por otra parte, el sentido es, para Barthes (cfr. 2003a), siempre un hecho de cultura. Entendiendo esto a partir de la existencia y el reconocimiento de una comunidad de hablantes, de su inscripción histórica y su oposición con la idea de naturaleza. A su vez, el sentido aparece también como un producto de la cultura que es

naturalizado⁴⁶, proceso que se define como “una coartada con que se ampara una mayoría social: lo natural es una legalidad. De donde se desprende la necesidad crítica de hacer aparecer la ley que está detrás de esa naturalidad, y, según la fórmula de Bretch, ‘detrás de la regla, el abuso’” (Barthes en Simón, 2012, p.116).

En cuanto a la noción de texto, aludimos que

[...] no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico, en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura. (Barthes en Simón, 2012, p.163)

Así, el texto está formado por escrituras múltiples que establecen un diálogo, entretejido de citas, de referencias, lenguajes culturales (cfr. 2012). Desde esta perspectiva, cada uno de los textos que integran nuestro corpus no serán abordados aquí como una unidad en sí misma.

Para llevar a cabo la tarea de interpretación textual precisamos, en una primera instancia, reconocer la coexistencia de los tres regímenes antropológicos del sentido que desarrolla Barthes en “Una problemática del sentido” (2003): monosemia, polisemia y asemia. En cuanto al primero, se trata de un régimen centrado en la idea y el reconocimiento de un único sentido, pues “presuponemos que no hay más que un solo sentido, nos declaramos en cierto modo cerrados, sordos o ciegos ante el símbolo” (Barthes, 2003, p.48). De acuerdo al planteo del autor, es posible encontrar este ordenamiento en formas institucionales cuyo riesgo supone negar

46 Para ampliar este tema recomendamos la lectura de *Mitologías* de Roland Barthes (2003) y el apartado “Serie I. La Semiología como desnaturalización”. En *Las Semiologías de Roland Barthes* de Gabriela Simón (2010)

la existencia de otros sentidos. El segundo concepto refiere a tres formas diferentes:

En primer lugar, la versión en cierto modo arcaica, etnológica, de la polisemia o del simbolismo, de la simbología en el sentido pleno del término: todas esas sociedades míticas para las que todo es significativo. [...] En segundo lugar, el régimen de la polisemia jerarquizada, es decir, de los modos de pensamiento que aceptan la idea de que un signo tiene varios sentidos, pero piensan que de todos esos sentidos hay sin embargo uno privilegiado, que es el verdadero. [...] La tercera forma posible la constituyen los regímenes de sentido que admiten la interpretación, el derecho de interpretar el signo: es, por lo tanto, la forma de polisemia que las sociedades laicas, racionales, se permiten. (Barthes, 2003, pp.49-50)

Finalmente, el tercer régimen denominado asemia remite a la ausencia del sentido, a la exención; el vacío sería “como una lengua que solamente existe por su sintaxis, y no por su léxico” (Barthes, 2003, p.51). En esta concepción resulta significativo pensar el trabajo de destrucción de lo legible.

En síntesis: la tarea de interpretación que nos proponemos realizar admite la coexistencia de diversos sentidos, ninguno de los cuales puede definirse como un universal.

IV- Propuesta analítica

A partir de lo expuesto nos abocamos, en una primera instancia, a delimitar y precisar los sentidos que se advierten en el documento titulado “Informe sobre el estado de situación en relación al trabajo académico no presencial en la Facultad de Ciencias Humanas (UNSL)”. En una segunda instancia, interrogamos el

carácter académico-político, desde las categorías de escritura e intervención, de los ensayos titulados “Emergencia sanitaria en el ámbito universitario: intervención comunicacional como utopía integradora” y “Apreciaciones acerca de la continuidad pedagógica: dinámica y política de la tecnología y lo virtual en la universidad pública”.

Documento institucional y sentidos

El Informe de la Facultad de Ciencias Humanas buscó dar cuenta del estado de situación y justificar las medidas tomadas por las autoridades de la institución. Este fue presentado como informe de gestión y circuló vía correo electrónico mediado por los Departamentos y las Comisiones de carrera.

A partir de la lectura y análisis del escrito institucional reconocemos, en una primera instancia, la configuración de cuatro órdenes: estado de situación, trabajo académico, el orden de lo vincular y las estrategias de investigación.

En cuanto al orden denominado estado de situación aparece asociado al “momento histórico particular” y a un marco institucional que se define a partir del reconocimiento de algunos actores e instancias académicas intervinientes. Entendemos que la jerarquización de coordenadas para pensar un estado de situación habilita el orden del decir al mismo tiempo que configura un sentido de realidad y consecución de sus efectos. En diálogo con esta definición, el Informe acota la construcción de la realidad contextual que presentaba el aislamiento preventivo y obligatorio al ámbito educativo-universitario y a la dimensión pedagógica de la actividad académica inmediata. Todo ello enunciado bajo la consigna de lo excepcional y transitorio. De esta manera, el documento configura una “nueva cotidianeidad” y un “marco de

certidumbre” que no reconoce ciertos factores constitutivos de un estado de crisis que trasciende el punto de vista pedagógico. En síntesis, el riesgo de esta operación discursiva y su efecto de realidad conlleva la negación del acontecimiento histórico, su incertidumbre y complejidad. Asimismo, clausura otras lecturas y naturaliza un estado de situación que estructura una dinámica académica particular.

Respecto al trabajo académico en una institución de educación pública superior, reconocemos –tal como lo prevé el Estatuto de la UNSL (art. 31, p.5, 2018)– funciones de docencia, investigación y/o extensión y de gobierno. Consideramos que este conjunto de tareas requiere una dinámica laboral que precisa la permanencia en la institución, la participación en diferentes instancias y la articulación de estas funciones orientadas a sostener el sentido académico-político de la universidad pública. En la UNSL, la emergencia sanitaria operó como determinante del quehacer universitario. En esta línea, el Informe dio lugar a una concepción de trabajo no presencial y configuró una organización del tiempo y un sentido de lo pedagógico definido en términos de “sincronía/asincronía” y “vinculación/contacto”. Entre las variables enunciadas como “aspectos negativos” se alude a las condiciones materiales y a la falta de capacitación para la enseñanza virtual. No obstante, en un contexto presentado como excepcional y contingente, el diagnóstico propositivo ubica a la “continuidad pedagógica” en el orden de lo realizable a partir de la simulación de un “marco de certidumbre”.

Por otra parte, la “continuidad pedagógica” se traduce además en el orden de lo vincular, como un valor profesional y humano que posibilita el sostenimiento de la tarea académica. Destacamos la doble valoración asociada al vínculo que aparece en el Informe.

Por un lado, en términos de funciones del lenguaje⁴⁷, su “aspecto positivo” remite a mantener activo el canal de comunicación, dar lugar al contacto; por otro lado, definido en términos de presencialidad adquiere una connotación negativa dada por su imposibilidad. En el plano institucional, esto da lugar a un proceso de asimilación que jerarquiza el orden del contacto mediado por dispositivos tecnológicos y soslaya el orden de lo presencial como constitutivo de todo proceso de construcción de relación.

Por último, las estrategias de investigación empleadas en el Informe obedecieron a una selección y jerarquización de fuentes primarias y secundarias⁴⁸, las cuales se realizaron a partir de bases de datos y entrevistas. Todo ello organizó el documento en torno a lo cual se elaboró un diagnóstico y se definieron un conjunto de medidas pedagógico-institucionales. Es un escrito que se realizó a dos semanas de decretada la emergencia sanitaria y cuyo formato respondió a parámetros legitimados por la investigación en ciencias sociales. Desde allí se instituyó un escenario académico que limitó las posibilidades de representación de lo real. En esta línea, se advierte la conformación de la tríada método-datos-cuantificación que contribuyó a crear un sentido de objetividad

47 Roman Jakobson propone investigar el lenguaje a partir de la variedad de sus funciones (funciones conativa, poética, referencial, emotiva, fática, metalingüística). Aquí recuperamos, de manera puntual, la función fática que alude al contacto y “que puede patentizarse a través de un intercambio profuso de fórmulas ritualizadas, en diálogos enteros, con el simple objeto de prolongar la comunicación” (1984, p.356).

48 El documento institucional que opera como informe de estado de situación se estructura a partir del relevamiento de datos y de las estrategias institucionales a implementar. Recupera dos tipos de fuentes, las cuales son ordenadas en el texto de la siguiente manera:

Fuentes secundarias: registros vinculados al dictado de asignaturas correspondientes al primer tramo del ciclo lectivo 2020 ofrecidos por comisiones de carrera y planes docentes de los departamentos e informes del área de ingreso que describen las poblaciones estudiantiles que ingresaron en el año 2020 en las diversas carreras de la FCH UNSL.

Fuentes primarias: entrevistas a una muestra de ciento veintiséis actores institucionales constituida por cincuenta y tres (53) estudiantes ingresantes, treinta y siete (37) estudiantes de segundo a último año de las distintas carreras y treinta y seis (36) docentes de la FCH. Todos están llevando a cabo tareas vinculadas al trabajo académico no presencial. (Informe FCH, 2020, p.3)

en el proceso de investigación. De este modo, se instaló un efecto de verdad y un sentido de realidad que encontró argumentos para justificar la continuidad pedagógica y la implementación de un conjunto de medidas institucionales.

Escritura e intervención

En diálogo con la escritura como forma de intervención, recuperamos los textos titulados “Emergencia sanitaria en el ámbito universitario: intervención comunicacional como utopía integradora” y “Apreciaciones acerca de la continuidad pedagógica: dinámica y política de la tecnología y lo virtual en la Universidad Pública” en tanto proponen una manera de asumir la producción escrituraria en tiempo de crisis. Sendos textos circularon a través de las listas de correos vinculados al Departamento de Educación y Formación Docente, al Departamento de Comunicación y a la Asociación de Docentes Universitarios (ADU) y, por otro lado, en redes sociales de carácter virtual.

Cabe destacar que la asociación entre escritura e intervención no es ajena al campo de estudio de la comunicación en América Latina. Reconocemos que en diferentes momentos históricos esta asociación posibilitó procesos de debates y desnaturalización, como así también el surgimiento de una producción cultural que trascendió las fronteras disciplinares.

Durante los años 1960 y 1970, se pasó de aportes investigativos en el plano comunicacional y mediático vinculados a la Mass Communication Research a una vertiente estructural-semiótica, cuya contribución mayor fue la crítica ideológica. Estas grandes líneas dotaron al incipiente campo de la comunicación de debates, confrontaciones y antagonismos, los cuales hacían presumir

de fundamentos epistemológicos, teóricos, metodológicos e ideológicos recortados en modelos de comprensión diáfanos (cfr. Díaz et al, 2021).

En la Argentina resultó particularmente significativa la década de 1970, en tanto el trabajo intelectual como tarea de intervención se inscribió en proyectos grupales (revistas, asociaciones, centros de estudio) de carácter independiente, nacidos en muchos casos como modulaciones de la propia práctica intelectual y política. En este escenario, en el que la vinculación con el mundo universitario resultaba periférica u ocasional, la escritura fue central para la puesta en circulación de las ideas y la concreción de propuestas político-culturales.

Respecto a la circulación de las ideas en el ámbito académico, advertimos un desplazamiento de las líneas históricas del campo. De este modo el proceso de escritura comenzó a estructurarse a partir de la delimitación de canales de circulación, una estandarización de géneros, formatos y estilos, un sistema de validación, una agenda de temas y perspectivas en consonancia con los sesgos epocales. Todo ello configura un estatuto del saber y procesos de reconocimiento y subjetivación. Entendemos que esta disposición trae, como consecuencia, un efecto progresivo de despolitización en el dominio institucional-académico.

En el contexto epidemiológico que habilitó las intervenciones escriturarias, la despolitización acentuó la fragmentación de los análisis (cfr. Mangone, 2004) y universalizó un sentido particular del trabajo académico centralizado en el optimismo tecnológico. Desde allí se sostuvo la continuidad pedagógica y se estableció una sumisión voluntaria.

En el trabajo académico esto se tradujo en una reconfiguración de las coordenadas espacio-temporales que, por un lado, instituyó

modos de encuentros y concepciones de relación y, por el otro, dio lugar a un ejercicio del pensamiento que permitió cuestionar las dinámicas institucionales. En los dos escritos el eje de discusión buscó trascender lo institucional-académico toda vez que se orientó hacia lo histórico-ideológico del escenario analizado. Esto es, poner en discusión la “continuidad comunicativa” (Breton, 2000) como ideología de época. De esta manera, la propuesta escrituraria pretendió tensionar lo permanente de la escritura con lo efímero de lo virtual, la temporalidad administrativa de la gestión con la materialidad de las ideas, la descontextualización de la comunicación como acto informativo con la comunicación como un espacio de producción cultural.

Desde nuestro marco referencial, el análisis se sitúa como intervención política, cultural y/o comunicacional que destaca el sentido de las ideas y sus contextos de inscripción, las posibilidades de transformación y el surgimiento de posibles escenarios alternativos a lo dado como definitivo y universal.

En síntesis, la situación de pandemia y la reconfiguración de los modos de producción social propiciaron un ordenamiento del sentido en el ámbito académico que osciló entre la tendencia a la universalización de lo posible y el régimen de una polisemia jerarquizada. En este marco, la escritura devino en un acto de intervención como puesta en discusión del régimen y ordenamiento del sentido que se configuró a partir del documento institucional y el conjunto de medidas que se implementaron en la UNSL. Consideramos que el alcance de la intervención trasciende la idea de la escritura en su vertiente instrumental y se sostiene en el trabajo de articulación de la perspectiva comunicación/cultura (cfr. Schmucler, 1997). Es decir, el reconocimiento y la coexistencia de las dimensiones ética, simbólica, material y espiritual.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (2003a). Una problemática del sentido. En *Variaciones sobre la escritura* (pp.43-63). Paidós.
- Barthes, R. (2003b). *Mitologías*. Siglo XXI.
- Breton, Ph. (2000). *La utopía de la comunicación*. Nueva Visión.
- Díaz,E.; Elorza, E.; Gaitán, M.; Gasquez, M.G. & Salinas, M. (2021). Estudios de comunicación en Argentina. *Revista Umbrales*, (1), 1-16. <http://dptocomunicacion.unsl.edu.ar/index.php/umbrales/article/view/8/3>
- Ferrer, Ch. (2011). *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo*. Ediciones Godot.
- Jakobson, R. (1984). Lingüística y poética. En *Ensayo de lingüística general* (pp.347-395). Ariel.
- Mangone, C. (abril, 2007). Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural. En *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, (2), 77-87.
- Schmucler, H. (1997). La investigación (1982): un proyecto de comunicación/ cultura. En *Memoria de la comunicación* (pp.145-151). Biblos.
- Simón, G. (2010). Serie I. La Semiología como desnaturalización. En *Las Semiologías de Roland Barthes* (pp.33-51). Alción Editora.
- Simón, G. (Directora) (2012). *El vocabulario de Roland Barthes*. Comunicarte.

Coda

I- Emergencia sanitaria en el ámbito universitario: intervención comunicacional como utopía integradora

En este escrito nos proponemos caracterizar el “estado actual de la emergencia”, establecer un punto de partida y exponer algunas consideraciones.

La “emergencia”, como situación intempestiva, adquiere otro matiz cuando se la establece como estado de hecho, como continuidad y como desafío para un modo de vida que, de por sí, teme al accidente y a lo escasamente previsible. Incluso se puede caracterizar a la emergencia como el surgimiento de algo inesperado, repentino, de ciertas circunstancias que nos obligan a tomar decisiones inmediatas.

Por su parte, el “estado actual” remite a una sociedad organizada, en términos civilizatorios, bajo el signo del capital y anclada en la órbita del Estado moderno. Allí reside un mecanismo que entiende lo imprevisto como aquello necesario a ser conjurado, a ser dirimido lo más presurosamente posible en tanto accidente; debe permanecer como tal el menor tiempo posible.

En esas condiciones iniciales conviene advertir que la emergencia por Covid-19 es una afectación al modo de socialización “tradicional” mediado por las instituciones formales, con su estructura, funciones, normas y estamentos. Ese orden institucional es el que está capacitado, en tiempos de “normalidad”, para formular y establecer políticas, regular las actividades y administrar el Estado.

Ahora bien, no se puede avanzar sin antes reconocer que el Estado argentino, como cualquier otro en situación de emergencia, ha tenido la capacidad de tomar medidas e intervenir sobre ciertos aspectos de la socialización. Sustancialmente, el Gobierno Nacional adoptó una medida: decretó el aislamiento social, preventivo y obligatorio (DECNU 2020-297-APN-PTE). El carácter de esta medida dispuso un mecanismo de control social (Gilles Deleuze) operante sobre la proximidad y la ubicuidad espacio-temporal de la ciudadanía en su conjunto; consecuentemente, se dispuso una intervención tecno-comunicacional sobre la producción y el intercambio simbólico anclado al sistema productivo de la sociedad, teniendo como destinos principales las actividades de los medios de información y de la educación. Por su parte, esa capacidad del Estado queda restringida a la situación actual de emergencia, se limita a ella, y dista mucho del proceso formal (institucional-burocrático) para establecer una política. Se está en el orden de las “intervenciones necesarias” y por lo tanto se debe considerarlas como tal.

Hablar de intervención tecno-comunicacional, y no de política, implica reconocer la concepción comunicacional que opera en los procesos institucionales y en las regulaciones que se están llevando adelante en este momento, en particular, en el marco de las instituciones universitarias. Así, la idea de intervención evidencia la jerarquización de los modos de comunicación dominantes; se trata de una centralidad otorgada a las tecnologías, a los procesos de virtualización, a la demanda de innovación, a la capacitación profesional y a la alfabetización digital. Todo ello sintetiza una concepción comunicacional como utopía integradora, teniendo como eje un optimismo tecnológico (Héctor Schmucler) que rompería con la inercia burocrática y favorecería la transformación de la enseñanza y el aprendizaje. Por el contrario, esto no hace

más que acentuar el proceso orgánico como mito y metáfora del capitalismo, sostenido durante esta etapa en un régimen laboral asociado a la masificación técnica. Cuando se habla de trabajo virtual, usualmente se recuperan experiencias de universidades cuyo contexto resulta disímil al local.

Sujetos, prácticas, currículas, asignación y distribución del presupuesto material y simbólico apuntarían de manera engañosa a tener su correlato en un contexto y en otro.

A partir del decreto antes mencionado, el Ministerio de Educación de la Nación definió la continuidad del proceso de enseñanza-aprendizaje de manera virtual para todos los niveles educativos. Esta medida fue adoptada por las Universidades Nacionales en el marco de su autonomía. Esto provocó que en todo el territorio argentino, y particularmente en las cincuenta y siete Universidades del sistema público de educación superior, esa definición se replicara con un profundo grado de dispersión y disparidad.

Cabe resaltar que, más allá del discurso integrador que propone la medida, ella no jerarquiza un análisis sobre la formación particular del trabajo virtual circunstancialmente requerida al cuerpo docente. Así como tampoco contempló la heterogeneidad, asimetría, fragmentación y desigualdad que existe no sólo entre las Universidades sino entre las diferentes unidades académicas de una misma institución respecto a la infraestructura tecnológica necesaria. Se menciona en este caso la infraestructura para aludir no únicamente a aquella que debería garantizar la institución educativa al sector docente, sino que resulta imprescindible conocer el acceso y la participación de los propios estudiantes para concretar un proceso de esta magnitud.

En esta línea, es importante señalar también que las condiciones materiales de estudio y enseñanza son relevantes para analizar y evaluar todo proceso educativo en el cual están involucrados docentes y estudiantes. De esta manera, los recursos materiales para acceder a una óptima conectividad y a los dispositivos de calidad pasan a ser un factor excluyente y no integrador.

Esta concepción comunicacional operante, definida como utopía integradora, puede adquirir una forma singular en el plano educativo. La práctica docente, a diferencia de otras actividades y campos laborales, se desarrolla en una espacialidad y temporalidad que tiende a expandir ambas coordenadas. En cuanto al tiempo, porque el alcance del trabajo docente rara vez coincide con el crédito horario establecido y pautado según cargos y dedicación de cada sujeto; en cuanto al espacio, porque las actividades, múltiples y diversificadas, trascienden el ámbito institucional y se ubican también en el orden de la intimidad. Lectura, escritura, estudio, preparación de clases, evaluación y devolución de trabajos, tareas de investigación, de gestión y de extensión no conocen el tiempo cronometrado ni límites espaciales. Sin embargo, cada sujeto docente elige cómo ajustar las posibilidades, los límites y los entrecruzamientos de coordenadas espacio-temporales en las que se mueve.

A esta particularidad del trabajo docente se añade la situación actual de encierro. De pronto, un espacio, el de la intimidad, se ve abarrotado. La posibilidad de elección del docente se diluye y un ámbito que no pertenece a la institución universitaria es performado por las medidas de emergencia. Caben entonces las siguientes preguntas: ¿cuál es límite de la intromisión forzada por una situación de emergencia sanitaria? ¿qué concepción de

docente y estudiante configura este escenario? ¿cómo conviven, en un espacio hermético, vida laboral e íntima? ¿cómo reconocer y diferenciar tiempo laboral, tiempo de ocio y tiempo familiar ante una demanda que busca docentes conectados para dar respuestas virtuales a preguntas que requieren presencialidad y diálogo? ¿quién regula las coordenadas espacio-temporales y cómo lo hace?

A su vez, es posible advertir la preeminencia de un imaginario de docente, imaginario que cada Universidad, según sus medidas y pautas, tiende a institucionalizar. Se trata de un sujeto que no puede rehusarse a servir, aun cuando no sea posible responder al por qué y al para qué de la tarea que insiste en realizar. Su destino parece definirse por la adaptación y la celebración; dos acciones que para hacerse visibles requieren la anulación de cualquier gesto de incomodidad. El efecto de todo ello puede sintetizarse en la idea de la espectacularización, en este caso, del hacer docente; un gesto que lo muestra festivo y dispuesto a la virtualidad mientras niega lo ineludible de lo que acontece y que no es otra cosa que la irrupción de lo real: el riesgo de contagio, la presencia de la muerte. Así pues, mientras la Universidad continúa difundiendo sus funciones y recreando otras, el optimismo tecnológico sostiene y fortalece su proyecto de hombre y humanidad. Por ello, deberíamos recordar que alabar la rosa puede hacernos perecer por el rasguño de una espina (Edmond Jabès).

Tal vez deberíamos reconocer que nuestro horizonte está desnudo y empezar diciendo, para asumir ese horizonte, que la emergencia es sanitaria y que hay planos, como el educativo, que hoy no son centrales ni sustanciales, salvo para las agendas, los proyectos y las lógicas institucionales y personales que buscan, como manifestación de un pragmatismo desalmado, hacernos

creer que este estado de crisis no les impide, a las instituciones educativas y a los sujetos que las conforman, ser eficientes y cumplir su función social.

En este contexto serán posibles documentos institucionales en los que se escribirán los aportes de cada gestión y los logros alcanzados en tiempos de muertes sin ritual. Por ello, nos interesa recordar que el sistema educativo posee límites, que muchos de sus límites son parte y consecuencia de políticas educativas que este país arrastra, que medidas improvisadas y paliativas no son políticas de gestión sino actos de intervención y, finalmente, que la medida actual es una intervención comunicacional —no pedagógica— que recae en el campo académico, apuntalada en una concepción tecnorracionalista que precisa, para su funcionamiento y despliegue, de un sujeto deshumanizado.

San Luis, 3 de abril de 2020.

M. Gabriela Gasquez
Maximiliano Gaitán
Ernesto Elorza
Emiliano Díaz
Docentes FCH-UNSL

II- Apreciaciones acerca de la continuidad pedagógica: dinámica y política de la tecnología y lo virtual en la Universidad Pública

El Estado y sus formas de ejercicio del poder han creado un espacio de intervención política que simula garantías de continuidad por medios virtuales. En esta línea, el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) establece la continuidad pedagógica de manera no presencial como medida definitoria. Por su parte, las universidades procedieron, a instancias de sus estructuras políticas instituidas, al ejercicio vertical y unilateral del poder encarnado en sus autoridades. En este sentido se subordinaron al CIN, acataron la medida y se fueron instituyendo nuevas capacidades y recursos en la dinámica de toma de decisiones para forzar el funcionamiento institucional.

Esta definición habilitó la coexistencia y el solapamiento de dos dominios para dar lugar al funcionamiento institucional y la consecuente continuidad pedagógica*.

Por un lado, el dominio institucional-académico estructurado en el espacio-tiempo de la presencialidad y configurado a partir de un ordenamiento producto de procesos históricos y particulares de cada institución. Este ordenamiento alude, entre otros aspectos, a la estructura institucional, al conjunto de normas y regulaciones, a los procedimientos y prácticas institucionales e instituyentes, a la relación entre objetos, sujetos y saberes. Por otro lado, el dominio actual estructurado en lo virtual-técnico es delimitado en el devenir de su implementación como un espacio abstracto de posibilidades realizables desde la disposición técnica. Es decir, entra allí todo lo que se pueda llegar a definir desde las lógicas del control y la retroalimentación social.

Esto configuró, a través del lenguaje de los ordenadores y dispositivos, modelos de relaciones sociales desde un intercambio operacional y binario.

Ahora bien, el ejercicio del poder está situado entre los dominios institucional-académico y virtual-técnico. Sin embargo, las particularidades que este ejercicio impone en la dinámica actual genera desplazamientos en la estructura institucional y en las instancias de toma de decisiones mediante tres formas de funcionamiento entrelazadas. La habilitación-simulación (establecimiento estadístico del consenso), las nuevas restricciones (anulación del conflicto como “ruido”) y los condicionamientos (para la participación democrática y para la circulación de concepciones alternativas como respuesta a la crisis). Estas formas, sumado al optimismo tecnológico, contribuyen a legitimar el ejercicio del poder como intervención política y se instaura como garante de la continuidad pedagógica.

Esta continuidad promovió el solapamiento de los dominios bajo dos mecanismos. Un mecanismo de extrapolación consistente en trasladar el ordenamiento del dominio institucional-académico al virtual-técnico. Y un mecanismo de homologación entendido como la adaptación de los procedimientos de ambos dominios a la naturaleza de la contingencia por COVID-19.

La ausencia de problematización para definir la continuidad pedagógica y la inhabilitación de instancias para su reflexión instaló el dominio de lo virtual como respuesta. Por ello, la falta de debate en materia de innovaciones tecnológicas impidió recuperar los análisis que se remontan al período de las políticas desarrollistas en América Latina, contexto en el cual se denunció la medición de un sistema social y la aplicación/administración de un modelo difusionista (Luis Ramiro Beltrán, 2005, 2010) que

ubicó el eje en la concepción instrumental del soporte técnico para la modernización (Daniel Lerner, 1958), el cambio social (Wilbur Schramm, 1964) y la difusión de innovaciones (Everett Rogers, 1962). Esto ocasionó consecuencias negativas para la región profundizando el subdesarrollo. Hoy nos encontramos frente a un olvido o una negación manifiesta de las consecuencias del modelo difusionista y de aportes críticos en torno al determinismo tecnológico. Aportes que pusieron en evidencia el carácter ideológico de la tecnología como configuradora de la relación material y simbólica. El descuido de cada uno de estos aspectos propició nuevas dinámicas que a la vez lesionan el sistema universitario en los términos de una educación pública, gratuita, democrática y científica, habida cuenta de las experiencias recientes en materia de incorporación de tecnologías y la consecuente determinación de sus usos.

Entretanto, el mecanismo de homologación, como adaptación de procedimientos entre dominios diferenciales, desplegó una definición solapada de un nuevo régimen de directrices, “aspectos” académicos y prácticas. En el sistema público universitario argentino advertimos que, en una primera etapa, las autoridades pusieron en suspenso el régimen académico; y en una segunda etapa se inició un proceso selectivo de disposiciones propias del dominio institucional-académico con la intención de sostener la medida de la continuidad pedagógica. Entendemos que este mecanismo de homologación operó como velo de una crisis en la educación superior en toda sus dimensiones.

Ante estos mecanismos y reconociendo que la dimensión virtual-técnica se instaló definitivamente en el dominio institucional-académico para debilitarlo, para encubrir la crisis que atraviesa la educación superior y su sistema representativo y de-

mocrático, recuperamos la escritura como práctica y acontecimiento comunicativo.

Esta concepción de la escritura se opone a una linealidad productiva, a una recepción resignada a las formas técnico-informacionales, a una reproducción mecánica y ante la cuantificación de la palabra; en definitiva, la escritura como diálogo y posibilidad real ante el carácter performativo de la virtualidad y lo prescriptivo de sus aspectos constitutivos en los usos institucionales. Como docentes de una carrera que se denomina comunicación rechazamos las formas, los mecanismos, los procedimientos y las concepciones que tienden a simularla. Condición indispensable para asumir lo que se enseña.

Nota:

* En relación a la continuidad se pueden revisar definiciones como las del CIN <https://www.cin.edu.ar/las-universidades-argentinas-frente-a-la-pandemia-del-covid-19/>. En la Universidad Nacional de San Luis se promulgaron las siguientes disposiciones: Resoluciones Rectorales N° 364/20, N° 388/20 y N° 420/20; del Consejo Superior N° 39/20 y del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Humanas No 017/20. También en otras universidades resolvieron en el mismo sentido, por ejemplo, la Universidad Nacional de Córdoba a través de la RC N° 2020-44 y la Universidad Nacional de Tucumán mediante la Resolución N° 0145/2020.

San Luis, 21 de mayo de 2020
M. Gabriela Gasquez
Maximiliano Gaitán
Ernesto Elorza
Emiliano Díaz
Docentes de la FCH-UNSL

Anexo

Cuadro N° 1

Planes de estudios de carreras de Comunicación y afines en Universidades Nacionales (1949-2012).



Cuadro N° 2

Situación regional de las Universidades Nacionales.



“Estudios de Comunicación en Argentina”

constituye un espacio de pensamiento que reúne intereses afines e inquietudes de investigadores pertenecientes a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis. En este espacio de diálogos y puesta en común de temas y reflexiones surgió la pregunta por la producción cultural en clave comunicacional.

El libro está organizado en dos partes. La primera dedicada a la presentación de las líneas de abordaje, entendidas como indagación teórica, conceptual e investigativa; la segunda conformada por producciones individuales y colectivas que dan cuenta de las posibilidades analíticas que propicia cada línea e invitan a pensar articulaciones entre trayectos de pensamiento, perspectivas teóricas y dinámicas del campo.



RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES



Universidad
Nacional
de San Luis